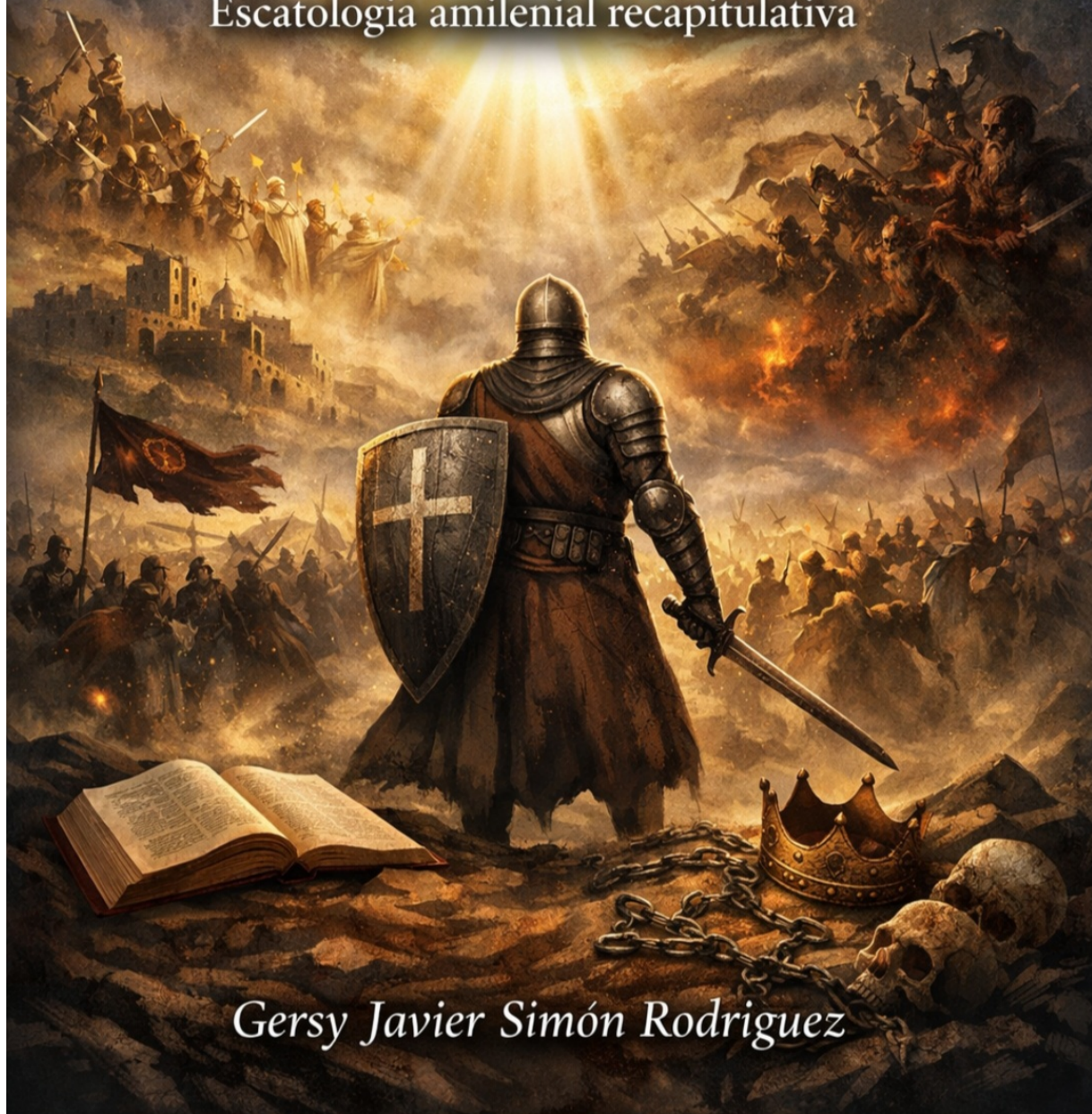


La perseverancia de los santos en el conflicto del Reino de Dios

Escatología amilenial recapitulativa



Gersy Javier Simón Rodríguez

©2026

[Gersy Javier Simón Rodríguez]

Todos los derechos reservados.

Este libro está protegido por las leyes internacionales de derechos de autor. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida, almacenada en un sistema de recuperación ni transmitida, en ninguna forma ni por ningún medio —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otro— sin el permiso previo y por escrito del autor, salvo breves citas con fines académicos, críticos o educativos, debidamente referenciadas.

Las citas bíblicas utilizadas en esta obra han sido tomadas de la Santa Biblia, Reina-Valera 1960, salvo indicación contraria. El autor asume la responsabilidad por el énfasis exegético, histórico y teológico de las interpretaciones aquí presentadas.

Este libro ha sido escrito con fines de estudio, enseñanza e investigación teológica. Su contenido puede ser utilizado en contextos académicos, seminarios teológicos y espacios de formación cristiana, siempre que se respete la integridad del texto y se otorgue el debido crédito al autor.

Publicado de manera independiente.

Edición digital: Amazon Kindle

Primera edición: 2026

País de publicación: Cuba

Índice

[Introducción](#)

Parte I

[Capítulo 1-Marco hermenéutico del Apocalipsis](#)

[Capítulo 2-Los sellos: fases del juicio de Dios sobre la humanidad](#)

[Capítulo 3-Las trompetas: juicios parciales y llamados al arrepentimiento](#)

[Puente teológico-De las trompetas a las copas: de la advertencia a la consumación](#)

[Capítulo 4-Las copas: la consumación de la ira de Dios](#)

Parte II

[Capítulo 5-La bestia, Babilonia y el juicio de Dios](#)

[Capítulo 6-Exégesis de Apocalipsis 13](#)

[Capítulo 7-El sistema anticristiano y la fidelidad del pueblo de Dios](#)

[Capítulo 8-El Cordero en pie y el pueblo sellado](#)

Parte III

[Capítulo 9-La consumación del juicio de Dios](#)

[Capítulo 10-La ramera expuesta-Babilonia como poder seductor y perseguidor](#)

[Capítulo 11-La caída de Babilonia y la vindicación de los santos](#)

Parte IV

[Capítulos 12-El triunfo del Cordero y la derrota del poder anticristiano](#)

[Capítulo 13-El reinado presente de Cristo y la derrota final de Satanás](#)

[Capítulo 14-La nueva creación y la herencia de los vencedores](#)

[Capítulo 15-El paraíso restaurado y la comunión eterna](#)

[Conclusión General](#)

Parte VI

[Apéndice I-Roma como paradigma histórico del poder anticristiano](#)

[Apéndice II-El simbolismo numérico en el Apocalipsis](#)

[Apéndice III-La perseverancia de los santos en la teología reformada](#)

[Apéndice IV-La recapitulación como estructura literaria del Apocalipsis](#)

[Apéndice V-Breve evaluación de las principales corrientes interpretativas del](#)

[Apocalipsis](#)

[Apéndice VI: Evaluación comparativa de los sistemas escatológicos](#)

[Apéndice VII: Objeciones al amilenialismo recapitulativo y sus respuestas](#)

[Nota Final](#)

[Bibliografía](#)

[Sobre el autor](#)

Dedicatoria

A Dios,

que hace conforme a su voluntad en el ejército del cielo y entre los habitantes de la tierra,

y ante quien no hay quien detenga su mano ni le diga: “¿Qué haces?” (Dn 4:35).

A su Iglesia,

peregrina en la historia,

llamada a perseverar en fidelidad en medio de los poderes de este mundo,

sabiendo que su esperanza no está en los reinos pasajeros,

sino en el reino inconmovible del Cordero.

A los pastores, maestros y santos fieles,

que velan por el rebaño, enseñan la Palabra con temor de Dios

y dan testimonio de Cristo aun en tiempos de oposición,

para que este trabajo sea de edificación, consuelo y firmeza en la verdad

hasta el día de su manifestación gloriosa.

Agradecimientos

Doy gracias únicamente a Dios,

Padre, Hijo y Espíritu Santo,

de quien, por quien y para quien son todas las cosas.

A Él, que en su gracia sostiene a su Iglesia en medio de la historia,

que concede luz para comprender su Palabra

y fidelidad para dar testimonio de la verdad,

sea todo el honor y la gloria.

Este trabajo es fruto de su misericordia,

de su paciencia al enseñar

y de su soberana voluntad,

pues sin Él nada puede ser entendido, escrito ni proclamado para edificación.

A Dios solo sea la gloria.

Nota metodológica y marco de lectura

Este libro aborda el Apocalipsis desde una lectura reformada y recapitulativa. Los sellos, trompetas y copas no describen líneas cronológicas independientes, sino ciclos que presentan el mismo conflicto desde ángulos distintos y con intensidades crecientes. Roma es tratada como arquetipo histórico del poder idólatra que se opone a Dios: un cumplimiento real en la historia que anticipa el juicio final, sin agotarlo. Este marco guiará la exégesis que sigue y permitirá leer los textos en su unidad bíblica, histórica y teológica.

Introducción

El libro de Apocalipsis ha sido, a lo largo de la historia de la Iglesia, uno de los textos más leídos, citados y, a la vez, más incomprensidos de la Sagrada Escritura. La dificultad no radica en su oscuridad arbitraria, sino en su naturaleza profética, su lenguaje simbólico y su propósito pastoral. Este libro no fue dado para satisfacer curiosidades cronológicas, sino para revelar el gobierno soberano de Dios sobre la historia, fortalecer a la Iglesia perseguida y anunciar con certeza la consumación final del reino de Cristo.

La presente obra adopta una escatología amilenial recapitulative. Entendiendo el Apocalipsis no como una secuencia lineal de eventos futuros, sino como una revelación estructurada en ciclos progresivos de juicio —sellos, trompetas y copas— que desarrollan una misma línea teológica, aquí descrita como una línea melódica, hasta alcanzar su clímax en la segunda venida de Jesucristo. Esta postura no pretende ser novedosa ni rupturista, sino conscientemente reformada y confesional, en continuidad con Agustín, los reformadores del siglo XVI, los intérpretes historicistas moderados y la tradición puritana. Roma aparece en este marco como el tipo histórico paradigmático del poder anticristiano, mediante el cual Dios anticipa y ejemplifica su juicio final sobre toda rebelión humana.

Capítulo 1-Marco hermenéutico del Apocalipsis

-La naturaleza profética del libro

El Apocalipsis se presenta a sí mismo como revelación (ἀποκάλυψις) y profecía (Ap 1:1,3), no como un código secreto, sino como una comunicación divina que utiliza lenguaje simbólico en continuidad con los profetas del Antiguo Testamento, como Isaías, Ezequiel, Daniel y Zacarías. El apóstol Juan declara haber recibido estas visiones estando “en el Espíritu” (Ap 1:10; 4:2; 17:3), lo cual indica que el contenido debe interpretarse reconociendo su naturaleza simbólica, sin negar la realidad histórica y teológica que esos símbolos comunican.

-Contexto histórico

Juan se encontraba en la isla de Patmos por causa de la Palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo (Ap 1:9), probablemente en condición de exilio, y desde allí recibe el mandato de escribir a siete iglesias reales de Asia Menor (Ap 1:11). Sin embargo, estas iglesias representan a la Iglesia en su totalidad, por lo que el mensaje tiene un alcance universal. Estas comunidades enfrentaban persecución, presión del imperio romano y la amenaza de falsos maestros, lo cual explica el énfasis repetido en la perseverancia: “el que venciere”.

-El propósito del libro

El propósito del libro no es satisfacer curiosidades sobre el futuro, sino fortalecer a la Iglesia para permanecer fiel en medio del sufrimiento. Esto armoniza con el testimonio del Nuevo Testamento, donde se enseña que el padecimiento forma parte del llamado cristiano (Fil 1:29; 2 Ts 1:4-5; 1 P 1:6-7; 4:17-19).

-El principio de recapitulación

Además, el Apocalipsis no sigue un orden cronológico estrictamente lineal, sino que presenta una serie de visiones paralelas que recapitulan la misma realidad desde diferentes perspectivas, mostrando el conflicto entre el Reino de Dios y los poderes del mundo a lo largo de toda la era entre la primera y la segunda venida de Cristo. No se trata de eventos sucesivos, sino de ciclos que describen el mismo período con creciente intensidad. El principio de recapitulación sostiene que el Apocalipsis describe el mismo período histórico desde múltiples ángulos, cada vez con mayor claridad e intensidad. Esto explica por qué el libro llega repetidamente al lenguaje del fin (Ap 6:12-17; 11:15-18; 16:17-21; 20:11-15), no como fines distintos, sino como el mismo juicio final contemplado desde distintas perspectivas. Este fenómeno ha sido descrito como paralelismo progresivo. Estas secciones no describen fines distintos, sino el mismo fin contemplado desde distintas perspectivas. William Hendriksen describió este fenómeno como paralelismo progresivo, donde cada ciclo cubre el período entre la primera y la segunda venida de Cristo, intensificando su énfasis escatológico.

La “línea melódica” del juicio

Así como una obra musical desarrolla un mismo tema mediante variaciones crecientes, el Apocalipsis presenta una “línea melódica”: el juicio justo de Dios y el reinado del Cordero. Esta línea se manifiesta en tres grandes movimientos: los sellos, que revelan el desarrollo del plan soberano de Dios en la historia; las trompetas, que anuncian juicios parciales como advertencias que llaman al arrepentimiento; y las copas, que representan la consumación plena e irreversible del juicio divino. Este patrón no responde a una cronología estricta, sino a una estructura teológica y literaria. Todo el desarrollo del libro está gobernado por el Cordero, quien abre los sellos y dirige soberanamente la historia. Por tanto, este libro debe interpretarse cristocéntricamente y a la luz del Antiguo Testamento, que provee el trasfondo necesario para comprender sus símbolos. Su mensaje central es claro: la Iglesia está llamada a perseverar en medio de la tribulación con la certeza de que Cristo reina, vendrá en gloria y dará la victoria final a su pueblo.

Interacción con las principales corrientes hermenéuticas del Apocalipsis

El enfoque adoptado en esta obra —amilenial, reformado y recapitulativo— no se desarrolla en aislamiento, sino en diálogo crítico con las principales corrientes interpretativas del Apocalipsis presentes en la historia de la Iglesia. A continuación, se presenta una evaluación sintética de dichas posturas, destacando sus aportes y limitaciones en relación con la lectura propuesta.

-El futurismo y la estructura cronológica lineal

La interpretación futurista, especialmente en su forma dispensacionalista, sostiene que a partir de Apocalipsis 4 el libro describe una secuencia cronológica de eventos futuros que tendrán lugar en un período final de gran tribulación. Según esta perspectiva, los sellos, las trompetas y las copas representan juicios sucesivos que ocurrirán en orden progresivo dentro de ese marco escatológico. Esta lectura tiene el mérito de tomar en serio la dimensión futura del juicio divino y de reconocerla culminación histórica del reino de Dios. Sin embargo, presenta dificultades significativas. En primer lugar, no explica adecuadamente la repetición del lenguaje escatológico a lo largo del libro (Ap 6:12–17; 11:15–18; 16:17–21), donde cada ciclo parece conducir al mismo clímax final. En segundo lugar, tiende a fragmentar la unidad literaria del Apocalipsis al convertir sus visiones en una cadena de eventos sucesivos, en lugar de reconocer su carácter simbólico y teológicamente estructurado. Desde la perspectiva recapitulativa, estos elementos sugieren que el libro no avanza en línea recta, sino que vuelve repetidamente al mismo punto culminante, contemplándolo desde diferentes ángulos.

-El preterismo y la identificación histórica inmediata

El preterismo interpreta la mayor parte del Apocalipsis como cumplida en el contexto del primer siglo, especialmente en relación con la caída de Jerusalén (año 70 d.C.) o con el Imperio Romano. Esta postura tiene la virtud de tomar en serio el contexto histórico original del texto y su relevancia para las iglesias a las que fue dirigido. No obstante, en sus formas más consistentes, el preterismo tiende a limitar excesivamente el alcance del Apocalipsis, reduciendo sus visiones a eventos ya consumados en la historia.

antigua. Esto dificulta explicar la dimensión universal y escatológica del libro, así como su función continua para la Iglesia a lo largo de los siglos. La lectura recapitulativa reconoce el cumplimiento histórico real —particularmente en Roma como arquetipo— pero sostiene que este no agota el significado del texto, sino que anticipa el juicio final y se proyecta como patrón teológico permanente.

-El historicismo y la identificación progresiva en la historia

El historicismo clásico, ampliamente sostenido por intérpretes de la Reforma, entiende el Apocalipsis como un desarrollo progresivo de la historia de la Iglesia desde el primer siglo hasta el fin, identificando eventos específicos en cada etapa histórica (imperios, papado, reformas, etc.). Esta postura tiene el valor de afirmar la relevancia continua del Apocalipsis en la historia y reconocer que el conflicto entre el reino de Dios y los poderes del mundo se desarrolla a lo largo del tiempo. Sin embargo, su principal debilidad radica en la tendencia a establecer correspondencias demasiado específicas entre los símbolos apocalípticos y eventos históricos particulares, lo cual frecuentemente conduce a interpretaciones cambiantes y dependientes del contexto del intérprete. Frente a esto, el enfoque recapitulativo evita fijar los símbolos en eventos únicos, interpretándolos más bien como descripciones teológicas de patrones recurrentes que se manifiestan en diversas formas a lo largo de la historia.

- La lectura idealista o simbólica pura

La interpretación idealista enfatiza el carácter simbólico del Apocalipsis y lo entiende como una representación atemporal del conflicto entre el bien y el mal, sin referencia necesaria a eventos históricos concretos. Esta postura contribuye a resaltar la dimensión teológica del libro y su aplicabilidad universal. Sin embargo, cuando se lleva a su extremo, corre el riesgo de desvincular el texto de la historia real, diluyendo su carácter profético y su relación con el actuar concreto de Dios en el tiempo. El Apocalipsis no es solo un drama espiritual abstracto, sino una revelación del gobierno divino sobre la historia. La lectura aquí propuesta coincide con el idealismo en su reconocimiento del simbolismo, pero insiste en que dicho simbolismo está anclado en la historia y orientado hacia una consumación escatológica real.

-Conclusión teológica

El enfoque recapitulativo adoptado en esta obra busca integrar los elementos más sólidos de estas corrientes sin asumir sus limitaciones. Afirma, con el futurismo, la realidad del juicio final; con el preterismo, la relevancia del contexto histórico original; con el historicismo, la presencia continua del conflicto en la historia; y con el idealismo, el carácter simbólico y teológico del lenguaje apocalíptico. No obstante, sostiene que el Apocalipsis se comprende de manera más coherente cuando se reconoce su estructura en ciclos paralelos que recapitulan el mismo período histórico —desde la primera hasta la segunda venida de Cristo— mostrando con creciente intensidad el desarrollo del juicio divino y la victoria final del Cordero.

Capítulo 2-Los sellos: fases del juicio de Dios sobre la humanidad

-El libro sellado y la autoridad del Cordero

Apocalipsis 5 presenta un libro sellado con siete sellos en la mano derecha de Dios (Ap 5:1). Este libro representa el decreto soberano de Dios sobre la historia. Nadie puede abrirlo sino el Cordero, Jesucristo (Ap 5:5-7). Esto establece un principio fundamental: todo juicio en Apocalipsis es cristocéntrico. Nada ocurre fuera de la autoridad del Cristo exaltado. Joseph Mede observó que la apertura de los sellos no introduce caos, sino la ejecución ordenada del gobierno divino sobre el mundo.

-Los cuatro primeros sellos: juicio providencial

Los cuatro jinetes (Ap 6:1-8) representan guerra, violencia, hambre y muerte. Estos no son eventos aislados del futuro, sino realidades constantes de la historia caída, permitidas y gobernadas por Dios. Jesús mismo describe este patrón en Mateo 24:6-8, llamándolo “principio de dolores”. Bullinger y otros reformadores entendieron estos sellos como la manifestación del juicio divino en el curso ordinario de la historia humana.

-El quinto sello: el clamor de los mártires

En Apocalipsis 6:9-11, las almas de los mártires claman por justicia. No piden venganza carnal, sino la vindicación del nombre de Dios. Este sello demuestra que el juicio de Dios está íntimamente ligado a la persecución de su pueblo. Los puritanos veían aquí la seguridad de que la sangre de los santos nunca es ignorada por el cielo.

-El sexto sello y el horizonte del fin

El lenguaje cósmico de Apocalipsis 6:12-17 remite claramente al día del Señor anunciado por Isaías (Is 13), Joel (Jl 2) y Jesús (Mt 24:29). Aquí los sellos alcanzan su horizonte escatológico, anticipando la segunda venida de Cristo.

-Interacción con las principales interpretaciones de los sellos (Apocalipsis 6)

Habiendo expuesto la interpretación de los sellos como expresión del decreto soberano de Dios desplegado a lo largo de la historia, resulta necesario situar esta lectura en diálogo con las principales corrientes hermenéuticas que han abordado Apocalipsis 6.

-La interpretación futurista: los sellos como eventos de una tribulación futura

Desde la perspectiva futurista, los sellos son entendidos como juicios que tendrán lugar en un período escatológico futuro, generalmente identificado con la gran tribulación. En esta lectura, los cuatro jinetes representan eventos específicos —guerras, crisis económicas y mortandad— que se intensificarán de manera literal en ese tiempo final. Esta postura tiene el mérito de tomar en serio la dimensión escatológica del texto y su proyección hacia el juicio final. Sin embargo, presenta dificultades importantes. En primer lugar, tiende a desvincular los sellos de la experiencia histórica de la Iglesia, a la cual el Apocalipsis fue originalmente dirigido. En segundo lugar, ignora la estrecha

relación entre Apocalipsis 6 y el discurso escatológico de Cristo en Mateo 24:6–8, donde estos mismos fenómenos son descritos como realidades características de toda la era presente (“principio de dolores”), y no como eventos exclusivos de un período futuro limitado. Desde la perspectiva aquí adoptada, los sellos no anuncian una fase futura aislada, sino que describen el desarrollo continuo del juicio providencial de Dios en la historia, bajo la autoridad del Cordero.

-El preterismo: los sellos como eventos del primer siglo

El enfoque preterista interpreta los sellos como juicios cumplidos en el contexto del siglo I, particularmente en relación con la caída de Jerusalén o las crisis del Imperio Romano. En esta lectura, los jinetes simbolizan eventos históricos concretos como guerras, hambrunas y persecuciones ocurridas en ese período. Esta interpretación acierta al reconocer el contexto histórico original del Apocalipsis y su relevancia inmediata para las iglesias de Asia Menor. No obstante, su limitación radica en reducir el alcance del texto a un cumplimiento pasado, sin dar cuenta de su proyección teológica hacia el desarrollo continuo de la historia ni hacia la consumación final. La lectura recapitulativa reconoce que los sellos tuvieron manifestaciones reales en el mundo antiguo, pero sostiene que estos eventos no agotan su significado, sino que constituyen expresiones de un patrón permanente mediante el cual Dios gobierna y juzga el mundo a lo largo de toda la era.

-El historicismo: los sellos como etapas de la historia de la Iglesia

El historicismo clásico interpreta los sellos como períodos sucesivos dentro de la historia de la Iglesia, asignando a cada uno un momento histórico específico (por ejemplo, la expansión del Imperio Romano, su decadencia o las invasiones bárbaras). Este enfoque tiene el valor de reconocer la dimensión histórica progresiva del Apocalipsis. Sin embargo, su principal debilidad radica en la rigidez de sus correspondencias, que tienden a variar según el intérprete y el contexto histórico en que se encuentre. Al identificar cada sello con un evento específico, se pierde la riqueza simbólica del texto y su aplicabilidad universal. En contraste, la interpretación aquí propuesta entiende los sellos no como etapas cerradas de la historia, sino como realidades recurrentes que caracterizan toda la era entre la primera y la segunda venida de Cristo.

-Síntesis teológica

A la luz de esta interacción, la lectura de los sellos como manifestaciones del juicio providencial de Dios en la historia permite integrar de manera coherente los elementos más sólidos de las distintas corrientes interpretativas. Reconoce su arraigo histórico, su desarrollo continuo y su orientación escatológica, sin reducirlos a un momento específico del pasado ni confinarlos a un período exclusivo del futuro. Así, los sellos revelan que la historia humana no avanza de manera autónoma ni caótica, sino bajo el control soberano del Cordero, quien abre el libro y ejecuta el propósito divino. Guerra, hambre, muerte y persecución no son meros accidentes históricos, sino instrumentos mediante los cuales Dios, en su justicia y sabiduría, conduce la historia

hacia su consumación final.

Capítulo 3-Las trompetas: juicios parciales y llamados al arrepentimiento

-La función bíblica de las trompetas

En toda la Escritura, las trompetas cumplen una función clara: advertir, convocar y anunciar la intervención de Dios. No aparecen primordialmente como instrumentos de destrucción final, sino como señales previas al juicio definitivo. En Sinaí, la trompeta anuncia la presencia santa de Dios (Éx 19:16–19). En Israel, las trompetas llamaban al arrepentimiento y a la guerra santa (Nm 10:9–10). Los profetas las usaron como símbolo de advertencia (Jl 2:1; Ez 33:3–6). Este trasfondo es esencial para comprender Apocalipsis 8–11.

-Las trompetas como ciclo recapitulativo

Las siete trompetas (Ap 8–11) no siguen cronológicamente a los sellos, sino que retoman el mismo período histórico desde otro ángulo. Mientras los sellos muestran el juicio de Dios como decreto soberano sobre la historia, las trompetas enfatizan su carácter admonitorio. Joseph Mede sostuvo que las trompetas describen juicios históricos progresivos dentro de la era de la Iglesia, sin agotar aún la ira divina.

Esto se confirma porque:

El juicio es parcial ("la tercera parte", Ap 8:7–12)

Aún hay oportunidad de arrepentimiento (Ap 9:20–21)

-Las primeras cuatro trompetas: juicio sobre el orden creado

Las trompetas 1–4 (Ap 8:7–12) afectan la tierra, el mar, los ríos y los cielos. Esta secuencia recuerda las plagas de Egipto (Éx 7–10), mostrando que Dios juzga a las naciones rebeldes como juzgó a Faraón. Sin embargo, a diferencia de las copas, el daño es limitado. Esto indica que no se trata aún del fin, sino de advertencias severas.

Bullinger interpretó estas trompetas como juicios providenciales que sacuden imperios y estructuras humanas sin destruirlas completamente.

-La quinta trompeta: juicio espiritual y engaño

La quinta trompeta (Ap 9:1–11) introduce un juicio de carácter espiritual. La apertura del abismo simboliza la liberación del engaño y la opresión demoníaca sobre los hombres que no tienen el sello de Dios. Este juicio no conduce inmediatamente a la muerte, sino al tormento, lo cual refuerza su función correctiva y admonitoria. Agustín entendía estos juicios como manifestaciones del conflicto espiritual continuo entre la Ciudad de Dios y la ciudad terrenal.

-La sexta trompeta: intensificación del juicio histórico

En Apocalipsis 9:13–21, el juicio se intensifica. La muerte alcanza a la tercera parte de los hombres, pero aun así el texto declara: "Y los otros hombres... no se arrepintieron" (Ap 9:20). Aquí se revela la dureza del corazón humano frente a la misericordia paciente

de Dios (Ro 2:4–5). Los puritanos veían en este pasaje la prueba de que los juicios temporales, sin la gracia regeneradora, no producen arrepentimiento verdadero.

-El interludio y la séptima trompeta

Apocalipsis 10–11 funciona como interludio, reafirmando la misión profética de la Iglesia en medio del juicio. La séptima trompeta (Ap 11:15–18) no introduce una nueva serie de eventos, sino que proclama la consumación:

“Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo”. Este lenguaje coincide con:

El sexto sello (Ap 6:17)

La séptima copa (Ap 16:17)

Confirmando la estructura recapitulativa.

-Síntesis teológica de las trompetas

Las trompetas enseñan que Dios juzga progresivamente la historia. Sus juicios son advertencias misericordiosas, pero la humanidad rebelde persiste sin arrepentimiento mientras la iglesia persevera como testigo fiel. Así, las trompetas preparan el escenario para la consumación final de la ira divina, desarrollada en las copas.

-Interacción con las principales interpretaciones de las trompetas (Apocalipsis 8–11)

Habiendo expuesto las trompetas como juicios parciales de carácter admonitorio dentro del desarrollo histórico del plan divino, resulta necesario considerar las principales interpretaciones que han sido propuestas en la tradición cristiana, a fin de evaluar su coherencia con el conjunto del testimonio bíblico.

-La interpretación futurista: juicios literales de una tribulación final

La lectura futurista sostiene que las trompetas describen una serie de juicios literales que tendrán lugar en un período futuro de gran tribulación. En esta perspectiva, los fenómenos descritos—afectación de la tierra, el mar, los astros y la humanidad—son entendidos como catástrofes físicas específicas que ocurrirán en secuencia cronológica. Esta postura tiene la virtud de reconocer la seriedad del juicio divino y su dimensión escatológica. Sin embargo, enfrenta dificultades significativas. En primer lugar, no explica adecuadamente el carácter parcial del juicio (“la tercera parte”), el cual sugiere una limitación intencional incompatible con la consumación final. En segundo lugar, la persistencia del llamado implícito al arrepentimiento (Ap 9:20–21) indica que el tiempo de gracia aún no ha concluido, lo cual resulta difícil de armonizar con un escenario de juicio final definitivo. Desde la perspectiva adoptada en esta obra, estos elementos apuntan a que las trompetas no describen la consumación del juicio, sino su manifestación progresiva dentro de la historia, como advertencias dirigidas a un mundo aún llamado al arrepentimiento.

-El preterismo: juicios cumplidos en el primer siglo

El enfoque preterista interpreta las trompetas como juicios ya cumplidos en el contexto del siglo I, especialmente en relación con la caída de Jerusalén o eventos asociados al Imperio Romano. En esta lectura, las imágenes apocalípticas reflejan desastres históricos concretos, como guerras, invasiones y crisis sociales. Esta interpretación acierta al subrayar la relevancia histórica inmediata del Apocalipsis para sus primeros lectores. Sin embargo, su principal limitación consiste en restringir el alcance de las trompetas a un marco temporal cerrado, sin dar cuenta de su repetición estructural dentro del libro ni de su función teológica continua. La lectura recapitulativa reconoce la posibilidad de manifestaciones históricas iniciales, pero sostiene que las trompetas describen un patrón de juicio divino que se repite a lo largo de toda la era de la Iglesia, intensificándose progresivamente hasta su consumación final.

-El historicismo: juicios identificados con eventos históricos específicos

El historicismo clásico interpreta las trompetas como etapas sucesivas de la historia de la Iglesia, identificando cada una con acontecimientos concretos, tales como invasiones, caídas de imperios o transformaciones políticas. Este enfoque tiene el mérito de afirmar la acción de Dios en la historia y de buscar correspondencias reales entre el texto bíblico y los eventos históricos. No obstante, presenta una debilidad metodológica importante: la tendencia a establecer identificaciones excesivamente específicas, que varían según el intérprete y que frecuentemente dependen de su contexto histórico particular. En contraste, la interpretación aquí defendida evita fijar las trompetas en eventos únicos, entendiendo su simbolismo como una descripción teológica de juicios recurrentes mediante los cuales Dios sacude el orden creado para llamar al arrepentimiento.

-Síntesis teológica

La comprensión de las trompetas como juicios parciales y admonitorios permite integrar los elementos más sólidos de las distintas corrientes interpretativas sin asumir sus limitaciones. Esta lectura reconoce su dimensión histórica, su función teológica y su orientación escatológica. Las trompetas no representan aún el fin, sino el camino hacia el fin. Son la expresión de la paciencia activa de Dios, quien hiere para advertir y juzga para llamar al arrepentimiento. Sin embargo, la persistente negatividad del hombre a responder a estas advertencias revela la profundidad de su rebelión y prepara el escenario para la consumación definitiva del juicio, la cual será desarrollada en el ciclo de las copas.

Puente teológico-De las trompetas a las copas: de la advertencia a la consumación

-De la paciencia divina al juicio pleno

El paso de las trompetas a las copas marca uno de los movimientos teológicos más solemnes del Apocalipsis. No se trata de un cambio cronológico, sino de un cambio cualitativo en la forma del juicio divino. Mientras las trompetas revelan la paciencia de Dios en medio del juicio, las copas manifiestan el momento en que esa paciencia ha sido plenamente despreciada. La Escritura es clara en enseñar que Dios es “lento para la ira” (Éx 34:6), pero también afirma que su paciencia tiene un límite histórico y escatológico (Ro 2:4–5). Las trompetas corresponden a ese período en el cual Dios hiere para sanar, advierte para salvar, y juzga para llamar al arrepentimiento. Las copas, en contraste, no buscan producir arrepentimiento, sino ejecutar justicia.

-La respuesta humana ante las trompetas

Un elemento decisivo que justifica la transición a las copas es la respuesta humana frente a las trompetas. Apocalipsis declara explícitamente:

“Y los otros hombres... no se arrepintieron” (Ap 9:20–21)

Este texto es teológicamente fundamental. A pesar de los juicios parciales, del testimonio de la Iglesia y de las advertencias repetidas, la humanidad rebelde persevera en idolatría, homicidios, inmoralidad y hechicería. Los puritanos enfatizaron que los juicios temporales, sin la obra regeneradora del Espíritu, solo endurecen el corazón (cf. He 3:7–13). Así, las trompetas no fallan en su propósito; revelan la verdadera condición del hombre caído.

-De “la tercera parte” a la plenitud del juicio

Las trompetas están marcadas por una expresión recurrente: “la tercera parte” (Ap 8–9). Este lenguaje subraya la limitación deliberada del juicio. En las copas, esta limitación desaparece. El juicio ya no es parcial, sino total, indicando que el tiempo de advertencia ha concluido. Esta progresión confirma que el Apocalipsis no avanza por fechas, sino por intensidad teológica. Agustín enseñó que Dios gobierna la historia de tal modo que el juicio final no llega arbitrariamente, sino cuando el mal ha sido plenamente manifestado (La Ciudad de Dios, XX).

-El silencio del llamado al arrepentimiento

Otro rasgo distintivo es que, a diferencia de las trompetas, las copas no contienen llamados al arrepentimiento. El énfasis ya no está en la conversión del impío, sino en la vindicación del nombre de Dios y de su pueblo. Este patrón es coherente con toda la Escritura. En los días de Noé, la paciencia precedió al diluvio (Gn 6–7), en Egipto, las advertencias precedieron a la destrucción final (Éx 7–14) y en Jerusalén, el rechazo persistente precedió al juicio del año 70 (Mt 23:37–38), las copas corresponden a este mismo principio.

-Continuidad con la teología reformada

La transición de trompetas a copas refleja fielmente la teología reformada del juicio:

Providencia: Dios gobierna cada etapa del juicio (Calvino)

Paciencia: Dios advierte antes de castigar plenamente (Agustín)

Justicia: Dios finalmente retribuye sin injusticia ni exceso (Puritanos)

Bullinger y Mede coincidieron en que los juicios históricos anticipan el juicio final, pero no lo reemplazan.

-La línea melódica alcanza su punto de tensión

En términos de la línea melódica del Apocalipsis, las trompetas desarrollan el crescendo del juicio, mientras que las copas introducen la resolución definitiva. La advertencia ha sido oída, el testimonio ha sido dado, y la respuesta humana ha quedado expuesta de este modo, el lector es conducido inevitablemente hacia la última manifestación de la ira divina, no como arrebató emocional, sino como acto justo, santo y necesario.

Capítulo 4-Las copas: la consumación de la ira de Dios

-La visión del templo celestial y la ira consumada

Apocalipsis 15 introduce el ciclo de las copas con una escena solemne: el templo celestial se llena de la gloria de Dios y nadie puede entrar hasta que las siete plagas sean consumadas (Ap 15:5–8). Este detalle es teológicamente decisivo. A diferencia de los sellos y las trompetas, aquí no hay intercesión, ni demora, ni llamado al arrepentimiento. El cierre del templo indica que el tiempo de paciencia ha concluido y que el juicio entra en su fase definitiva. Agustín afirmaba que, así como existe un tiempo para la misericordia proclamada, también existe un tiempo para la justicia ejecutada (La Ciudad de Dios, XXI).

-El carácter distintivo de las copas

Las copas son descritas explícitamente como “las siete copas de la ira de Dios” (Ap 16:1). Ya no se trata de advertencias, sino de retribución directa. Varias características las distinguen claramente de las trompetas. No hay lenguaje de parcialidad (ya no aparece “la tercera parte”), no hay llamado al arrepentimiento el juicio es inmediato e irreversible. El énfasis está en la justicia vindicadora de Dios, esto confirma que las copas representan la consumación escatológica del juicio divino.

-Paralelos con las plagas de Egipto

Las copas guardan paralelos evidentes con las plagas de Egipto (Éx 7–12):

Úlceras (Ap 16:2 / Éx 9:8–12), aguas convertidas en sangre (Ap 16:3–4 / Éx 7:17–21) y tinieblas (Ap 16:10 / Éx 10:21–23).

Así como Faraón endureció su corazón hasta el final, el mundo rebelde blasfema contra Dios en lugar de arrepentirse (Ap 16:9,11). Esto no indica fracaso del juicio, sino manifestación plena de la maldad humana. Los puritanos veían en este patrón la justicia perfecta de Dios al tratar con la obstinación del pecado.

-La justicia vindicadora de Dios

En Apocalipsis 16:5–7 se proclama la justicia de Dios:

“Justo eres tú... porque has juzgado estas cosas”.

El derramamiento de las copas es presentado como respuesta proporcional a la persecución contra los santos. Por cuanto derramaron la sangre de los santos... tú les has dado a beber sangre” (Ap 16:6). Esto conecta directamente con el clamor del quinto sello (Ap 6:9–11), mostrando nuevamente la estructura recapitulativa del libro.

-La sexta copa y el escenario del conflicto final

La sexta copa (Ap 16:12–16) introduce el lenguaje de Armagedón. Este pasaje no debe entenderse como una batalla geográfica literal, sino como la concentración final de la

rebelión humana contra Dios. Joseph Mede interpretó Armagedón como el punto culminante del conflicto entre el reino de Cristo y los poderes anticristianos de la historia, aquí se manifiesta la alianza final entre el dragón, la bestia y el falso profeta, preparando el escenario para el juicio definitivo.

-La séptima copa: “Hecho está”

La séptima copa culmina con una proclamación desde el trono:

“Hecho está” (Ap 16:17).

Este lenguaje es paralelo a la obra consumada de Cristo (Jn 19:30), al sexto sello (Ap 6:17) y la séptima trompeta (Ap 11:15–18), no se introduce un evento distinto, sino la consumación del mismo juicio final desde otra perspectiva. Bullinger afirmó que aquí el Apocalipsis alcanza su clímax judicial antes de desarrollar, en capítulos posteriores, la caída específica de Babilonia.

-Síntesis teológica de las copas

Las copas enseñan que la paciencia de Dios no es infinita en términos históricos, el juicio final es justo, proporcional y santo, la persecución de la Iglesia recibe respuesta divina y que el mal es juzgado cuando se manifiesta plenamente. Así las copas no contradicen la misericordia de Dios, sino que la presuponen y la cierran.

-Interacción con las principales interpretaciones de las copas (Apocalipsis 15–16)

Habiendo expuesto las copas como la manifestación plena y consumada de la ira de Dios, corresponde ahora situar esta interpretación en diálogo con las principales corrientes hermenéuticas que han abordado estos textos, a fin de evaluar su coherencia dentro del conjunto del Apocalipsis.

-La interpretación futurista: juicios finales dentro de una secuencia cronológica

La perspectiva futurista entiende las copas como juicios finales que tendrán lugar en un período futuro de gran tribulación, generalmente como la culminación de una serie cronológica iniciada con los sellos y continuada con las trompetas. En esta lectura, las copas representan la fase más intensa del juicio divino antes del retorno de Cristo. Esta interpretación reconoce correctamente la intensidad y el carácter definitivo de estos juicios. Sin embargo, su principal dificultad radica en su dependencia de una estructura estrictamente lineal del Apocalipsis. Al asumir que sellos, trompetas y copas se suceden cronológicamente, se pasa por alto la repetición del clímax escatológico en distintos puntos del libro (cf. Ap 11:15–18), así como las marcadas similitudes estructurales y temáticas entre estos ciclos. Desde la perspectiva recapitulativa, las copas no constituyen el último segmento de una cronología progresiva, sino la presentación intensificada del mismo juicio final ya anticipado en los ciclos anteriores.

-El preterismo: cumplimiento histórico en el mundo antiguo

El enfoque preterista interpreta las copas como juicios que tuvieron cumplimiento en el contexto del siglo I, particularmente en la caída de Jerusalén o en eventos relacionados

con el Imperio Romano. En esta lectura, las imágenes apocalípticas reflejan calamidades históricas concretas experimentadas en ese período. Si bien esta perspectiva subraya acertadamente el trasfondo histórico del texto, su limitación consiste en reducir el alcance de las copas a eventos pasados, sin hacer justicia a su carácter universal y definitivo. El lenguaje de Apocalipsis 16 apunta a un juicio de alcance cósmico y final, difícilmente restringible a un solo episodio histórico. La interpretación aquí adoptada reconoce que tales eventos históricos pueden anticipar el juicio divino, pero sostiene que las copas describen la consumación escatológica hacia la cual toda la historia se dirige.

-El historicismo: identificación con eventos históricos progresivos

El historicismo clásico tiende a identificar las copas con acontecimientos específicos dentro del desarrollo de la historia de la Iglesia, especialmente en relación con la caída de poderes políticos o religiosos. Aunque este enfoque busca afirmar la acción de Dios en la historia, su debilidad radica en la fragmentación del simbolismo apocalíptico mediante correspondencias excesivamente concretas. En el caso de las copas, esta tendencia resulta particularmente problemática, dado que el texto enfatiza su carácter total ("se consumó", Ap 16:17), lo cual sugiere un evento de cierre definitivo más que una serie prolongada de desarrollos históricos. En contraste, la lectura recapitulativa interpreta las copas como la culminación del juicio divino, no como una etapa más dentro de la historia.

-Síntesis teológica

La comprensión de las copas como la expresión final de la ira de Dios permite integrar de manera coherente los datos del texto y su relación con el resto del Apocalipsis. A diferencia de las trompetas, que afectan parcialmente al mundo y funcionan como advertencias, las copas representan el juicio sin mezcla de misericordia (cf. Ap 15:1). Así, las copas no deben entenderse como un episodio aislado en una secuencia futura, ni como un evento limitado al pasado, sino como la representación simbólica de la consumación del juicio divino que ha sido anticipado a lo largo de todo el libro. En ellas se revela el fin hacia el cual apuntan todos los actos previos de juicio: la derrota definitiva del mal y la vindicación plena de la justicia de Dios.

Capítulo 5-La bestia, Babilonia y el juicio de Dios

-La continuidad de la línea melódica del juicio

Antes de identificar cualquier cumplimiento histórico, es necesario recordar la estructura interna del Apocalipsis. El libro no avanza por una cronología lineal, sino por ciclos recapitulativos que desarrollan una misma realidad desde distintos ángulos, los sellos revelan el decreto soberano del juicio divino sobre la historia (Ap 6), las trompetas manifiestan juicios parciales y admonitorios, acompañados de un llamado implícito al arrepentimiento (Ap 8–11) y las copas consuman la ira de Dios de manera plena e irreversible (Ap 15–16). Esta progresión no introduce juicios distintos, sino que intensifica una misma línea melódica: Dios gobierna la historia, advierte a los hombres y finalmente juzga con justicia perfecta.

-La bestia como poder político perseguidor (Apocalipsis 13)

Apocalipsis 13 presenta a la bestia que sube del mar, imagen tomada directamente del libro de Daniel (Dn 7). En la Escritura, el mar simboliza el ámbito de las naciones agitadas y rebeldes contra Dios (Is 17:12–13). La bestia posee características claramente políticas:

Recibe autoridad sobre pueblos y naciones (Ap 13:7)

Exige adoración (Ap 13:4,8)

Persigue a los santos (Ap 13:7)

Actúa bajo la autoridad del dragón (Ap 13:2)

Este poder no es meramente espiritual ni abstracto; es un sistema histórico concreto, aunque no limitado a una sola manifestación. Agustín describió estos poderes como expresiones visibles de la ciudad terrenal, en oposición al reino de Dios. Es crucial notar que la autoridad de la bestia es concedida y limitada (Ap 13:5). Ella no gobierna autónomamente, sino dentro de los márgenes establecidos por la soberanía divina.

-De la persecución al juicio: la reunión para Armagedón (Apocalipsis 16)

El mismo poder que persigue en Apocalipsis 13 es el que es reunido deliberadamente para el juicio en Apocalipsis 16. La sexta copa describe cómo los espíritus demoníacos convocan a los reyes de la tierra para el gran día de Dios Todopoderoso (Ap 16:13–16). Este acto no debe entenderse como un accidente histórico ni como una estrategia exitosa del mal, sino como parte del designio soberano de Dios, quien reúne a sus enemigos para juzgarlos. (Jl.3.2). Aquí se manifiesta un principio bíblico constante, Dios permite que el mal alcance su máxima expresión antes de ejecutar su juicio definitivo (cf. Gn 15:16; Mt 23:32). Joseph Mede entendió Armagedón no como una batalla geográfica aislada, sino como el clímax del conflicto histórico entre el reino de Cristo y los poderes anticristianos.

Babilonia interpretada por Dios (Apocalipsis 17)

Apocalipsis 17 ofrece la interpretación divina de Babilonia. Juan no es dejado a la especulación, sino que recibe explicación directa del ángel, Babilonia es descrita como una ciudad soberbia y dominante (Ap 17:18), aliada con la bestia (Ap 17:3), embriagada con la sangre de los santos (Ap 17:6) y sentada sobre muchas aguas, es decir, ejerciendo dominio internacional (Ap 17:1,15). Esta descripción revela que Babilonia no es solo un lugar, sino un sistema político, económico y religioso que se opone a Dios y persigue a su pueblo, un texto clave es Apocalipsis 17:17: "Porque Dios ha puesto en sus corazones ejecutar lo que Él quiso", aquí se afirma con total claridad la doctrina reformada de la providencia soberana: incluso los poderes anticristianos cumplen, sin saberlo, el propósito divino.

-La caída inevitable del sistema anticristiano (Apocalipsis 18)

Apocalipsis 18 describe la caída de Babilonia con lenguaje profético que recuerda los juicios contra Tiro y Babilonia en el Antiguo Testamento (Is 13; Ez 27). La caída es:

Súbita (Ap 18:10)

Total (Ap 18:21)

Irreversible (Ap 18:22-23)

El lamento de los reyes y mercaderes no es por pecado, sino por la pérdida de poder y riqueza, revelando la corrupción moral del sistema juzgado. Los puritanos veían en este pasaje la confirmación de que ningún imperio perseguidor puede sostenerse cuando Dios determina su fin.

Este recorrido por Apocalipsis 13, 16, 17 y 18 establece varios principios fundamentales:

Dios revela al poder perseguidor antes de juzgarlo y reúne deliberadamente a sus enemigos para el juicio.

Babilonia representa el sistema anticristiano en su expresión histórica y la caída del poder impío es segura porque está decretada por Dios.

Este capítulo no agota la identificación histórica de Babilonia, pero prepara el terreno teológico para reconocer sus manifestaciones concretas en la historia, en los capítulos siguientes, se mostrará cómo el Imperio Romano encarna de manera paradigmática este perfil bíblico, no como cumplimiento exhaustivo, sino como arquetipo histórico del poder que se levanta contra Cristo y su Iglesia.

-Interacción teológica: la identidad de Babilonia y el alcance del poder anticristiano

La interpretación de Babilonia y de la bestia en Apocalipsis 13, 16, 17 y 18 ha generado una amplia diversidad de enfoques dentro de la escatología cristiana. Las diferencias no son meramente terminológicas, sino que afectan la manera en que se entiende la relación entre historia, profecía y juicio divino. A continuación, se presentan las principales posturas y su evaluación a la luz del marco teológico desarrollado en este capítulo.

-La interpretación futurista: Babilonia como sistema final global

Desde la perspectiva futurista, especialmente en su forma dispensacional, Babilonia es entendida como un sistema político, económico y religioso futuro que alcanzará su máxima expresión en un gobierno mundial al final de la historia. En esta visión, la bestia representa un líder global—el Anticristo— que unificará las naciones, mientras que Babilonia será el centro de poder que dominará el comercio, la religión y la política a escala universal. Esta postura reconoce correctamente el lenguaje amplio y aparentemente global del texto, así como la intensidad del juicio descrito en Apocalipsis 18. Sin embargo, presenta dificultades importantes. En primer lugar, tiende a desvincular la profecía de su contexto histórico inmediato, pasando por alto que las imágenes utilizadas por Juan habrían sido comprensibles para sus lectores originales. En segundo lugar, proyecta el cumplimiento casi exclusivamente hacia el futuro, reduciendo la relevancia continua del mensaje para la Iglesia a lo largo de la historia. Finalmente, al concentrar el mal en un sistema final único, puede minimizar la realidad presente del poder anticristiano.

-La interpretación preterista: Babilonia como Roma histórica

La postura preterista identifica Babilonia directamente con el Imperio Romano, especialmente con la ciudad de Roma en su carácter político, económico y perseguidor. Esta interpretación encuentra fuerte respaldo en el propio texto, que describe a Babilonia como una ciudad que reina sobre los reyes de la tierra (Ap 17:18), embriagada con la sangre de los santos (Ap 17:6), y asentada sobre muchas aguas que representan pueblos y naciones (Ap 17:15). Además, el uso del nombre “Babilonia” como símbolo de Roma tiene precedentes en la literatura judía y cristiana primitiva, donde se empleaba como designación velada del poder opresor. Esta lectura permite comprender cómo los primeros lectores habrían identificado de manera concreta el sistema descrito por Juan. No obstante, cuando esta interpretación se absolutiza, corre el riesgo de agotar el significado del texto en el primer siglo. Si Babilonia es únicamente Roma, el carácter profético del Apocalipsis queda limitado a un cumplimiento pasado, perdiendo su dimensión continua y su relevancia para las generaciones posteriores.

-La interpretación idealista: Babilonia como sistema simbólico atemporal

La perspectiva idealista entiende Babilonia como un símbolo del sistema del mundo en su oposición a Dios: una estructura de poder caracterizada por la idolatría, la seducción económica y la persecución de los justos. En esta visión, Babilonia no corresponde a una entidad histórica específica, sino a un patrón espiritual que se manifiesta en distintas culturas y épocas. Esta lectura capta con claridad la dimensión teológica del texto y su aplicabilidad universal. Babilonia representa la civilización organizada en rebelión contra Dios, seduciendo a las naciones y corrompiendo la adoración verdadera. Sin embargo, cuando se separa completamente de cualquier referencia histórica concreta, esta interpretación puede volverse excesivamente abstracta. El Apocalipsis no presenta símbolos vacíos, sino realidades encarnadas en la historia. La falta de anclaje histórico debilita la fuerza del testimonio profético.

-Síntesis: Babilonia como realidad histórica y patrón recurrente

La lectura adoptada en esta obra busca integrar los elementos válidos de estas perspectivas sin asumir sus limitaciones. Babilonia debe entenderse simultáneamente en dos niveles inseparables: Por un lado, como una realidad histórica concreta, manifestada de manera paradigmática en el Imperio Romano, el cual encarnó de forma clara las características descritas por Juan: poder imperial, corrupción moral, persecución de los santos y dominio económico. Por otro lado, como un patrón teológico recurrente que se manifiesta a lo largo de la historia allí donde el poder humano se absolutiza, se alía con la religión corrupta y seduce a las naciones mediante riqueza y poder. De este modo, Roma no agota el significado de Babilonia, pero tampoco puede ser excluida de su cumplimiento. Es, por así decirlo, el modelo histórico mediante el cual Dios anticipa y revela el destino de todo sistema anticristiano.

-Implicaciones teológicas y pastorales

Esta comprensión tiene consecuencias decisivas para la vida de la Iglesia. En primer lugar, impide reducir el conflicto a un evento futuro, llamando al discernimiento presente. En segundo lugar, evita espiritualizar en exceso el texto, recordando que el poder anticristiano opera en estructuras reales. Finalmente, sitúa a la Iglesia en una posición de vigilancia y fidelidad constante. El llamado del Apocalipsis no es a identificar únicamente una Babilonia futura, sino a reconocer sus manifestaciones en cada época. Allí donde el poder seduce, exige lealtad absoluta y persigue la verdad, el espíritu de Babilonia está activo. Así, la caída de Babilonia no es solo un evento por venir, sino una certeza teológica que se anticipa en la historia y se consumará plenamente en el juicio final. Todo sistema que se levanta contra Dios está destinado a caer, no por la acción humana, sino por el decreto soberano del Cordero.

Capítulo 6-Exégesis de Apocalipsis 13

Antes de entrar en la exégesis de Apocalipsis 13, conviene recordar que el propósito del libro no es identificar un poder aislado en la historia, sino mostrar cómo Dios permite, limita y finalmente juzga a los reinos que absolutizan su autoridad. La lectura que sigue asume la recapitulación como clave hermenéutica y considera a Roma como manifestación histórica paradigmática de este patrón.

-La bestia del mar y su origen veterotestamentario

Apocalipsis 13:1–2 retoma de manera consciente la visión de Daniel 7, particularmente la cuarta bestia descrita en Daniel 7:7 y explicada en Daniel 7:23. Juan no introduce una figura nueva, sino que desarrolla y amplía el mismo poder imperial ya revelado a Daniel, ahora contemplado desde la perspectiva del conflicto final entre el reino de Dios y los poderes del mundo. Daniel 7:23 define explícitamente a la cuarta bestia como un reino que se levantará sobre la tierra, distinto de todos los demás, el cual devorará, hollará y despedazará. La naturaleza del símbolo no apunta a un individuo aislado, sino a un sistema político expansivo, caracterizado por su dominio violento y su alcance sin precedentes.

-La bestia compuesta y la síntesis de los imperios

La descripción de la bestia en Apocalipsis 13:2 —semejante a leopardo, con pies de oso y boca de león— muestra que Juan integra en una sola figura las bestias de Daniel 7:4–6. Esta composición simbólica indica que el poder descrito no es un imperio aislado, sino la concentración histórica de los reinos anteriores, en los que se manifestaron la soberbia, la violencia y la idolatría humanas, de este modo, el cuarto imperio no anula a los anteriores, sino que los asume y lleva a su máxima expresión. La bestia de Apocalipsis 13 representa la culminación del poder imperial humano en oposición a Dios.

-El contexto histórico de Juan y la identificación paradigmática

Considerando el contexto histórico del Apocalipsis, este perfil profético encaja de manera coherente con el Imperio Romano, el cual, en tiempos del apóstol Juan, había conquistado y sometido gran parte del mundo entonces conocido, ejerciendo autoridad sobre pueblos, naciones y lenguas. La expresión bíblica “toda la tierra” debe entenderse dentro de este marco imperial, tal como ocurre en otros textos del Nuevo Testamento (cf. Lc 2:1). Esta identificación no pretende agotar el significado profético de la bestia, sino reconocer en el Imperio Romano su manifestación histórica paradigmática, que sirve como arquetipo de los poderes políticos que se levantan contra Cristo y su Iglesia.

-El dragón y la fuente del poder imperial

Apocalipsis 13:2 afirma que el dragón otorgó a la bestia su poder, su trono y grande autoridad. El propio libro de Apocalipsis identifica explícitamente al dragón como Satanás (Ap 12:9; 20:2), eliminando cualquier ambigüedad interpretativa, este lenguaje no implica un gobierno autónomo del mal, sino una delegación permitida dentro del

marco de la soberanía divina. La bestia actúa bajo influencia satánica, pero solo en la medida en que le es concedido ejercer autoridad, conforme al designio de Dios.

-La herida mortal de una de las cabezas y su sanidad (Apocalipsis 13:3)

Apocalipsis 13:3 introduce un elemento decisivo en la identificación histórica y teológica de la bestia: una de sus cabezas aparece "como herida de muerte", pero su herida mortal es sanada, provocando la admiración de toda la tierra. Este lenguaje no describe la destrucción definitiva del poder imperial, sino una crisis profunda seguida de una restauración visible. Dentro del contexto histórico del apóstol Juan, esta imagen se comprende de manera coherente a la luz de la muerte de Nerón y el período de inestabilidad que siguió en Roma. Tras el fin violento de su gobierno, el imperio entró en una etapa de caos político que culminó con la consolidación del poder bajo la dinastía Flavia, alcanzando su expresión más marcada durante el reinado de Domiciano. La sanidad de la herida simboliza, por tanto, la recuperación y reafirmación del poder imperial, percibida por los habitantes del imperio como una continuidad del dominio anterior. Las fuentes antiguas atestiguan que algunos llegaron a creer que Nerón había regresado, y Domiciano fue identificado popularmente como un "nuevo Nerón", no por identidad personal, sino por la semejanza en carácter, autoridad y persecución. Juan escribe el Apocalipsis bajo el gobierno de Domiciano, cuando el poder imperial no solo se había restaurado, sino que se había intensificado en su pretensión de autoridad absoluta y culto. La reacción descrita —"se maravilló toda la tierra en pos de la bestia"— refleja la sumisión generalizada del mundo imperial ante un poder que parecía invencible, no una aprobación espiritual, sino una admiración política y cultural. Teológicamente, este pasaje enseña que los poderes anticristianos pueden parecer heridos de muerte sin ser aún juzgados definitivamente. Dios permite su restauración para que el carácter rebelde del poder humano se manifieste plenamente, preparándolo así para el juicio final. De este modo, Apocalipsis 13:3 se integra armónicamente con la línea melódica del libro: el poder perseguidor es revelado, preservado por un tiempo y finalmente reunido para su condenación.

-La adoración de la bestia y la usurpación de la autoridad divina (Apocalipsis 13:4)

Apocalipsis 13:4 describe la consecuencia inmediata de la restauración del poder imperial. Juan no presenta este acto como un mero reconocimiento político, sino como una devoción religiosa, lo cual marca el punto de ruptura definitiva entre la autoridad legítima y la idolatría. El texto afirma que los hombres adoraron al dragón porque él había dado autoridad a la bestia, y adoraron también a la bestia misma. De este modo, toda adoración rendida al poder imperial es revelada como adoración indirecta a Satanás, a quien el propio Apocalipsis identifica explícitamente como el dragón (Ap 12:9). El culto al poder político no es, por tanto, neutral, sino espiritualmente comprometedor. La exclamación: "¿Quién como la bestia?" expresa la atribución al poder imperial de una singularidad y supremacía que la Escritura reserva exclusivamente para Dios (cf. Éx 15:11; Sal 113:5). El imperio se presenta como incomparable e invencible, reclamando una autoridad absoluta que trasciende lo

meramente civil. La pregunta subsiguiente —“¿quién podrá luchar contra ella?”— refleja la percepción generalizada de la invulnerabilidad del poder imperial. Bajo el gobierno de Domiciano, Roma parecía haber superado sus crisis internas y consolidado su dominio político, militar y religioso. Juan no afirma que la bestia sea verdaderamente invencible, sino que así es percibida por los moradores de la tierra, lo cual explica tanto la adoración como la posterior persecución contra los santos. Teológicamente, este versículo muestra que el conflicto revelado en Apocalipsis 13 no es meramente político, sino profundamente teológico. El poder humano, al reclamar devoción absoluta, se coloca en abierta oposición a Dios. Así, la adoración de la bestia constituye la justificación moral y espiritual del juicio que será derramado posteriormente en las copas

-Blasfemia y tiempo limitado (Apocalipsis 13:5–6)

Apocalipsis 13:5–6 declara que a la bestia le fue dada una boca que hablaba grandes cosas y blasfemias, y que le fue concedido actuar cuarenta y dos meses. Este lenguaje remite directamente a Daniel 7:24–25, donde el cuerno pequeño habla palabras contra el Altísimo y persigue a los santos por un tiempo determinado. La blasfemia de la bestia no se limita a palabras irreverentes, sino que consiste en una pretensión de autoridad divina, blasfema contra el nombre de Dios, contra su tabernáculo y contra los que moran en el cielo, es decir, contra la presencia divina y contra el pueblo redimido. Esta descripción coincide con la práctica histórica del poder imperial romano, especialmente bajo Domiciano, quien promovió su exaltación como figura divina y persiguió a quienes se negaban a participar del culto imperial, sin embargo, el texto subraya que este poder es concedido y limitado. El período de cuarenta y dos meses no debe entenderse como una cronología literal estricta, sino como un símbolo bíblico del tiempo de opresión permitido por Dios, correspondiente al período entre la primera y la segunda venida de Cristo, visto desde la perspectiva de la persecución. Así, Juan afirma una verdad central de la escatología reformada: el poder anticristiano blasfema y persigue, pero solo dentro de los límites soberanos establecidos por Dios. La bestia no reina eternamente; su tiempo está contado y su juicio es seguro.

-La persecución de los santos y la perseverancia de la Iglesia (Apocalipsis 13:7–10)

Apocalipsis 13:7–10 desarrolla de manera explícita las consecuencias históricas y espirituales del poder de la bestia. El texto afirma que le fue dado hacer guerra contra los santos y vencerlos, y que recibió autoridad sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación. Nuevamente, Juan subraya que esta autoridad es concedida, no intrínseca, reafirmando la soberanía absoluta de Dios incluso sobre los poderes perseguidores. La expresión hacer guerra contra los santos conecta directamente con Daniel 7:21 y 7:25, donde el cuerno pequeño persigue al pueblo del Altísimo. Juan interpreta esta profecía a la luz de la experiencia concreta de la Iglesia del primer siglo: persecución sistemática, marginación social y, en muchos casos, martirio. El verbo vencerlos no debe entenderse como una derrota espiritual definitiva, sino como una victoria temporal y externa, limitada al ámbito del sufrimiento histórico. La Escritura es clara en afirmar que vencer

no equivale a destruir, pues los santos vencen precisamente por medio de su fidelidad hasta la muerte (Ap 12:11). El alcance universal de la autoridad de la bestia refleja con precisión el contexto del Imperio Romano, cuya dominación se extendía sobre gran parte del mundo conocido. Tal como Lucas describe que “todo el mundo” fue empadronado bajo César Augusto (Lc 2:1), Juan emplea un lenguaje imperial común para describir la hegemonía romana, sin necesidad de una universalidad absoluta en sentido moderno. Apocalipsis 13:8 introduce una distinción teológica fundamental: mientras los moradores de la tierra adoran a la bestia, los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero no participan de esta idolatría. Esta separación no es étnica ni política, sino soteriológica. La fidelidad de los santos no se explica por resistencia humana, sino por su elección y redención en Cristo, el Cordero inmolado desde la fundación del mundo.

El versículo 9 introduce una exhortación solemne: “Si alguno tiene oído, oiga”. Esta fórmula profética, heredada de los profetas del Antiguo Testamento y utilizada repetidamente por Cristo, indica que lo que sigue es una verdad crucial para la perseverancia de la Iglesia perseguida. Apocalipsis 13:10 presenta un principio de justicia retributiva: “Si alguno lleva en cautividad, va en cautividad; si alguno mata a espada, a espada debe ser muerto”. Este no es un llamado a la venganza, sino una reafirmación de que el juicio pertenece a Dios. La Iglesia no es llamada a responder con violencia, sino a confiar en la justicia soberana del Señor. El pasaje concluye con una declaración clave: “Aquí está la paciencia y la fe de los santos”, la victoria de la Iglesia no se manifiesta en el dominio político, sino en la perseverancia fiel en medio de la opresión. Los puritanos vieron en este texto una de las expresiones más claras de la teología de la cruz: la Iglesia vence cuando permanece firme bajo el sufrimiento, confiando en que el tiempo de la bestia es limitado y su caída segura. En coherencia con todo el libro, Apocalipsis 13:7–10 no promete una Iglesia triunfante según los criterios del mundo, sino una Iglesia perseverante, sostenida por la soberanía de Dios, hasta que el juicio final vindique plenamente a los santos y al Cordero.

-La segunda bestia y el sistema de culto imperial (Apocalipsis 13:11–15)

Apocalipsis 13:11 introduce a una segunda bestia que sube de la tierra, a diferencia de la primera que surge del mar. Esta distinción no es accidental. Mientras la bestia del mar representa el poder político imperial en su dimensión militar y coercitiva, la bestia de la tierra simboliza el aparato religioso e ideológico que sostiene, legitima y promueve la adoración del poder imperial. La segunda bestia es descrita como teniendo dos cuernos semejantes a los de un cordero, pero hablando como dragón. La apariencia de mansedumbre indica un poder que se presenta como benévolo, espiritual y mediador, mientras que su voz revela su verdadera fuente: Satanás mismo. Esta duplicidad concuerda con la función histórica del culto imperial romano, el cual no se imponía únicamente por la fuerza, sino por medio de una religiosidad organizada y aparentemente piadosa. En el contexto del Imperio Romano, esta figura encaja de manera coherente con el sistema sacerdotal del culto al emperador, compuesto por sacerdotes, magistrados y autoridades locales que afirmaban hablar en nombre del César divinizado. Bajo el gobierno de Domiciano, este culto alcanzó una intensidad

particular, exigiendo reconocimiento explícito del emperador como Dominus et Deus. Así, la segunda bestia actúa como mediadora del culto, canalizando la adoración hacia la primera bestia. Apocalipsis 13:12 afirma que la segunda bestia ejerce toda la autoridad de la primera en su presencia y hace que los moradores de la tierra la adoren. Esto refleja el hecho histórico de que el culto imperial no operaba de manera independiente del poder político, sino como su extensión religiosa, reforzando la lealtad al imperio mediante ritos y ceremonias públicas. El texto señala que esta bestia hace grandes señales, incluso hacer descender fuego del cielo. Este lenguaje no debe entenderse necesariamente como milagros sobrenaturales reales, sino como signos engañosos, diseñados para impresionar y persuadir. Históricamente, el culto imperial romano incorporaba espectáculos religiosos con uso de fuego, pirotecnia ritual y manifestaciones escénicas prolongadas, especialmente en festivales dedicados al emperador. Estas prácticas servían para crear un aura de poder divino y legitimidad sagrada alrededor del César. Juan aclara que estas señales tienen como propósito engañar a los moradores de la tierra. El énfasis no está en la naturaleza técnica del prodigio, sino en su función idolátrica: inducir a la adoración de la criatura en lugar del Creador.

Así, la segunda bestia cumple el papel que más adelante será identificado como el del falso profeta (Ap 16:13; 19:20), aquel que usa la religión para sostener el poder anticristiano. Apocalipsis 13:14–15 declara que a la segunda bestia le fue permitido dar aliento a la imagen de la primera bestia, de modo que hablase y causase la muerte de quienes no la adoraran. La repetición de la expresión le fue permitido es teológicamente decisiva: incluso este sistema religioso persecutorio opera bajo la soberanía de Dios, no fuera de ella. La imagen de la bestia debe entenderse como la representación visible y oficial del poder imperial divinizado, manifestada en estatuas, templos y símbolos del culto al emperador. Dar “aliento” a la imagen no implica necesariamente animación literal, sino la institucionalización viva del culto, sostenida por decretos, rituales y sanciones legales. Aquellos que se negaban a participar en estos actos —especialmente los cristianos— eran denunciados, excluidos y, en no pocos casos, ejecutados. Este pasaje confirma que la persecución no fue un fenómeno caótico, sino religiosamente legitimado. El poder político mataba, pero el sistema religioso justificaba la muerte. De este modo, la segunda bestia revela cómo la idolatría organizada se convierte en instrumento de persecución contra los santos.

-La marca de la bestia y la lealtad total al poder imperial (Apocalipsis 13:16–18)

Apocalipsis 13:16–18 culmina la descripción del sistema anticristiano mostrando su objetivo último: asegurar una lealtad total —interna y externa— al poder imperial, excluyendo toda fidelidad exclusiva a Dios. El texto declara que la segunda bestia hace que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se les ponga una marca en la mano derecha o en la frente. Este lenguaje debe ser interpretado a la luz del simbolismo bíblico y no como una descripción técnica o futurista. En la Escritura, la frente representa la mente, la conciencia y la identidad interior (Dt 6:6–8; Ez 9:4), mientras que la mano simboliza la acción, la obra y la obediencia práctica (Ec 9:10). Así, la marca de la bestia indica una sumisión integral: pensamiento y conducta alineados

con el sistema idolátrico del poder imperial. Este símbolo contrasta deliberadamente con la marca de los siervos de Dios en Apocalipsis 7:3, donde los escogidos son sellados en la frente como señal de pertenencia y protección divina. Juan presenta, por tanto, dos marcas excluyentes: una que identifica a los que pertenecen al Cordero y otra que identifica a los que se someten a la bestia. No existe neutralidad posible. Apocalipsis 13:17 añade que nadie podía comprar ni vender si no tenía la marca. Esto refleja con precisión el contexto socioeconómico del Imperio Romano, donde la participación en gremios comerciales, mercados y vida pública estaba frecuentemente ligada a ritos religiosos y actos de lealtad al emperador. Negarse a participar en el culto imperial implicaba exclusión económica, marginación social y, en muchos casos, persecución legal. La marca, por tanto, no debe entenderse como un objeto físico aislado, sino como la señal visible de conformidad religiosa y política con el sistema imperial. Los cristianos no eran perseguidos por prácticas subversivas, sino por su negativa a confesar que César es señor, afirmación que competía directamente con la confesión cristiana: Jesucristo es el Señor. Apocalipsis 13:18 introduce el llamado a la sabiduría: “Aquí hay sabiduría. El que tiene entendimiento, cuente el número de la bestia”. Juan no invita a la especulación esotérica, sino a un discernimiento espiritual informado por la Escritura y el contexto histórico. El número de la bestia es definido como número de hombre y expresado como seiscientos sesenta y seis. En el mundo antiguo, el uso de la gematría —asignar valores numéricos a letras— era común. Dentro de este marco, el número 666 ha sido históricamente asociado con el nombre de Nerón César, particularmente en su transliteración hebrea, lo cual refuerza la identificación del poder imperial romano como manifestación paradigmática de la bestia. Teológicamente, el 666 simboliza la imperfección elevada a su máxima expresión. Mientras el número siete representa plenitud y perfección divina, el seis expresa lo incompleto y lo humano. El triple seis señala la pretensión del hombre de ocupar el lugar de Dios, alcanzando el clímax de la soberbia idolátrica. Este pasaje cierra Apocalipsis 13 reafirmando una verdad central del libro: el conflicto final no gira en torno a tecnologías, marcas visibles o conspiraciones futuras, sino en torno a la adoración y la lealtad. La marca de la bestia representa la conformidad del pensamiento y de la vida con un sistema que exige lo que solo pertenece a Dios. En coherencia con toda la escatología amilenial recapitulativa, Apocalipsis 13:16–18 muestra que la Iglesia es llamada a resistir no solo la persecución violenta, sino también la presión económica y cultural, permaneciendo fiel al Cordero hasta el fin, confiando en que toda marca impuesta por la bestia es temporal, mientras que el sello de Dios es eterno.

-Interacción teológica: principales interpretaciones de Apocalipsis 13

La interpretación de Apocalipsis 13 ha sido uno de los puntos más debatidos en la escatología cristiana. A lo largo de la historia de la Iglesia, diversas corrientes han propuesto lecturas distintas acerca de la identidad de la bestia, su manifestación histórica y el significado de sumarla. A continuación, se presentan las principales posturas, junto con una evaluación crítica a la luz del marco exegético y teológico desarrollado en esta obra.

-La interpretación futurista

La perspectiva futurista, particularmente en su forma dispensacional, sostiene que Apocalipsis 13 describe un cumplimiento casi exclusivamente futuro. Según esta visión, la bestia es un individuo específico —el Anticristo— que surgirá en los últimos tiempos como líder políticoglobal, establecerá un gobierno mundial y exigirá adoración universal. La segunda bestia es entendida como un falso profeta literal que apoyará este sistema, mientras que la marca de la bestia es interpretada como un mecanismo visible, frecuentemente asociado con tecnologías económicas o identificaciones físicas, necesario para comprar y vender. Esta interpretación posee cierta fuerza inicial, pues toma con seriedad el lenguaje concreto del texto y su dimensión global. Sin embargo, presenta dificultades significativas. En primer lugar, tiende a desconectar el mensaje del Apocalipsis de su contexto original, ignorando que el libro fue dirigido a iglesias reales del primer siglo que enfrentaban presiones concretas del poder imperial romano. En segundo lugar, reduce el simbolismo profético a una lectura excesivamente literal, pasando por alto el uso consistente de imágenes tomadas del Antiguo Testamento. Finalmente, al ubicar el cumplimiento casi exclusivamente en el futuro, debilita la relevancia pastoral del texto para la Iglesia a lo largo de la historia. Desde una perspectiva recapitulativa, Apocalipsis 13 no describe un evento aislado al final de los tiempos, sino un patrón recurrente: el surgimiento de poderes políticos que, bajo influencias satánicas, reclaman autoridad absoluta, exigen lealtad total y persiguen al pueblo de Dios. Este patrón tuvo una manifestación paradigmática en el Imperio Romano, pero no se limita a él ni se agota en una figura futura única.

-La interpretación preterista

La postura preterista sostiene que la mayor parte del Apocalipsis se cumplió en el contexto del primer siglo. En esta línea, la bestia es identificada directamente con el Imperio Romano, y de manera más específica con emperadores como Nerón o Domiciano. La marca de la bestia es entendida como la participación en el culto imperial o como la lealtad al sistema políticoreligioso romano. Esta interpretación acierta al tomar en serio el contexto histórico del libro y al reconocer que los primeros lectores habrían entendido las referencias al poder imperial. Además, ofrece una explicación coherente del simbolismo del número 666 en relación con Nerón César. No obstante, su limitación radica en su tendencia a agotar el significado del texto en ese contexto histórico inicial. Al hacerlo, corre el riesgo de reducir el alcance profético del Apocalipsis, que no solo interpreta la realidad del primer siglo, sino que revela principios teológicos permanentes acerca del conflicto entre el reino de Dios y los poderes del mundo. La bestia no es únicamente Roma, sino todo sistema que reproduce su carácter idolátrico y perseguidor.

-La interpretación idealista

La perspectiva idealista entiende Apocalipsis 13 como una representación simbólica atemporal del conflicto entre el bien y el mal. En esta visión, la bestia no corresponde a ningún sistema histórico específico, sino que simboliza de manera general el poder político opuesto a Dios, mientras que la marca representa la conformidad espiritual con el mundo. Esta postura tiene el mérito de captar la dimensión teológica y universal del

texto, subrayando que el conflicto descrito en Apocalipsis es relevante para todas las generaciones. Sin embargo, al desvincular el simbolismo de cualquier referencia histórica concreta, corre el riesgo de vaciar el texto de su encarnación real en la historia. El Apocalipsis no es una alegoría abstracta, sino una revelación que se inserta en eventos históricos reales, aunque los trascienda.

-Síntesis y posición adoptada

La lectura presentada en esta obra busca integrar los elementos válidos de estas posturas sin asumir sus limitaciones. Como el preterismo, reconoce el cumplimiento histórico real en el Imperio Romano; como el idealismo, afirma la validez permanente del patrón descrito; y en contraste con el futurismo dispensacional, rechaza la idea de un cumplimiento exclusivamente futuro y literalista. Apocalipsis 13 debe entenderse, por tanto, como la revelación de un principio históricoteológico: a lo largo de la era entre la primera y la segunda venida de Cristo, surgirán poderes políticos y religiosos que, bajo la influencia del dragón, exigirán una lealtad que pertenece solo a Dios. Estos poderes adoptan formas concretas en la historia, siendo Roma su manifestación paradigmática, pero no exclusiva. De este modo, el texto no llama a la especulación sobre un sistema futuro desconocido, sino al discernimiento espiritual en el presente. La Iglesia es exhortada a reconocer las manifestaciones del poder anticristiano en cada época y a perseverar en fidelidad al Cordero, aun cuando esto implique exclusión, sufrimiento o muerte. Así, la interpretación de Apocalipsis 13 no culmina en la identificación de un enemigo puntual, sino en la afirmación de una verdad central: todo poder que se levanta contra Cristo está limitado por la soberanía de Dios y será finalmente juzgado en la consumación de todas las cosas.

Capítulo 7-El sistema anticristiano y la fidelidad del pueblo de Dios

A la luz de la exégesis histórica y textual ya presentada, Apocalipsis 13 no debe leerse como una colección de símbolos aislados ni como un anuncio exclusivo de un futuro lejano, sino como una visión unitaria que describe el surgimiento, la operación y los límites del sistema anticristiano a lo largo de la historia, presentado bajo formas concretas y reconocibles para los primeros lectores, y con validez teológica permanente para la Iglesia de todos los tiempos. Desde una perspectiva recapitulativa, el capítulo no introduce un juicio distinto de los sellos o las trompetas, sino que reexpone la misma realidad histórica y espiritual desde otro ángulo: el de la confrontación directa entre el poder del mundo y el señorío de Cristo.

-La unidad del capítulo: un solo sistema, múltiples expresiones

La bestia que sube del mar, la bestia que sube de la tierra y la marca impuesta a los moradores de la tierra no constituyen tres enemigos distintos, sino las dimensiones complementarias de un mismo orden anticristiano. El poder político, la legitimación religiosa y la coerción económica operan juntas, bajo la permisión soberana de Dios, para exigir adoración y lealtad absolutas. En el contexto histórico de Juan, este sistema se manifiesta de manera paradigmática en el Imperio Romano, particularmente bajo el gobierno de Domiciano. Sin embargo, el texto trasciende ese marco inmediato y presenta a Roma como arquetipo, no como excepción. Allí donde el poder humano se absolutiza, reclama adoración y persigue a los santos, el espíritu de la bestia vuelve a hacerse presente.

-El poder político: autoridad delegada y limitada

La primera bestia recibe su poder, su trono y su autoridad del dragón, pero no actúa de manera autónoma. Su dominio es real, extenso y violento, pero derivado y temporal. El énfasis del texto no está en la grandeza de la bestia, sino en el hecho de que su autoridad le es “dada”. Esto preserva una verdad central del Apocalipsis: aun los poderes más hostiles a Dios operan dentro de los límites establecidos por su soberanía. El Imperio Romano, con toda su maquinaria militar, jurídica y administrativa, no escapa al gobierno del Cordero entronizado en el cielo.

-La religión falsa: legitimación del poder y engaño espiritual

La segunda bestia cumple una función decisiva: hacer que la tierra adore a la primera bestia. No gobierna principalmente por la espada, sino por el engaño, los signos y la persuasión religiosa. Su labor consiste en dar un ropaje sagrado al poder político, presentándolo como digno de devoción. En el mundo romano, esto se expresó en el culto imperial, los sacerdocios oficiales y los rituales públicos que exigían reconocimiento del emperador como señor. Esta dimensión religiosa no es accidental, sino estructural: todo sistema anticristiano necesita justificar espiritualmente su pretensión de autoridad absoluta.

-La marca de la bestia: lealtad total exigida

La marca impuesta en la mano derecha o en la frente no debe entenderse como un signo meramente externo, sino como la expresión simbólica de una entrega integral. La frente representa la mente, la convicción interior; la mano, la acción y la obra. Se trata de una obediencia que abarca pensamiento y conducta. Este signo contrasta deliberadamente con el sello de los siervos de Dios en Apocalipsis 7. Ambos marcan pertenencia, pero a señores opuestos. En el contexto romano, esta marca se manifestó en la imposibilidad de participar plenamente en la vida económica y social sin algún grado de conformidad con el culto imperial. Así, el conflicto no es superficial, sino profundamente teológico: ¿a quién pertenece el ser humano en su totalidad?

-La persecución y la perseverancia de los santos

La bestia recibe autoridad para hacer guerra contra los santos y vencerlos, en una formulación que remite directamente a la visión de Daniel 7, donde el poder impío hace guerra contra el pueblo del Altísimo, y que armoniza con el clamor de las almas bajo el altar presentado anteriormente. Esta afirmación no glorifica al poder perseguidor, sino que prepara a la Iglesia para una verdad dura pero necesaria: la fidelidad al Cordero no garantiza seguridad terrenal inmediata, sin embargo, el pasaje concluye con un llamado claro: “Aquí está la paciencia y la fe de los santos”. La victoria final no pertenece a la bestia, sino a aquellos que, aun en medio de la presión, rehúsan rendir adoración indebida.

-Interacción teológica: la Iglesia frente al poder anticristiano en las distintas corrientes escatológicas.

La relación entre la Iglesia y el poder anticristiano ha sido interpretada de diversas maneras dentro de la escatología cristiana. Las diferencias no se limitan a la identificación de la bestia, sino que afectan profundamente la comprensión del papel de la Iglesia en la historia, su llamado a la perseverancia y su expectativa frente al sufrimiento. A continuación, se examinan las principales perspectivas y sus implicaciones teológicas.

-La perspectiva dispensacional: la retirada de la Iglesia

Dentro del dispensacionalismo clásico, el surgimiento pleno del sistema anticristiano ocurre en un período futuro conocido como la gran tribulación. En esta visión, la Iglesia verdadera es retirada previamente mediante el arrebatamiento, de modo que no enfrenta directamente la manifestación final de la bestia. El conflicto descrito en Apocalipsis 13 se sitúa, por tanto, en una etapa posterior a la era de la Iglesia, y los creyentes que aparecen en ese contexto son entendidos como un grupo distinto, convertido después de la retirada de la Iglesia. Esta interpretación busca preservar la esperanza de la Iglesia y resaltar la obra redentora de Dios en distintos períodos. Sin embargo, presenta dificultades significativas a la luz del testimonio bíblico. En primer lugar, introduce una separación entre la Iglesia y los santos del Apocalipsis que el propio texto no establece. En segundo lugar, debilita el llamado constante del libro a la perseverancia en medio de la tribulación, trasladando el conflicto principal a una generación futura. Finalmente, contrasta con la enseñanza reiterada del Nuevo

Testamento, que presenta el sufrimiento como una realidad inherente a la vida cristiana (Hch 14:22; 2 Ti 3:12). Desde la perspectiva aquí adoptada, la Iglesia no es retirada del conflicto, sino preservada en medio de él. La victoria no consiste en evitar la tribulación, sino en permanecer fiel dentro de ella.

-La perspectiva premilenial histórica: confrontación futura intensificada

El premilenialismo histórico sostiene que la Iglesia atravesará un período de tribulación antes de la segunda venida de Cristo, durante el cual el poder anticristiano alcanzará una manifestación especialmente intensa. En esta visión, Apocalipsis 13 tiene un cumplimiento progresivo en la historia, pero también una culminación futura más definida, donde el conflicto entre la Iglesia y el sistema anticristiano se intensifica de manera singular. Esta postura reconoce correctamente que la Iglesia está llamada a enfrentar oposición y que el conflicto descrito en el Apocalipsis no puede ser completamente separado de la experiencia cristiana. No obstante, tiende a concentrar el cumplimiento principal en un momento específico del futuro, lo cual puede generar una lectura que subestima la presencia constante del poder anticristiano a lo largo de toda la era de la Iglesia. El énfasis recapitulativo, en cambio, permite ver que la intensificación del conflicto no es exclusiva de un período final, sino una realidad recurrente en la historia, manifestada en distintos contextos y con diferentes grados de severidad.

-La perspectiva idealista: el conflicto espiritual permanente

La interpretación idealista entiende el sistema anticristiano como una realidad espiritual constante que se manifiesta en todas las estructuras humanas opuestas a Dios. Desde esta perspectiva, Apocalipsis 13 describe un patrón atemporal en el que el poder político, la religión falsa y la presión cultural se combinan para exigir conformidad y desplazar la adoración verdadera. Esta visión acierta al destacar la relevancia continua del texto y al subrayar que la lucha de la Iglesia no está limitada a un momento histórico específico. Sin embargo, cuando se desconecta completamente de manifestaciones históricas concretas, corre el riesgo de diluir la fuerza del testimonio bíblico, que presenta ejemplos reales y verificables del accionar del poder anticristiano. El Apocalipsis no solo enseña principios espirituales, sino que los encarna en la historia, mostrando cómo estos se desarrollan en contextos reales.

-Síntesis: la Iglesia en medio del conflicto

La lectura desarrollada en este capítulo sostiene que la Iglesia vive permanentemente en tensión con el sistema anticristiano, no como una excepción futura ni como una abstracción simbólica, sino como una realidad histórica concreta. El poder descrito en Apocalipsis 13 no pertenece exclusivamente al pasado ni al futuro, sino que se manifiesta de manera recurrente allí donde la autoridad humana se absolutiza, la religión se corrompe y la fidelidad a Dios es puesta a prueba. En este marco, el Imperio Romano constituye un paradigma histórico claro, pero no único. A lo largo de la historia, diversos sistemas han reproducido este patrón, confirmando que el conflicto entre el Cordero y la bestia atraviesa toda la era de la Iglesia. La implicación pastoral es

decisiva. La Iglesia no es llamada a escapar del mundo ni a dominarlo por medios propios, sino a dar testimonio fiel en medio de estructuras que, en mayor o menor medida, reflejan la lógica del poder anticristiano. La perseverancia, por tanto, no es una virtud opcional, sino la forma normal de la fidelidad cristiana en la historia. Así, Apocalipsis 13 y su desarrollo en este capítulo no preparan a la Iglesia para un evento aislado, sino para una realidad constante: vivir bajo la soberanía del Cordero en un mundo donde la bestia reclama adoración. La victoria final no se alcanza mediante la eliminación inmediata del conflicto, sino mediante la fidelidad sostenida hasta el día en que Cristo mismo vindique a su pueblo y destruya definitivamente todo poder que se levanta contra Él.

-Puente hacia Apocalipsis 14: la respuesta del cielo

Desde su carácter recapitulativo, Apocalipsis 13 no es el final del relato, sino la antesala necesaria de Apocalipsis 14. Allí donde el capítulo anterior ha mostrado el poder de la bestia sobre la tierra, el siguiente levanta la mirada hacia el Monte Sion y presenta al Cordero con los suyos. El contraste es deliberado y pastoral:

A la marca de la bestia responde el nombre del Cordero en la frente de los redimidos.

A la adoración forzada responde la adoración verdadera.

A la amenaza imperial responde la certeza del juicio divino.

Así, Apocalipsis 14 no introduce un nuevo ciclo desconectado, sino que recapitula la misma historia desde la perspectiva de la victoria segura de Cristo. El pueblo de Dios, acosado en el capítulo 13, es ahora visto desde el cielo como preservado, definido y finalmente vindicado. De este modo, el lector es conducido a comprender que, aunque el sistema anticristiano parezca dominar por un tiempo, su derrota está implícita desde el momento en que el Cordero permanece en pie.

Capítulo 8-El Cordero en pie y el pueblo sellado

Apocalipsis 14:1–5 presenta una escena deliberadamente contrastante con la visión anterior. Después de contemplar el dominio terrenal de la bestia, el lector es llevado ahora a una perspectiva celestial, donde el Cordero aparece en pie sobre el monte Sion. Este cambio de escenario no indica una ruptura narrativa, sino una recapitulación desde el ángulo de la victoria. La Escritura muestra así que, mientras en la tierra el poder anticristiano parece imponerse, en el cielo la autoridad de Cristo nunca ha sido desplazada. El Cordero no lucha por obtener el dominio: ya está en pie, señal de realeza establecida y triunfo consumado, con Él aparecen los ciento cuarenta y cuatro mil, descritos no como una élite distinta del pueblo de Dios, sino como la totalidad simbólica de los redimidos. Llevan en la frente el nombre del Cordero y de su Padre, en contraste directo con la marca de la bestia descrita en el capítulo anterior. Donde el sistema anticristiano exige lealtad forzada, Dios sella por gracia a los suyos. El monte Sion, en este contexto, no debe limitarse a una localización geográfica, sino entenderse como el lugar de gobierno mesiánico, el ámbito donde Dios reina con su pueblo. Así, Apocalipsis 14 no corrige la realidad de la persecución descrita en el capítulo 13, sino que la sitúa dentro de un marco más amplio: el de la soberanía inquebrantable de Cristo. El cántico nuevo que se oye delante del trono subraya esta verdad. Solo los redimidos pueden aprenderlo, no por mérito propio, sino porque han sido comprados de entre los hombres. Su fidelidad no los define como impecables, sino como pertenecientes. Siguen al Cordero por dondequiera que va, no porque estén exentos del conflicto, sino porque han sido rescatados para Él. La descripción de estos redimidos como vírgenes y sin mancha no debe entenderse en sentido literalista o moralista estrecho, sino como una imagen de lealtad indivisa. No se contaminaron con la idolatría del sistema dominante, ni cedieron su adoración a otro señor. En esto se revela el verdadero contraste entre los dos pueblos: los marcados por la bestia y los sellados por Dios. De este modo, Apocalipsis 14:1–5 cumple una función pastoral decisiva. Asegura a la Iglesia perseguida que su identidad no está determinada por la presión del imperio ni por la violencia del sistema anticristiano, sino por su relación con el Cordero. El capítulo no niega el sufrimiento presente, pero afirma con claridad que la última palabra pertenece a Cristo.

-Apocalipsis 14:6–13: Proclamación, advertencia y esperanza

Apocalipsis 14:6–13 amplía la escena celestial introducida anteriormente y presenta la respuesta divina al dominio temporal del sistema anticristiano, no mediante una intervención inmediata, sino a través de la proclamación, la advertencia y la certeza del juicio. El primer ángel anuncia el evangelio eterno a los moradores de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo, mostrando que aun en medio de la presión imperial y la idolatría institucionalizada, Dios continúa llamando a los hombres al arrepentimiento y a la adoración del Creador (cf. Ap 14:6–7), subrayando que el juicio no llega sin previo testimonio. El segundo ángel proclama la caída de Babilonia (Ap 14:8), no como un hecho meramente futuro, sino como una sentencia ya declarada desde el cielo, retomando el lenguaje profético del Antiguo Testamento, donde Babilonia es descrita

como copa de oro en la mano de Jehová que embriaga a todas las naciones (Jer 51:7), revelando así que el sistema que seduce a los pueblos y los conduce a la idolatría está condenado desde el momento en que se levanta contra Dios. El tercer ángel, con lenguaje solemne y severo, advierte sobre las consecuencias de adorar a la bestia y recibir su marca (Ap 14:9–11), dejando claro que la lealtad al sistema del mundo no es neutral, sino una elección espiritual con implicaciones eternas.

En este contexto, el texto vuelve a llamar a la perseverancia de los santos (Ap 14:12), definiéndolos como aquellos que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús, y culmina con una bienaventuranza que declara bienaventurados a los que mueren en el Señor (Ap 14:13), afirmando que, aunque el poder terrenal pueda arrebatarse la vida, no puede arrebatarse el reposo prometido a los que pertenecen a Cristo. De este modo, el pasaje no introduce una nueva etapa histórica, sino que recapitula la misma era desde la perspectiva del anuncio del juicio y la esperanza segura, preparando al lector para comprender las copas de la ira como la ejecución de lo que aquí ya ha sido proclamado desde el cielo.

-Apocalipsis 14:14–20: La siega final y el lenguaje de la consumación

Apocalipsis 14:14–20 presenta una visión deliberadamente escatológica que no debe entenderse como una continuación cronológica de los anuncios anteriores, sino como una representación simbólica y recapitulativa del fin. La figura semejante al Hijo del Hombre, sentado sobre una nube blanca y coronado, retoma directamente el lenguaje de Daniel 7 y de las palabras de Jesús acerca de su venida gloriosa (cf. Mt 24:30), subrayando que el juicio final pertenece exclusivamente a Cristo. La siega de la tierra no describe un proceso histórico prolongado, sino el momento decisivo en que la historia humana alcanza su clímax, en consonancia con la enseñanza de Jesús sobre la siega al fin del siglo (Mt 13:39–43). La vendimia que sigue, con imágenes de ira y juicio, emplea el mismo lenguaje profético utilizado por el propio Cristo para describir la separación definitiva entre justos e impíos (cf. Mt 25:31–46), mostrando que el Apocalipsis vuelve a contemplar el mismo desenlace desde otro ángulo. Así, estas dos escenas no introducen dos finales distintos, sino que refuerzan la certeza de un único juicio consumidor, expresado mediante imágenes complementarias que intensifican la gravedad del momento. En este sentido, Apocalipsis 14:14–20 funciona como un anticipo teológico del juicio que será desplegado con mayor detalle en las copas de la ira, reafirmando que el libro no avanza en línea recta hacia el fin, sino que retorna una y otra vez al mismo punto culminante para contemplarlo bajo diferentes figuras reveladoras.

-Interacción teológica: la identidad del pueblo del Cordero y el carácter del juicio en Apocalipsis 14

Apocalipsis 14 presenta una de las escenas más consoladoras y, al mismo tiempo, más solemnes del libro: el Cordero en pie sobre el monte Sion, acompañado por los redimidos, seguido por el anuncio universal del evangelio y la proclamación del juicio divino. Sin embargo, la interpretación de este pasaje ha dado lugar a diversas posturas,

particularmente en lo que respecta a la identidad de los 144,000, la naturaleza del mensaje angelical y el significado de la cosecha final.

-La interpretación futurista: un grupo literal en el tiempo final

Desde la perspectiva futurista dispensacional, los 144,000 son entendidos como un grupo literal de judíos étnicos convertidos durante la gran tribulación. Se sostiene que pertenecen a las doce tribus de Israel en sentido estrictamente genealógico y que cumplen una misión específica de proclamación del evangelio en un período futuro posterior al arrebatamiento de la Iglesia. Asimismo, los mensajes de los tres ángeles son ubicados en ese mismo período final, como proclamaciones dirigidas a la humanidad en el contexto del dominio global de la bestia. La cosecha descrita al final del capítulo es interpretada como un evento único que ocurre inmediatamente antes o durante la segunda venida de Cristo. Aunque esta lectura intenta tomar en serio los detalles numéricos y tribales del texto, presenta varias dificultades. En primer lugar, introduce una distinción rígida entre Israel y la Iglesia que no es consistente con la teología del Nuevo Testamento, donde el pueblo de Dios es definido en términos cristológicos y no meramente étnicos. En segundo lugar, limita el alcance del pasaje a un momento futuro, reduciendo su relevancia pastoral para los creyentes de todas las épocas. Finalmente, tiende a leer los símbolos de manera literalista, sin considerar su función dentro del lenguaje apocalíptico.

-La interpretación preterista: cumplimiento en la Iglesia primitiva

La postura preterista interpreta este pasaje principalmente en relación con la Iglesia del primer siglo. Los 144,000 son entendidos como una representación simbólica de los creyentes preservados en medio de la persecución, mientras que los mensajes angelicales reflejan la proclamación del evangelio en el contexto del Imperio Romano. La caída de Babilonia es identificada con el juicio sobre Roma o, en algunos casos, sobre Jerusalén, y la cosecha final es vista como una referencia al juicio histórico que vino sobre estos sistemas. Esta interpretación acierta al situar el texto en su contexto histórico inmediato y al reconocer que el Apocalipsis tenía un mensaje relevante para sus primeros destinatarios. No obstante, cuando se limita a este marco, corre el riesgo de reducir el alcance escatológico del pasaje. Apocalipsis 14 no solo habla a la Iglesia primitiva, sino que presenta una visión que abarca toda la era redentora hasta su consumación final.

-La interpretación idealista: símbolo del pueblo redimido y del juicio continuo

Desde la perspectiva idealista, los 144,000 representan simbólicamente al pueblo completo de Dios en todas las épocas, caracterizado por su fidelidad al Cordero. El número es entendido como una figura de plenitud ($12 \times 12 \times 1000$), y el monte Sion como la realidad espiritual de la comunión con Dios. Los mensajes de los tres ángeles son vistos como la proclamación continua del evangelio, el anuncio permanente del juicio y la advertencia contra la idolatría. La caída de Babilonia representa la derrota progresiva del sistema del mundo, y la cosecha final es interpretada como una imagen general del juicio divino que se repite en la historia y culmina al final de los tiempos. Esta

lectura capta con acierto la dimensión simbólica y teológica del texto, así como su relevancia universal. Sin embargo, puede tender a diluir la dimensión histórica y escatológica concreta del pasaje, especialmente en lo que respecta al juicio final como evento definitivo.

-Síntesis: el pueblo del Cordero y la certeza del juicio

La interpretación desarrollada en esta obra entiende Apocalipsis 14 como una visión recapitulativa que presenta, desde otra perspectiva, la realidad de toda la era entre la primera y la segunda venida de Cristo. Los 144,000 no son un grupo étnico limitado ni una élite futura, sino la representación simbólica del pueblo redimido en su totalidad: aquellos que han sido sellados por Dios, pertenecen al Cordero y perseveran en fidelidad en medio de la presión del mundo. El contraste con la marca de la bestia subraya que toda la humanidad está marcada por una lealtad fundamental: al Cordero o al sistema anticristiano. Los mensajes de los tres ángeles no se restringen a un momento específico, sino que describen la proclamación continua del evangelio, el anuncio de la inminencia del juicio y la denuncia de la idolatría en todas sus formas. La caída de Babilonia, aunque anticipada en la historia, apunta hacia su consumación definitiva en el juicio final. La escena de la cosecha presenta dos dimensiones complementarias: por un lado, la recolección de los justos, y por otro, el juicio sobre los impíos. No se trata de eventos separados en el tiempo, sino de una representación simbólica del mismo acto final de Dios, en el cual se consuma la salvación de su pueblo y la condenación del mal.

-Implicaciones teológicas y pastorales

Esta lectura tiene profundas implicaciones para la vida de la Iglesia. En primer lugar, afirma la identidad segura del pueblo de Dios: aquellos que pertenecen al Cordero están firmemente establecidos, aunque vivan en medio de un mundo hostil. En segundo lugar, resalta la urgencia del mensaje del evangelio, que no es opcional ni limitado a un período futuro, sino una proclamación vigente para todas las naciones. Finalmente, sitúa el juicio divino como una realidad segura e inevitable. La historia no avanza hacia el caos, sino hacia la intervención definitiva de Dios. Esto no conduce al temor paralizante, sino a la perseverancia fiel, sabiendo que el Cordero que está en pie es el mismo que juzgará con justicia y vindicará a su pueblo. Así, Apocalipsis 14 no es solo una visión de consuelo, sino también un llamado urgente: seguir al Cordero dondequiera que vaya, resistir la seducción de Babilonia y vivir a la luz del juicio venidero.

Capítulo 9-La consumación del juicio de Dios

-Apocalipsis 15:La preparación celestial del juicio

Apocalipsis 15 presenta la visión del templo abierto y de los siete ángeles con las siete plagas como la preparación directa para la consumación de la ira de Dios, reafirmando la naturaleza recapitulativa del libro: lo que fue anunciado en Apocalipsis 14 —la siega del Hijo del Hombre y la vendimia de la ira— se prepara para ser ejecutado de manera plena y ordenada. El mar de vidrio, semejante al cristal y mezclado con fuego (Ap 4:6), revela a los santos que han perseverado y vencido a la bestia y a su imagen, situándolos en la presencia del trono, lo que simboliza tanto su victoria espiritual como su participación en la justicia divina; por ello entonan el cántico de Moisés y del cántico del Cordero, proclamando la fidelidad y soberanía de Dios, recordando que su victoria sobre la bestia es segura y completa. Mientras los ángeles reciben las copas con las plagas, instrumentos mediante los cuales la ira de Dios será derramada sobre la tierra rebelde, se manifiesta que el juicio no ocurre de manera improvisada ni caótica, sino en perfecta orden bajo la autoridad del Cordero, y simultáneamente los santos participan como testigos espirituales, adorando continuamente mientras la justicia divina se cumple. El templo se llena de humo por la gloria y santidad de Dios, simbolizando que en el momento de la ejecución del juicio solo Dios domina la escena y su santidad es absoluta, mientras los santos permanecen ante el trono como testigos y adoradores del plan soberano del Cordero, integrándose así de manera simultánea con la consumación de la justicia divina y reforzando la unidad recapitulativa de proclamación, advertencia y ejecución del juicio divino. Así, la visión no se detiene en la preparación ni en la adoración celestial, sino que abre naturalmente el camino hacia Apocalipsis 16, donde aquello que ha sido dispuesto en el santuario será finalmente derramado sobre la tierra rebelde, mostrando la ejecución plena, ordenada e irreversible de las copas de la ira de Dios conforme a su soberana voluntad.

-Las copas de la ira de Dios (Apocalipsis 16)

Apocalipsis 16 presenta el derramamiento de las copas de la ira de Dios como la fase final del juicio divino sobre el reino de la bestia. Estas copas no introducen un nuevo período histórico ni describen una secuencia cronológica distinta, sino que intensifican y consuman el mismo conflicto que ya ha sido revelado mediante los sellos y las trompetas. En este contexto, el Imperio Romano constituye un cumplimiento histórico real y verificable de estos juicios, no como su expresión definitiva, sino como su manifestación arquetípica. En Roma, el lenguaje simbólico del Apocalipsis se encarnó en hechos concretos: persecución sistemática de los santos, idolatría estatal, corrupción moral y colapso progresivo del poder imperial. Sin embargo, el juicio descrito en este capítulo no se limita a Roma ni se agota en su caída, sino que establece un patrón teológico permanente mediante el cual Dios juzga a todo sistema político, religioso o cultural que, siguiendo el modelo de Babilonia, exige lealtad absoluta, derrama sangre inocente y usurpa la gloria que pertenece solo al Cordero.

-La primera copa: juicio sobre los marcados por la bestia (Apocalipsis 16:2)

La primera copa inaugura el derramamiento de la ira de Dios con un juicio dirigido de manera específica y deliberada: “fue derramada la primera copa sobre la tierra, y vino una úlcera maligna y pestilente sobre los hombres que tenían la marca de la bestia y que adoraban su imagen”.

Este juicio no cae sobre la humanidad en general, sino sobre aquellos que, por su lealtad consciente, se han identificado con el reino de la bestia. La distinción es fundamental: así como los siervos de Dios han sido sellados en sus frentes (Ap 7:3; 14:1), ahora los seguidores de la bestia reciben en su propio cuerpo la manifestación visible de su pertenencia. El lenguaje de las úlceras remite de forma clara al juicio pactal del Antiguo Testamento, particularmente a las plagas de Egipto (Éx 9:8–12) y a las maldiciones anunciadas en Deuteronomio 28 para quienes quebrantan el pacto. No se trata, por tanto, de un castigo arbitrario, sino de una retribución justa y coherente con la revelación previa de Dios: el mismo cuerpo que fue ofrecido al servicio de la idolatría se convierte ahora en el lugar donde el juicio se manifiesta. La adoración falsa no queda sin consecuencias; deja huellas visibles. En el Imperio Romano este juicio encontró un cumplimiento histórico paradigmático. Roma, que exigía adoración al César y promovía una lealtad total al orden imperial, experimentó una profunda descomposición interna que afectó tanto al cuerpo social como al cuerpo político. Las fuentes históricas describen una sociedad marcada por la corrupción moral, la decadencia de las costumbres, enfermedades recurrentes y una progresiva pérdida de cohesión. El imperio que se presentaba como portador de orden y civilización reveló, en su interior, los síntomas de una enfermedad espiritual profunda. Así, las “úlceras” del texto apocalíptico se hicieron visibles en la historia como señales del juicio de Dios sobre un sistema que había hecho de sí mismo un objeto de adoración. Sin embargo, el alcance de esta copa no se limita a Roma. El juicio descrito en Apocalipsis 16:2 establece un principio teológico que trasciende su primer cumplimiento histórico: todo sistema que marca a los hombres mediante una lealtad absoluta y usurpa el lugar de Dios termina produciendo corrupción, dolor y ruina en aquellos que se someten a él. La marca de la bestia promete seguridad y prosperidad, pero su fruto es siempre aflicción. De este modo, la primera copa revela que el juicio de Dios comienza por desenmascarar la mentira del poder idolátrico, mostrando que aquello que parecía fortaleza es, en realidad, enfermedad y muerte.

-La segunda y la tercera copa: la sangre como respuesta justa (Apocalipsis 16:3–7)

Con la segunda copa, el juicio se extiende desde la tierra al mar, y este “se convirtió en sangre como de muerto, y murió todo ser viviente que había en el mar”. A diferencia de la segunda trompeta, donde solo una tercera parte fue afectada, aquí el juicio es total y sin mitigación. El mar, símbolo de comercio, comunicación y poder imperial, deja de ser fuente de vida para convertirse en un ámbito de muerte. La imagen es deliberadamente extrema: aquello que sostenía la prosperidad del sistema de la bestia queda completamente corrompido. El juicio de Dios no solo toca a los individuos marcados, sino que alcanza las estructuras económicas y sociales que han servido de soporte al

poder idolátrico. La tercera copa intensifica esta misma realidad al extender el juicio a los ríos y a las fuentes de las aguas, los lugares de donde brota la vida cotidiana. La respuesta celestial que acompaña este acto —“Justo eres tú, que eres y que eras, el Santo, porque has juzgado estas cosas”— revela el sentido teológico profundo del juicio: no se trata de venganza desmedida, sino de justicia retributiva. La razón es explícita: “por cuanto derramaron la sangre de los santos y de los profetas, también tú les has dado a beber sangre; pues lo merecen”. El juicio responde directamente al clamor de los mártires bajo el altar (Ap 6:10), y el altar mismo se une ahora al testimonio celestial, afirmando que los juicios de Dios son verdaderos y justos. En el marco histórico del Imperio Romano, estas copas encontraron un cumplimiento paradigmático. El mar Mediterráneo, corazón del poder romano y vía principal de su comercio y expansión, fue escenario constante de violencia, guerras y derramamiento de sangre. Las persecuciones contra los cristianos, así como las luchas internas del imperio, convirtieron el ámbito de su grandeza en un espacio marcado por la muerte. De igual manera, los ríos y ciudades que simbolizaban estabilidad y provisión fueron testigos de injusticia, opresión y sangre inocente derramada. Así, el imperio que había hecho correr la sangre de los santos se vio envuelto, histórica y moralmente, en un entorno de sangre y ruina. No obstante, el alcance de estas copas va más allá de Roma. El principio que aquí se establece es permanente: Dios juzga a los sistemas que sostienen su poder mediante la violencia y la persecución de los justos, devolviéndoles aquello mismo que han sembrado. La sangre de los mártires no cae en el olvido, sino que clama ante el trono de Dios y recibe una respuesta justa. De este modo, las copas segunda y tercera declaran con solemnidad que el juicio divino no es caprichoso, sino una afirmación pública de la justicia de Dios frente a un mundo que ha despreciado la vida de los suyos.

-La cuarta copa: la autoridad que oprime y no da vida (Apocalipsis 16:8–9)

La cuarta copa introduce un giro significativo en la naturaleza del juicio, pues no se dirige ya a la tierra ni a las aguas, sino al sol, al cual “le fue dado quemar a los hombres con fuego”. En el lenguaje simbólico del Apocalipsis, el sol representa la fuente de luz, orden y estabilidad; aquello que regula los tiempos y sostiene la vida. Sin embargo, bajo el juicio de Dios, lo que debía alumbrar se convierte en instrumento de tormento. La imagen no describe un desastre natural aislado, sino la corrupción de la autoridad que, habiendo sido otorgada para el bien, es utilizada para oprimir. El énfasis del texto no recae tanto en el sufrimiento físico como en la respuesta moral de los hombres: “fueron quemados con el gran calor, y blasfemaron el nombre de Dios... y no se arrepintieron para darle gloria”. Aquí el juicio cumple una función reveladora. Lejos de producir arrepentimiento, expone la dureza del corazón humano cuando este ha sido entregado a la idolatría. Tal como afirma el apóstol Pablo, los hombres “detienen con injusticia la verdad” y, aun bajo el peso del juicio, persisten en su rebelión (Ro 1:18). La cuarta copa confirma que el problema fundamental no es la falta de evidencia, sino la corrupción del corazón. En el contexto del Imperio Romano, este juicio se manifestó de forma paradigmática en la divinización del poder imperial. El emperador, presentado como garante del orden y la paz, fue exaltado como fuente de luz para el mundo, llegando incluso a ser identificado simbólicamente con el sol invictus. Sin embargo, esa

autoridad, absolutizada y adorada, se transformó en un poder que consumía a sus súbditos mediante la opresión, la injusticia y la persecución. Aquello que prometía estabilidad y prosperidad terminó generando sufrimiento y agotamiento, revelando la falsedad de un poder que había usurpado el lugar de Dios. No obstante, como en las copas anteriores, el juicio de la cuarta copa no se limita a Roma. El principio que aquí se establece es universal: toda autoridad que se diviniza y exige una lealtad que solo corresponde a Dios termina ejerciendo su poder de manera destructiva. Cuando el hombre convierte la autoridad en objeto de adoración, esta deja de servir a la vida y se vuelve instrumento de aflicción. Así, la cuarta copa muestra que el juicio de Dios no solo castiga la idolatría, sino que la deja manifestarse plenamente, permitiendo que su carácter opresivo quede al descubierto ante todos.

-La quinta copa: tinieblas sobre el trono de la bestia (Apocalipsis 16:10–11)

La quinta copa dirige el juicio de Dios de manera explícita y directa “sobre el trono de la bestia”, y su reino se cubre de tinieblas. A diferencia de las copas anteriores, que afectan ámbitos creados o estructuras de sustento, esta copa apunta al centro mismo del poder, a la sede de autoridad desde la cual la bestia ejerce su dominio. Las tinieblas no son meramente físicas, sino profundamente simbólicas: representan la retirada de la luz, el colapso del orden y la manifestación del juicio divino sobre un reino que se ha levantado contra Dios. El efecto del juicio es revelador. El texto afirma que los hombres “se mordían la lengua de dolor, y blasfemaron al Dios del cielo por sus dolores y por sus úlceras; pero no se arrepintieron de sus obras”. La reacción es consistente con la de las copas anteriores: el sufrimiento no conduce al arrepentimiento, sino a una rebelión aún más explícita. La quinta copa confirma que el endurecimiento del corazón es parte del juicio mismo. Cuando Dios entrega al hombre a su pecado, la oscuridad se profundiza, y aun en medio del colapso, el reino de la bestia persiste en su oposición a Dios. En el cumplimiento histórico paradigmático del Imperio Romano, esta copa se manifestó en el progresivo oscurecimiento del poder imperial. A partir del siglo II, Roma comenzó a experimentar una crisis profunda de legitimidad y estabilidad: emperadores derrocados, guerras civiles, corrupción institucional y pérdida de cohesión política. El “trono” que durante siglos había simbolizado orden y dominio universal entró en un período de confusión y desorientación. Las tinieblas no llegaron de forma repentina, sino como un juicio acumulativo que evidenció la fragilidad de un poder que se había presentado como eterno. Sin embargo, este juicio no se limita a Roma ni a un momento específico de la historia. La quinta copa establece un patrón teológico permanente: todo poder que se erige como absoluto y persigue al pueblo de Dios termina siendo juzgado en su propio centro. Dios no solo hiere la periferia del sistema, sino que expone la vaciedad de su trono. Cuando la autoridad se separa de la verdad y se levanta contra el Cordero, pierde su capacidad de dar dirección, y su reino queda sumido en tinieblas. Así, la quinta copa proclama que ningún dominio que desafíe a Dios puede sostenerse indefinidamente, pues la luz que rechaza es la misma que lo mantenía en pie.

-El secamiento del Éufrates: Dios retira la protección del imperio (Apocalipsis

16.12)

El gran río Éufrates funcionó históricamente como la frontera natural del Imperio Romano frente a los reinos del oriente, otorgándole una protección estratégica contra invasiones externas y garantizando la estabilidad de su dominio. En Apocalipsis 16 se nos muestra que es Dios mismo quien retira esa protección, secando el río para “preparar el camino a los reyes del oriente”. El juicio no consiste en la fuerza repentina de los invasores, sino en la decisión soberana de Dios de quitar los límites que hasta entonces contenían el avance del enemigo. Este patrón no es nuevo en la historia redentora: de manera semejante, en tiempos del profeta Isaías, el Señor anunció que secaría las aguas para permitir el avance de las naciones como instrumento de su juicio (Is 11:15–16), usando a Babilonia para ejecutar venganza contra Asiria por la violencia ejercida contra Israel. Así, el secamiento del Éufrates en Apocalipsis 16 debe entenderse como un acto judicial soberano mediante el cual Dios dispone a las naciones como instrumentos de su juicio, no por azar geopolítico, sino conforme a su propósito justo y determinado.

-Armagedón: la reunión soberana de las naciones para el juicio de Dios(Apocalipsis 16.13-16)

Después de presenciar el secamiento del río Éufrates, Juan recibe una visión en la que del dragón, de la bestia y del falso profeta salen espíritus de demonios que hacen señales con el propósito de engañar a los reyes de la tierra en todo el mundo, a fin de reunirlos para el gran día del Dios Todopoderoso. Esta escena revela que, detrás de los acontecimientos históricos y políticos, opera una realidad espiritual en la que Dios, en su soberanía absoluta, permite que las fuerzas del mal actúen como instrumentos para congregar a los poderes del mundo con miras a su propio juicio. En medio de esta revelación, Cristo interrumpe el relato con una advertencia dirigida a los creyentes, exhortándolos a velar y guardar sus ropas, confirmando así la presencia continua de la Iglesia y la necesidad de perseverancia hasta el fin. Finalmente, el texto declara que estos reyes son reunidos en el lugar que en hebreo se llama Armagedón, no como una referencia a una ubicación geográfica literal, sino como un símbolo cargado de significado teológico. Armagedón —Har-Meguido— evoca el escenario histórico donde Dios juzgó y derribó a reyes arrogantes que se opusieron a su voluntad (Jue 5:19; 2 R 23:29; 2 Cr 35:22), y se conecta con la profecía de Joel, quien anuncia que el Señor reunirá a las naciones para juzgarlas en el valle de Josafat, cuyo nombre proclama que “YHWH juzga” (Jl 3:14). Así, Apocalipsis 16 muestra que el juicio final no surge del caos ni de la iniciativa humana, sino del decreto soberano de Dios, quien incluso utiliza la rebelión y el engaño del mal para reunir y juzgar definitivamente a los poderes opresores que se levantaron contra los santos en su gran Día.

-La séptima copa: “Hecho está”-la consumación del juicio (Apocalipsis 16:17–21)

Con la séptima copa, el juicio de Dios alcanza su punto culminante. Juan escucha una gran voz que sale del templo, desde el trono, declarando con autoridad absoluta:

“Hecho está”. Esta proclamación no anuncia un proceso, sino una consumación. Así como en la creación Dios habló y todo fue establecido, y como en la cruz Cristo declaró que la obra redentora había sido cumplida, aquí se afirma que el juicio divino ha llegado a su término. No queda espacio para nuevas advertencias ni para llamados al arrepentimiento; el tiempo de la paciencia ha concluido. Los fenómenos que acompañan esta copa —voces, truenos, relámpagos y un gran terremoto— retoman y superan las señales que ya habían acompañado al séptimo sello y a la séptima trompeta. El terremoto es descrito como único en la historia humana, no por su carácter meramente físico, sino por su alcance total: “la gran ciudad fue dividida en tres partes, y las ciudades de las naciones cayeron”. La imagen no se limita a una urbe específica, sino que representa el colapso universal de todo sistema humano que se ha organizado al margen del gobierno de Dios. El juicio no es parcial ni localizado; es definitivo y abarcador. En este contexto se introduce de manera explícita el nombre de Babilonia la grande, que “vino en memoria delante de Dios, para darle el cáliz del vino del furor de su ira”. Con esta mención, Apocalipsis 16 abre directamente el camino hacia los capítulos 17 y 18, donde Babilonia será expuesta y juzgada con mayor detalle. Históricamente, Roma encarnó este arquetipo de manera paradigmática, concentrando poder político, corrupción moral e idolatría institucional. Sin embargo, Babilonia no se limita a Roma, sino que representa a todo sistema que, como ella, se engrandece a sí mismo y persigue al pueblo de Dios. El lenguaje cósmico se intensifica aún más cuando Juan afirma que “toda isla huyó, y los montes no fueron hallados”. La creación misma responde al juicio del Creador, mostrando que nada permanece firme cuando Dios ejecuta su sentencia. Finalmente, la gran granizada que cae sobre los hombres subraya la severidad del juicio y revela, una vez más, la dureza del corazón humano, pues aun bajo el peso de esta última copa, los hombres blasfeman contra Dios. El juicio no transforma al rebelde; simplemente lo expone. Así, la séptima copa declara que la historia no termina en confusión ni en un conflicto interminable, sino en una sentencia justa pronunciada desde el trono de Dios. Apocalipsis 16 concluye mostrando que el juicio final no es el triunfo del caos, sino la manifestación plena de la soberanía divina. Para los que pertenecen al Cordero, esta copa no es motivo de terror, sino la garantía de que toda injusticia será finalmente juzgada y que el reino de Dios permanecerá para siempre.

-El carácter recapitulativo de las copas y la consumación del juicio

El derramamiento de las copas de la ira no debe entenderse como una serie de juicios nuevos y desconectados del resto del Apocalipsis, sino como la intensificación final del mismo patrón judicial que ya ha sido revelado mediante los sellos y las trompetas. Cada ciclo ha descrito, desde distintos ángulos, el conflicto entre el reino de Dios y el reino de la bestia a lo largo de la historia, avanzando de la advertencia a la retribución y, finalmente, a la consumación. Mientras los sellos mostraron el desarrollo del sufrimiento en el mundo bajo el gobierno soberano de Cristo, y las trompetas introdujeron juicios parciales con un claro propósito admonitorio, las copas presentan el mismo juicio en su forma plena y definitiva. Aquí ya no hay llamados al arrepentimiento ni límites parciales; lo que antes fue anunciado y anticipado ahora es

ejecutado. De este modo, las copas se han aplicado a lo largo de la historia como castigos reales y progresivos contra los sistemas que encarnan el espíritu de Babilonia, comenzando con juicios parciales y culminando en el juicio final proclamado por la séptima copa. Roma ofrece un ejemplo histórico paradigmático de esta dinámica recapitulativa: experimentó advertencias, endurecimiento, colapso interno y, finalmente, caída. Sin embargo, el patrón no se agota en ella, sino que se repite en toda estructura de poder que persiste en la idolatría y la persecución de los santos. Apocalipsis 16, por tanto, no describe únicamente un evento futuro aislado, sino que revela cómo Dios ha estado juzgando activamente a lo largo de la historia, hasta conducirla soberanamente hacia su consumación final, cuando el juicio anunciado se manifieste de manera plena e irreversible ante todas las naciones.

-Interacción teológica: el carácter de los juicios finales y la respuesta de la humanidad en Apocalipsis 16

La visión de las copas de la ira en Apocalipsis 16 ha sido interpretada de diversas maneras dentro de la escatología cristiana, particularmente en relación con su ubicación temporal, su intensidad y el propósito de estos juicios. A diferencia de otras secciones del Apocalipsis, este pasaje enfatiza el carácter consumado del juicio divino, lo que ha generado distintas lecturas sobre su relación con la historia y el fin de los tiempos.

-La interpretación futurista: juicios literales en la gran tribulación

Desde la perspectiva futurista, las copas de la ira representan una serie de juicios literales que ocurrirán en un período futuro de gran tribulación inmediatamente antes de la segunda venida de Cristo. En esta visión, cada copa corresponde a eventos específicos y globales: plagas físicas, alteraciones cósmicas, el secamiento literal del río Éufrates y la reunión de las naciones en Armagedón como una batalla final concreta. Esta interpretación toma con seriedad la progresión e intensidad del texto, especialmente el hecho de que las copas parecen ser juicios definitivos y sin mezcla de misericordia. Sin embargo, enfrenta varias dificultades. En primer lugar, tiende a separar las copas de las trompetas y los sellos, tratándolas como una secuencia cronológica estricta, a pesar de las claras correspondencias temáticas entre ellas. En segundo lugar, interpreta de manera excesivamente literal imágenes que pertenecen al lenguaje simbólico del Antiguo Testamento. Finalmente, al ubicar estos eventos exclusivamente en el futuro, reduce la función del texto como advertencia continua para la Iglesia a lo largo de la historia.

-La interpretación preterista: juicio histórico sobre Roma o Jerusalén

La postura preterista entiende las copas como juicios históricos que cayeron sobre sistemas concretos del primer siglo, particularmente el Imperio Romano o, en algunos enfoques, Jerusalén. Las plagas son interpretadas como calamidades reales (guerras, crisis políticas, desastres naturales) que reflejan el juicio de Dios sobre estructuras opresivas. Esta lectura acierta al reconocer que el lenguaje de las copas tiene paralelos claros con las plagas de Egipto y que el juicio de Dios se manifiesta en la historia. También sitúa el texto dentro de un marco comprensible para sus primeros lectores. No

obstante, su limitación radica en su tendencia a agotar el significado del pasaje en ese contexto histórico. Las copas en Apocalipsis 16 poseen un carácter más absoluto que los juicios anteriores, lo que sugiere una dimensión escatológica que trasciende un cumplimiento meramente histórico.

-La interpretación idealista: juicios simbólicos recurrentes

Desde la perspectiva idealista, las copas representan juicios simbólicos que se repiten a lo largo de la historia como manifestaciones de la ira de Dios contra el pecado. En esta visión, las plagas no corresponden a eventos específicos, sino a patrones de juicio divino que se manifiestan en diversas formas en el mundo. Esta interpretación destaca correctamente la continuidad del juicio de Dios en la historia y la relevancia permanente del texto. Sin embargo, puede debilitar el carácter culminante de las copas, que en el contexto del Apocalipsis parecen representar no solo juicios recurrentes, sino el clímax definitivo de la ira divina.

-El problema del endurecimiento humano

Un elemento central en Apocalipsis 16 es la reacción de la humanidad: a pesar de la intensidad de los juicios, los hombres no se arrepienten, sino que blasfeman contra Dios (Ap 16:9, 11, 21). Este aspecto ha sido interpretado de distintas maneras. Algunas lecturas sugieren que estos juicios tienen un propósito correctivo, orientado al arrepentimiento. Sin embargo, el texto enfatiza repetidamente la ausencia de arrepentimiento, lo que indica que las copas no funcionan como advertencias pedagógicas, sino como juicios finales. En este sentido, reflejan una situación similar a la del endurecimiento de Faraón en el Éxodo, donde el juicio divino confirma la rebelión humana.

-El significado de Armagedón

El término "Armagedón" (Ap 16:16) ha sido frecuentemente interpretado como una batalla militar literal en un lugar geográfico específico. Sin embargo, dentro del marco simbólico del Apocalipsis, es más coherente entenderlo como la representación del enfrentamiento final entre el reino de Dios y las fuerzas del mal. El uso de este término evoca imágenes del Antiguo Testamento asociadas con juicios decisivos de Dios sobre sus enemigos. No apunta necesariamente a una localización geográfica precisa, sino a la certeza de un conflicto culminante en el cual Dios mismo interviene para juzgar.

-Síntesis: el juicio consumado en clave recapitulativa

La interpretación adoptada en esta obra entiende las copas de la ira como una visión recapitulativa que presenta el juicio final desde una perspectiva intensificada. No constituyen una etapa cronológicamente posterior a los sellos y trompetas, sino una representación más completa y definitiva del mismo juicio divino. Mientras que los sellos y trompetas muestran juicios parciales y advertencias, las copas revelan el carácter total y consumado de la ira de Dios. En este sentido, no describen simplemente eventos dentro de la historia, sino el desenlace final hacia el cual toda la historia se dirige.

-Implicaciones teológicas y pastorales

Esta comprensión tiene implicaciones profundas. En primer lugar, afirma que el juicio de Dios no es arbitrario, sino justo y coherente con su santidad. En segundo lugar, muestra que la rebelión humana, cuando es persistente, conduce al endurecimiento y finalmente al juicio irrevocable. Para la Iglesia, este pasaje no es un llamado al temor especulativo, sino a la sobriedad espiritual. La certeza del juicio final refuerza la urgencia de la fidelidad, la proclamación del evangelio y la perseverancia en medio de un mundo que, en gran medida, persiste en su rechazo a Dios. Así, Apocalipsis 16 no debe leerse como una cronología detallada de catástrofes futuras, sino como una revelación solemne del destino final del mal: la intervención definitiva de Dios, en la cual toda injusticia será juzgada y su pueblo vindicado.

Capítulo 10-La ramera expuesta-Babilonia como poder seductor y perseguidor (Apocalipsis 17)

Después de la consumación del juicio anunciada en la séptima copa, Apocalipsis 17 no introduce una nueva secuencia de acontecimientos, sino que retrocede deliberadamente para exponer con mayor detalle la identidad y el carácter de Babilonia la grande, el sistema que ha sido juzgado. Uno de los ángeles de las copas invita a Juan a contemplar “la condenación de la gran ramera” (Ap 17:1), estableciendo así una conexión directa entre el juicio ejecutado en Apocalipsis 16 y la revelación que sigue (Ap 16:19). Este movimiento confirma el carácter recapitulativo del libro: lo que antes fue anunciado y ejecutado, ahora es interpretado y desenmascarado (cf. Ap 7:9–17; 11:15–19). La figura de la ramera representa un poder que no gobierna principalmente por la fuerza, sino por la seducción. Sentada sobre muchas aguas (Ap 17:1), su influencia se extiende sobre “pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas” (Ap 17:15), manifestando un dominio de alcance universal. Su fornicación no es meramente sexual, sino espiritual, pues los reyes de la tierra han cometido inmoralidad con ella y los moradores del mundo se han embriagado con el vino de su fornicación (Ap 17:2). Este lenguaje retoma el testimonio profético del Antiguo Testamento, donde la idolatría política y religiosa es descrita como adulterio espiritual (Is 1:21; Jer 2:20; Ez 16:15–17). La ramera no persigue inicialmente por la espada, sino que corrompe mediante alianzas, compromisos y beneficios, convirtiéndose en el rostro atractivo del mismo poder que finalmente se vuelve perseguidor. Históricamente, el Imperio Romano encarnó de manera paradigmática esta figura. Roma gobernó no solo por la fuerza militar, sino por su capacidad de seducir a las naciones mediante prosperidad, comercio, cultura y religión imperial, exigiendo lealtad política y culto al César (cf. Ap 13:4, 12; Ap 18:3). Desde esta posición, persiguió al pueblo de Dios, hasta el punto de que la ramera es descrita como “ebria de la sangre de los santos y de la sangre de los mártires de Jesús” (Ap 17:6), cumpliendo así las palabras del Señor acerca de los poderes que oprimen a sus testigos (Mt 23:34–35). Sin embargo, la ramera no se limita a Roma ni se agota en su caída histórica. Babilonia aparece aquí como un arquetipo permanente de todo sistema político, económico y religioso que se engrandece a sí mismo, se enriquece a costa de las naciones (Ap 18:7, 11–13) y persigue a los santos, mientras se presenta como fuente de estabilidad y orden. Apocalipsis 17, por tanto, no busca satisfacer la curiosidad histórica, sino revelar la naturaleza profunda del poder que se opone al Cordero, preparando al lector para comprender por qué su juicio es no solo inevitable, sino justo (Ap 17:14; Sal 2:1–9).

-La ramera y la bestia: poder, blasfemia y persecución (Apocalipsis 17:3–6)

En el Espíritu, Juan es llevado al desierto, el lugar bíblico de prueba, juicio y revelación, donde contempla a una mujer sentada sobre una bestia escarlata, llena de nombres de blasfemia, que tiene siete cabezas y diez cuernos. La escena no introduce una nueva entidad, sino que vuelve a presentar a la bestia ya descrita anteriormente (Ap 13:1), ahora en relación directa con la ramera. La imagen revela una alianza íntima entre el poder político persecutorio y el sistema religioso–económico que lo sostiene y legitima.

La ramera no gobierna por sí misma; se apoya en la bestia, y a la vez la dirige, mostrando cómo el poder estatal y la corrupción espiritual se retroalimentan en su oposición al Cordero. La mujer aparece vestida de púrpura y escarlata, adornada con oro, piedras preciosas y perlas. Estos colores no son meramente decorativos, sino que en el testimonio bíblico están asociados de manera consistente con la realeza, el poder y la autoridad imperial. En Jueces 8:26, el púrpura aparece vinculado a los ornamentos reales de los reyes madianitas; en Daniel 5:7, el vestirse de púrpura es señal de exaltación y autoridad concedida por el reino; y en Ester 8:15, Mardoqueo es honrado públicamente con vestiduras reales de púrpura. Juan, por tanto, no describe a una mujer marginal, sino a un poder que se presenta con dignidad real y pretensión soberana. Sin embargo, en su mano sostiene una copa de oro llena de abominaciones y de la inmundicia de su fornicación, revelando el contraste entre su apariencia majestuosa y su corrupción interna. Aquello que parece glorioso es, en realidad, portador de idolatría y engaño (cf. Jer 51:7). En su frente lleva un nombre escrito: “Misterio: Babilonia la grande, la madre de las rameras y de las abominaciones de la tierra”. El término “misterio” indica que su verdadera identidad no es evidente a simple vista, sino que requiere discernimiento espiritual. Bajo la apariencia de orden, estabilidad y civilización, se oculta un sistema que engendra corrupción y rebelión contra Dios, continuando la línea profética que identifica a las potencias arrogantes con Babilonia (Is 47:1–7). El clímax de la visión se alcanza cuando Juan observa que la mujer está ebria de la sangre de los santos y de la sangre de los mártires de Jesús. Su realeza es una realeza manchada de sangre; su esplendor ha sido sostenido por la persecución del pueblo de Dios. Esta realidad explica la severidad del juicio pronunciado contra ella y justifica plenamente la ira divina. El asombro de Juan no expresa admiración, sino horror ante la profundidad del engaño y la magnitud de la violencia ejercida contra los fieles. Así, Apocalipsis 17:3–6 desenmascara la verdadera naturaleza del poder que se presenta como benefactor del mundo, revelándolo como un sistema blasfemo que, bajo una apariencia de gloria real, se ha constituido en enemigo declarado del reino del Cordero.

-El misterio de la bestia revelado: era, no es y está por subir (Apocalipsis 17:7–8)

Ante el asombro de Juan, el ángel procede a revelar el misterio de la mujer y de la bestia que la sostiene, introduciendo una clave interpretativa decisiva para comprender la naturaleza histórica y teológica del poder opresor. La bestia es descrita como aquella que “era, y no es, y está para subir del abismo”. La expresión “era” indica que este sistema de poder ya había existido con anterioridad a la visión de Juan; el dominio imperial persecutorio no era una realidad futura, sino una experiencia conocida por la iglesia. Bajo el gobierno de Nerón, el imperio manifestó de manera abierta su carácter violento contra los santos, inaugurando una persecución que marcó profundamente la memoria cristiana. Cuando el texto afirma que la bestia “no es”, el lenguaje original emplea el verbo en presente, señalando una ausencia de actividad en el momento de la visión, no una inexistencia ontológica. Esto encaja con el contexto histórico de Juan, desterrado a la isla de Patmos durante el reinado de Domiciano, en un período en el que

aún no se había promulgado un edicto oficial de persecución sistemática contra los cristianos, aunque la hostilidad latente permanecía. La frase “está para subir del abismo” introduce una transición histórica y teológica. El poder que parecía inactivo volvería a manifestarse con renovada intensidad. En efecto, más adelante Domiciano asumiría títulos divinos como “Señor y Dios”, fortaleciendo el culto imperial y exigiendo una lealtad religiosa incompatible con la confesión cristiana. Esta reactivación del poder persecutorio coincide con la descripción de la bestia que sube del abismo para hacer guerra contra los testigos de Dios (Ap 11:7), mostrando que el abismo no es un lugar geográfico, sino la fuente simbólica del poder anticristiano que se opone al reino de Dios. Sin embargo, el ángel deja claro que el destino de la bestia está sellado: “va a perdición”. Su autoridad no es eterna ni autónoma; está limitada por el decreto soberano de Dios y encaminada inevitablemente hacia el juicio. Finalmente, se afirma que los moradores de la tierra, cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida desde la fundación del mundo, se maravillan y adoran a la bestia al verla reaparecer. Esta reacción no expresa una admiración teológica consciente, sino una aceptación celebratoria del orden imperial, de su promesa de estabilidad, seguridad y prosperidad. Mientras el pueblo de Dios discierne la naturaleza blasfema del poder, el resto del mundo se deja seducir por su aparente capacidad de garantizar paz y continuidad. Así, Apocalipsis 17:7–8 muestra que el conflicto no es meramente político, sino espiritual: una división radical entre aquellos que pertenecen al Cordero y aquellos que, al rechazar la verdad, se someten al poder pasajero de la bestia.

-Las siete cabezas y los 7 reyes: discernimiento y soberanía (Apocalipsis 17:9–11)

La declaración del ángel de que las siete cabezas son siete montes sobre los cuales se sienta la mujer introduce una referencia que para los lectores del primer siglo era inmediata y difícil de ignorar. Roma era conocida universalmente como la ciudad edificada sobre siete colinas, por lo que esta imagen funciona como una señal histórica concreta que ancla la visión en la realidad del Imperio Romano. Sin embargo, el ángel amplía la interpretación al afirmar que las siete cabezas son también siete reyes, mostrando que la visión no se limita a una localización geográfica, sino que describe la manifestación histórica del poder imperial a través de una sucesión de gobernantes. Contados desde el surgimiento del poder imperial consolidado y legítimamente reconocido, los cinco que habían caído corresponden a Augusto (27 a.C.–14 d.C.), Tiberio (14–37 d.C.), Calígula (37–41 d.C.), Claudio (41–54 d.C.) y Nerón (54–68 d.C.). La muerte de Nerón marcó el colapso de una etapa especialmente violenta del imperio y dio paso a un período de inestabilidad política, hasta que el poder volvió a afirmarse con claridad. En este marco, cuando el texto afirma que “uno es”, no se refiere simplemente al emperador cronológicamente vigente, sino al gobernante que encarna nuevamente el poder imperial fuerte, estable y con pretensiones absolutas. Esta descripción encaja con Domiciano (81–96 d.C.), bajo cuyo mandato Juan fue desterrado a la isla de Patmos, y cuyo gobierno se caracterizó por una creciente presión imperial, la autoexaltación religiosa del emperador y la intensificación del culto imperial. Cuando el ángel añade que “el otro aún no ha venido, y cuando venga es necesario que

de breve tiempo”, la referencia apunta con precisión al reinado de Nerva (96–98 d.C.), sucesor de Domiciano, cuyo gobierno fue corto, transicional y carente del peso ideológico y persecutorio de sus predecesores, cumpliendo así la indicación de una duración limitada. Finalmente, se declara que la bestia que era y no es es también el octavo rey, aunque pertenece a los siete y va a perdición. Esta afirmación no introduce un emperador distinto ni una figura futura independiente, sino que describe una realidad cualitativa: el mismo poder imperial que se manifestó con particular ferocidad en tiempos de Nerón, que no estaba activo de la misma manera en el momento de la visión, reaparece como continuidad del mismo sistema anticristiano bajo nuevas expresiones históricas. El “octavo” no añade un nuevo poder, sino que subraya la persistencia del mismo dominio blasfemo, cuyo destino no es la perpetuación, sino la perdición decretada por Dios. Así, Apocalipsis 17:9–11 afirma que, aunque los emperadores cambian y las formas del poder se renuevan, la bestia permanece esencialmente la misma, sentada sobre la ciudad de las siete colinas, y su juicio está asegurado por la soberanía de Dios que gobierna la historia.

-Los diez cuernos y la victoria del Cordero (Apocalipsis 17:12–14)

El ángel explica a Juan que los diez cuernos vistos en la bestia representan diez reyes que aún no han recibido reino, es decir, autoridades que todavía no gobiernan de manera independiente, pero que recibirán poder por un breve tiempo juntamente con la bestia. Estos reyes no poseen soberanía propia, sino que ejercen autoridad derivada, pues todos tienen un mismo propósito: entregar su poder y autoridad al dominio imperial. Esta descripción encaja con precisión en el contexto histórico del primer siglo, donde Roma gobernaba extensos territorios mediante reyes clientes, gobernadores provisionales y procuradores imperiales, como Herodes y Agripa, quienes reinaban no por derecho propio, sino por concesión de Roma. Su autoridad dependía de la bestia y estaba al servicio de su estabilidad y expansión. Estos diez reyes corresponden a los diez cuernos descritos previamente en Daniel 7:24, donde se anuncia que después de ellos se levantaría otro diferente, que derribaría a tres reyes. La profecía no apunta a un reino distinto, sino a un cambio cualitativo dentro del mismo sistema de poder. Históricamente, el Imperio Romano experimentó múltiples reconfiguraciones internas, ascensos violentos y purgas políticas, en las que nuevas formas de autoridad emergieron desplazando a las anteriores, sin alterar la esencia del dominio imperial. Apocalipsis retoma esta imagen para mostrar que, aunque las estructuras cambian, el poder sigue operando bajo la misma lógica anticristiana. El texto afirma que todos estos reyes hacen guerra contra el Cordero, lo cual no describe un conflicto militar literal, sino la persecución sistemática de la Iglesia. Al oponerse a los seguidores de Cristo, se oponen al Cordero mismo. Sin embargo, la visión culmina con una afirmación teológica decisiva: el Cordero los vencerá, porque Él es Señor de señores y Rey de reyes. La victoria no pertenece al imperio, sino a Cristo, quien gobierna soberanamente sobre la historia. Los que están con Él son llamados, escogidos y fieles; han vencido no por la espada, sino por la fe, pues “esta es la victoria que ha vencido al mundo: nuestra fe” (1 Jn 5:4), y han lavado sus ropas en la sangre del Cordero (Ap 7:14). Así, Apocalipsis 17 concluye afirmando que todo poder que se levanta contra Cristo está destinado a caer,

mientras que el reino del Cordero permanece para siempre.

-Las aguas, el odio de la bestia y el juicio decretado (Apocalipsis 17:15–18)

El ángel continúa explicándole a Juan que las aguas que ha visto anteriormente (Ap 17:1) representan muchedumbres, naciones y lenguas que están subyugadas a la ramera. En el lenguaje profético, sentarse no describe una postura física, sino una realidad de dominio, gobierno y soberanía, pues sentarse implica ejercer autoridad y reinar, como se observa en textos como Salmo 29:10 y Salmo 110:1. Esta imagen encaja de manera coherente con el Imperio Romano, que dominaba a numerosos pueblos, imponía tributos, controlaba las rutas comerciales y explotaba económicamente a las provincias sometidas. Este dominio imperial se corresponde con el marco de poder consolidado descrito previamente en Apocalipsis 17:10, donde la sucesión de reyes refleja la estabilidad y continuidad del sistema que sostiene a la ramera. Sin embargo, el texto revela que esos mismos reyes, que por un tiempo mantienen y legitiman ese orden, terminarán aborreciendo a la ramera. Esta inversión del poder no debe entenderse como una contradicción, sino como una consecuencia interna del propio sistema opresor. Históricamente, el Imperio Romano experimentó procesos de fragmentación del poder, rebeliones de autoridades subordinadas, disputas internas y reconfiguraciones políticas que debilitaron su estructura, manifestando cómo los mismos instrumentos del imperio se volvieron contra él. El ángel aclara que detrás de esta dinámica no actúa el azar, sino la soberanía de Dios, pues Él puso en los corazones de estos reyes el ejecutar su propósito, ponerse de acuerdo y entregar su reino a la bestia hasta que se cumplan las palabras de Dios, mostrando que incluso las decisiones políticas y los conflictos humanos están subordinados a su plan eterno. Finalmente, el ángel revela a Juan que la mujer es la gran ciudad que reina sobre los reyes de la tierra, una identificación que encaja plenamente con Roma en el contexto histórico del Apocalipsis, y que al mismo tiempo funciona como arquetipo de todo sistema de poder que se exalta contra Dios y oprime a los santos.

-Interacción teológica: la identidad de la ramera, la relación con la bestia y el alcance del juicio en Apocalipsis 17–18

Apocalipsis 17–18 constituye una sección interpretativa clave dentro del libro, donde los símbolos previamente introducidos —la bestia, Babilonia y el juicio— son desarrollados con mayor claridad. No obstante, la identidad de la ramera, su relación con la bestia y el alcance de su caída han sido objeto de diversas interpretaciones en la tradición cristiana.

-La interpretación futurista: Babilonia como sistema final o ciudad futura

Desde la perspectiva futurista, Babilonia es entendida como una realidad futura que alcanzará su máxima expresión en los últimos tiempos. Algunos la identifican como una ciudad literalmente reconstruida (frecuentemente asociada con una restauración de Babilonia histórica), mientras que otros la consideran un sistema global religioso y económico que operará bajo el dominio del Anticristo. En esta visión, la ramera representa un sistema

religioso apóstata que colabora inicialmente con el poder político (la bestia), pero que finalmente es destruido por este mismo poder. La caída de Babilonia en Apocalipsis 18 se interpreta como un evento repentino y catastrófico al final de la historia. Esta postura reconoce correctamente la dimensión global y la intensidad del juicio descrito en el texto. Sin embargo, presenta dificultades importantes. En primer lugar, tiende a desligar el simbolismo de su contexto histórico inmediato, ignorando las claves interpretativas que el propio pasaje ofrece (como la referencia a una ciudad que reina sobre los reyes de la tierra). En segundo lugar, al proyectar el cumplimiento casi exclusivamente hacia el futuro, reduce la relevancia del mensaje para los lectores originales y para la Iglesia a lo largo de la historia.

-La interpretación preterista: la ramera como Roma imperial

La postura preterista identifica la ramera con la ciudad de Roma, centro del poder imperial en el primer siglo. Esta interpretación encuentra apoyo directo en el texto: la mujer está sentada sobre siete montes (Ap 17:9), una referencia común a Roma, y es descrita como la ciudad que reina sobre los reyes de la tierra (Ap 17:18). Además, su carácter persecutor, su lujo excesivo y su influencia sobre las naciones encajan con la realidad del Imperio Romano. La relación con la bestia refleja la unión entre poder político y corrupción religiosa, mientras que su caída representa el juicio de Dios sobre este sistema. Esta lectura acierta al situar el texto en su contexto histórico concreto y al reconocer que los primeros lectores habrían identificado fácilmente estas referencias. No obstante, cuando se absolutiza, corre el riesgo de limitar el alcance del pasaje a un evento pasado, reduciendo su dimensión profética y su aplicación continua.

-La interpretación idealista: Babilonia como sistema del mundo

Desde la perspectiva idealista, Babilonia representa el sistema del mundo en su oposición a Dios: una combinación de poder económico, seducción cultural y corrupción religiosa que se manifiesta en distintas épocas y contextos históricos. La ramera simboliza la seducción de este sistema, atrayendo a las naciones mediante riqueza, placer y falsa seguridad. Su relación con la bestia refleja la alianza entre poder político y corrupción espiritual, mientras que su caída representa el juicio continuo de Dios sobre estas estructuras. Esta interpretación capta con claridad la dimensión teológica del texto y su relevancia universal. Sin embargo, cuando se desconecta completamente de manifestaciones históricas concretas, puede volverse excesivamente abstracta, perdiendo la fuerza de la denuncia profética dirigida a sistemas reales.

-La relación entre la ramera y la bestia

Uno de los aspectos más significativos del pasaje es la relación entre la ramera y la bestia. En todas las perspectivas, se reconoce algún tipo de alianza inicial seguida de ruptura. Sin embargo, la lectura adoptada en esta obra enfatiza que esta relación refleja una dinámica recurrente en la historia: el poder político utiliza la religión y la cultura para consolidarse, pero finalmente las descarta cuando ya no le son útiles. Este patrón no se limita a un evento futuro ni a un sistema pasado, sino que se repite en

distintos contextos históricos. La aparente estabilidad de estas alianzas es, en realidad, precaria y autodestructiva, lo que anticipa su juicio inevitable.

-El carácter del juicio: ¿evento único o realidad recurrente?

La caída de Babilonia es descrita con un lenguaje de intensidad absoluta y repentina. Esto ha llevado a algunos a interpretarla como un evento único al final de la historia. Sin embargo, dentro del marco recapitulativo, este juicio puede entenderse como la consumación de un proceso que ya se anticipa en la historia. Dios juzga sistemas anticristianos a lo largo del tiempo, pero Apocalipsis 18 presenta la forma definitiva de ese juicio: total, irreversible y público. Así, el pasaje no excluye juicios históricos, sino que los integra como anticipaciones del juicio final.

-Síntesis: Babilonia como realidad histórica y patrón teológico

La interpretación desarrollada en este capítulo sostiene que Babilonia debe entenderse como una realidad histórica concreta —manifestada de manera paradigmática en Roma— y al mismo tiempo como un patrón teológico recurrente que se repite a lo largo de la historia. La ramera no es solo una ciudad ni solo un símbolo abstracto, sino la representación de toda civilización organizada en rebelión contra Dios, caracterizada por la seducción, la opresión y la autosuficiencia.

-Implicaciones teológicas y pastorales

Esta comprensión tiene implicaciones profundas para la Iglesia. En primer lugar, llama al discernimiento espiritual: el peligro no proviene únicamente de la persecución abierta, sino también de la seducción sutil del sistema del mundo. En segundo lugar, advierte contra la confianza en estructuras humanas que, aunque poderosas, están destinadas a caer. Finalmente, refuerza la esperanza escatológica: la caída de Babilonia es segura, no por la acción humana, sino por el juicio soberano de Dios. Esto libera a la Iglesia de la desesperación y la llama a una fidelidad perseverante en medio de un mundo marcado por la corrupción. Así, Apocalipsis 17–18 no solo denuncia el sistema anticristiano, sino que prepara a la Iglesia para vivir con discernimiento, resistencia y esperanza, sabiendo que todo poder que se levanta contra Dios será finalmente destruido.

-Conclusión teológica de Apocalipsis 17

Apocalipsis 17 revela que el juicio de Dios sobre los imperios no se ejecuta únicamente desde fuera, sino que se manifiesta desde el interior mismo de los sistemas de poder que se exaltan contra Él. La mujer, la bestia y los reyes forman una estructura interdependiente: la ramera representa el centro seductor del poder, la bestia encarna la fuerza política que la sostiene, y los reyes simbolizan las autoridades que participan y se benefician de ese orden. Sin embargo, esta alianza es inestable y autodestructiva, pues el mismo poder que sostiene a Babilonia termina volviéndose contra ella. De este modo, el texto muestra que todo sistema opresor lleva en sí las semillas de su propio juicio, y que su aparente solidez no es más que una ilusión temporal bajo el gobierno soberano de Dios.

A lo largo del capítulo, Juan deja en claro que la historia no está determinada por la voluntad de los imperios ni por la fuerza de los reyes, sino por el propósito eterno de Dios, quien pone límites al mal y dirige incluso las acciones humanas para cumplir su palabra. El poder opresor, aunque se presente como eterno, es pasajero y está destinado a la perdición, mientras que el Cordero permanece como Señor de señores y Rey de reyes. Con esta visión, Apocalipsis 17 prepara al lector para el capítulo siguiente, donde ya no se describe el misterio de Babilonia, sino que se proclama abiertamente su caída definitiva. Lo que en este capítulo se anuncia como juicio decretado, en Apocalipsis 18 se manifestará como juicio ejecutado, confirmando que Cristo reina sobre la historia y que ningún imperio puede resistir su justicia.

Capítulo 11-La caída de Babilonia y la vindicación de los santos

-Apocalipsis 18:1–3:La caída proclamada de Babilonia

Juan continúa en la visión y contempla a otro ángel que desciende del cielo, revestido de gran autoridad, de modo que la tierra es alumbrada con su gloria (Ap 18:1). La escena no introduce un nuevo ciclo narrativo, sino que desarrolla con mayor amplitud lo que ya ha sido anunciado previamente: la sentencia irrevocable contra Babilonia. La procedencia celestial del ángel subraya que la interpretación de la caída no proviene de la perspectiva humana ni histórica, sino del decreto soberano de Dios mismo. El ángel proclama con voz potente: “Ha caído, ha caído la gran Babilonia” (Ap 18:2). La repetición enfática no indica un proceso prolongado, sino la certeza absoluta del juicio divino. En el lenguaje profético, lo que Dios decreta es presentado como consumado, aun antes de su manifestación histórica plena. Este anuncio retoma el patrón de los oráculos contra las naciones del Antiguo Testamento, donde la caída del poder impío es declarada desde el cielo antes de hacerse visible en la tierra. Babilonia es descrita ahora no como una ciudad gloriosa, sino como “habitación de demonios, guarida de todo espíritu inmundo y albergue de toda ave inmunda y aborrecible”. Este lenguaje no debe entenderse en sentido literalista, sino profético y simbólico. La imagen expresa desolación total, abandono y juicio definitivo. Isaías utiliza una descripción similar al anunciar la ruina de la Babilonia histórica: “nunca más será habitada... sino que allí morarán fieras del desierto” (Is 13:19–22). Jeremías emplea el mismo lenguaje al declarar que Babilonia quedará como “morada de chacales, espanto y burla” (Jer 50:39). Juan, por tanto, no introduce un símbolo nuevo, sino que sitúa el juicio apocalíptico dentro de la tradición profética establecida. La razón del juicio es explicitada con claridad: “porque todas las naciones han bebido del vino del furor de su fornicación” (Ap 18:3). Babilonia no cae de manera arbitraria, sino como consecuencia de su influencia corruptora universal. Tal como Jeremías declaró respecto a la Babilonia veterotestamentaria —“copa de oro era Babilonia en la mano de Jehová, que embriagaba a toda la tierra” (Jer 51:7)—, el sistema aquí descrito ha seducido a las naciones mediante idolatría, poder y prosperidad ilusoria. Esta afirmación conecta directamente con Apocalipsis 17:2, donde se declara que los reyes de la tierra fornicaron con ella y los moradores del mundo se embriagaron con el vino de su fornicación. De este modo, Apocalipsis 18:1–3 presenta a Babilonia no solo como un poder juzgado, sino como un sistema desenmascarado. Aquello que se ofrecía como centro de civilización y orden es revelado como espacio de corrupción espiritual y dominio demoníaco. La proclamación de su caída no inaugura el juicio, sino que confirma públicamente que su destino ya ha sido sellado por Dios, anticipando la desolación completa que será desarrollada en el resto del capítulo.

-Apocalipsis 18:4–5: El llamado a salir y la perseverancia de los santos

Después del anuncio solemne de la caída de Babilonia, Juan oye otra voz que procede del cielo. Ya no se trata de una proclamación dirigida al mundo, sino de una orden pastoral y protectora dirigida explícitamente al pueblo de Dios: “Salid de ella, pueblo mío” (Ap 18:4). Con este mandato, el texto coloca la perseverancia de los santos en el centro

de la narrativa apocalíptica. El llamado a salir no debe entenderse como una huida física del mundo, sino como una separación espiritual, ética y religiosa. Los santos viven históricamente en medio de Babilonia, pero no pertenecen a ella. Por esta razón, Dios exhorta a los suyos a no participar de sus pecados, a fin de no compartir también su juicio. Perseverar, en este contexto, no significa adaptarse al sistema dominante ni coexistir pasivamente con él, sino mantener fidelidad a Dios en medio de una cultura que se glorifica a sí misma. Este llamado se inscribe en una línea profética bien establecida. Isaías exhortó al pueblo a salir de la Babilonia histórica cuando el juicio era inminente: “Salid de Babilonia, huid de entre los caldeos” (Is 48:20). Jeremías repite la misma advertencia: “Salid de en medio de ella, pueblo mío, y librad cada uno su vida del ardor de la ira de Jehová” (Jer 51:45). Juan retoma este patrón para mostrar que Dios actúa de manera consistente en la historia: antes de ejecutar su juicio, llama a los suyos a separarse. Este principio es reafirmado en el Nuevo Testamento, donde la separación del pueblo de Dios no es geográfica, sino espiritual: “Salid de en medio de ellos, y apartaos” (2 Co 6:17). Así como los patriarcas vivieron como extranjeros y peregrinos, sin aferrarse a las estructuras pasajeras de este mundo (Heb 11:13–16), los santos perseveran reconociendo que su ciudadanía última no está en Babilonia, sino en la ciudad que Dios promete. La razón del llamado es clara: “porque sus pecados han llegado hasta el cielo, y Dios se ha acordado de sus maldades” (Ap 18:5). Este lenguaje no sugiere olvido previo por parte de Dios, sino que indica que la medida de la culpa ha llegado a su colmo y que el tiempo del juicio ha sido determinado. Babilonia se ha glorificado a sí misma, ha vivido en deleites y ha hecho de su prosperidad un instrumento de seducción y opresión. En este sentido, el llamado a salir no es una amenaza, sino una expresión de la gracia preservadora de Dios. Él guarda a los suyos no prometiéndoles inmunidad al sufrimiento histórico, sino preservándolos de compartir el destino final del sistema condenado. Perseverar es, por tanto, no amar aquello que está bajo juicio, aun cuando ese sistema continúe ofreciendo seguridad, prestigio y placer aparente. De este modo, Apocalipsis 18:4–5 revela que la perseverancia de los santos no consiste en escapar del mundo, sino en vivir fielmente dentro de él, escuchando la voz de Dios por encima del clamor seductor de Babilonia y confiando en que su juicio es justo y su liberación segura.

-Apocalipsis 18:6–8: La retribución justa y la certeza del juicio

Luego del llamado a salir de Babilonia, el texto introduce un cambio de interlocutor. Dios ya no se dirige a su pueblo, sino que emite una orden judicial dirigida a quienes han sido instrumentos del sistema babilónico: “Dadla a ella como ella os ha dado, y pagadle doble según sus obras” (Ap 18:6). La expresión no introduce venganza desmedida, sino justicia retributiva perfecta, conforme al principio bíblico de que Dios juzga a cada uno según sus obras. La retribución “doble” no debe entenderse de manera aritmética, como si Dios actuara con exceso, sino como una fórmula profética que expresa plenitud, totalidad y correspondencia exacta. Babilonia ha embriagado a las naciones con el vino de su fornicación (Ap 18:3); ahora bebe hasta el fondo la copa del juicio divino. El castigo es proporcional, justo y plenamente merecido. El fundamento del juicio se reafirma en el versículo siguiente: “Cuanto ella se ha

glorificado y ha vivido en deleites, tanto dadle de tormento y llanto” (Ap 18:7). Babilonia no solo pecó, sino que se exaltó a sí misma, viviendo en autosuficiencia, placer y arrogancia. Su pecado no fue ignorancia, sino soberbia consciente. Se dijo en su corazón: “Yo estoy sentada como reina, y no soy viuda, y no veré llanto”, expresando una falsa sensación de invulnerabilidad y permanencia. Precisamente esta autoexaltación precipita su caída. Por cuanto Babilonia se consideró segura e inamovible, el juicio viene de manera repentina e inexorable: “por lo cual en un solo día vendrán sus plagas: muerte, llanto y hambre; y será quemada con fuego” (Ap 18:8). La rapidez del juicio subraya que el poder humano, por más sólido que parezca, no puede resistir el decreto soberano de Dios.

El pasaje concluye con una afirmación teológica decisiva: “porque poderoso es el Señor Dios que la juzga”. La caída de Babilonia no es el resultado del azar histórico ni del simple colapso interno de un sistema corrupto. Es el acto deliberado del Dios soberano, quien gobierna la historia y vindica a su pueblo. La perseverancia de los santos encuentra aquí un fundamento firme: el mismo Dios que llamó a los suyos a salir de Babilonia es el Dios que, en su tiempo perfecto, ejecuta justicia plena sobre aquello que los oprimía.

-Apocalipsis 18:9–13: El lamento del mundo y el gozo de los santos

Tras la proclamación del juicio divino, Juan describe la reacción de aquellos que habían participado activamente del poder y la prosperidad de Babilonia. “Y los reyes de la tierra, los que han fornicado con ella y han vivido en deleites, llorarán y se lamentarán sobre ella cuando vean el humo de su incendio” (Ap 18:9). El lamento no nace del arrepentimiento, sino de la pérdida. Los reyes no lloran por la corrupción de Babilonia, sino por el colapso del sistema del cual obtenían poder, seguridad y prestigio. Estos gobernantes, que antes se beneficiaban de su alianza con Babilonia, ahora contemplan su ruina desde lejos, “temiendo el tormento” (Ap 18:10). La distancia no expresa compasión, sino autopreservación. El mismo sistema que prometía estabilidad se revela incapaz de salvar a quienes confiaron en él. La expresión “en una hora vino tu juicio” subraya una vez más la rapidez e inevitabilidad del acto divino: aquello que parecía eterno se desvanece en un instante. Junto a los reyes, Juan menciona a los mercaderes de la tierra, quienes también lloran y hacen lamentación sobre Babilonia (Ap 18:11). Su aflicción está directamente ligada a la pérdida económica: “porque ninguno compra más sus mercaderías”. La extensa lista de productos —metales preciosos, telas lujosas, especias, animales y hasta “cuerpos y almas de hombres” (Ap 18:12–13)— revela la profundidad de la corrupción del sistema babilónico. No solo comercializa bienes materiales, sino que reduce la vida humana a mercancía. Este lamento colectivo pone de manifiesto la verdadera naturaleza de Babilonia: un sistema que mide el valor de las personas según su utilidad económica y política. Cuando dicho sistema colapsa, quienes dependían de él quedan expuestos, vacíos y sin esperanza. El mundo llora porque ha perdido su fuente de placer y ganancia. En contraste implícito —que será explícito más adelante en el capítulo—, el cielo no se lamenta, sino que se regocija. Lo que el mundo considera tragedia, Dios lo presenta como justicia. Aquí se establece una división clara y definitiva: mientras el mundo llora la caída de Babilonia,

los santos se alegran porque Dios ha juzgado con verdad. La perseverancia de los santos se manifiesta en no compartir el duelo del mundo, pues su esperanza nunca estuvo puesta en aquello que estaba destinado a perecer.

-Apocalipsis 18:14–20: La ruina del esplendor y el gozo del cielo

Juan continúa describiendo el impacto del juicio divino y muestra cómo, en un solo momento, todo el esplendor de Babilonia se desvanece. Aquella ciudad que se vestía de lino fino, púrpura y escarlata, adornada con oro, piedras preciosas y perlas (cf. Ap 17:4), pierde repentinamente aquello que la definía. Las riquezas que parecían eternas se desintegran ante el juicio soberano de Dios. Los mercaderes de la tierra, que se habían enriquecido mediante su comercio con Babilonia, se lamentan al contemplar el humo de su incendio, señal visible de su destrucción definitiva (Ap 18:15). Su reacción vuelve a ser de distancia y temor: observan desde lejos, no por compasión, sino porque el mismo juicio que consumió a la ciudad amenaza también su falsa seguridad. El lamento se intensifica cuando exclaman: “¡Ay, ay de la gran ciudad!”, reconociendo que en un solo momento ha sido desolada (Ap 18:16–17).

El texto describe gestos propios del duelo antiguo: los mercaderes echan polvo sobre sus cabezas y levantan voces de llanto y lamentación (Ap 18:19). No lloran por la injusticia de Babilonia, sino porque “en ella se enriquecieron todos los que tenían naves en el mar”. La caída del sistema revela, una vez más, que la relación del mundo con Babilonia era puramente utilitaria. Su valor estaba ligado a la ganancia, no a la verdad ni a la justicia. Este lenguaje profético no es nuevo. Ezequiel utiliza imágenes casi idénticas al describir la caída de Tiro, cuando sus mercaderes y aliados marítimos se lamentan por la pérdida de sus riquezas (Ez 26:15–18; 27:29–36). Juan retoma conscientemente esta tradición profética para mostrar que Babilonia, al igual que Tiro, es un poder económico idolátrico destinado a caer bajo el juicio de Dios. Sin embargo, el pasaje culmina con un contraste decisivo: mientras la tierra llora, el cielo es llamado a alegrarse. “Alégrate sobre ella, cielo, y vosotros, santos, apóstoles y profetas” (Ap 18:20). La alegría del pueblo de Dios no es crueldad ni indiferencia ante el sufrimiento, sino gozo reverente porque Dios ha hecho justicia. Aquello que oprimía, perseguía y seducía ha sido juzgado con verdad. Así, el lamento del mundo y el regocijo de los santos revelan dos interpretaciones opuestas de la historia: una centrada en la pérdida de lo material, y otra en la vindicación de la justicia divina.

-Apocalipsis 18:21–24: La caída definitiva de Babilonia y la vindicación de los santos

Juan ve entonces a un ángel poderoso que toma una piedra, como una gran piedra de molino, y la arroja en el mar, diciendo: “Con el mismo ímpetu será derribada Babilonia, la gran ciudad, y nunca más será hallada” (Ap 18:21). El acto simbólico no requiere interpretación compleja: expresa la caída violenta, definitiva e irreversible del poder babilónico. No se trata de una decadencia gradual, sino de una destrucción total decretada por Dios. Este gesto profético no es nuevo en la revelación bíblica. Jeremías realizó una acción semejante al anunciar el juicio contra la Babilonia histórica: después

de leer el rollo del juicio, ató una piedra y la arrojó al Éufrates, declarando: “Así se hundirá Babilonia, y no se levantará más” (Jer 51:63–64). Juan retoma conscientemente esta imagen para dar testimonio de que el mismo Dios que juzgó a la Babilonia del Antiguo Testamento es quien ahora pronuncia sentencia contra la gran Babilonia de su tiempo. El lenguaje coincide también con la profecía de Ezequiel contra Tiro, donde se declara que la ciudad sería destruida y no volvería a existir: “Te convertiré en espanto, y dejarás de ser; y serás buscada, y nunca más serás hallada” (Ez 26:21). De este modo, Juan sitúa la caída de Babilonia dentro de un patrón profético constante: los imperios que se exaltan, comercian con injusticia y se glorifican a sí mismos son finalmente abatidos por el juicio soberano de Dios. Los versículos finales refuerzan el carácter absoluto de esta condenación. En Babilonia no se oirá más voz de músicos, ni de artesanos, ni sonido de molino; la luz de la lámpara se extinguirá y la voz del esposo y de la esposa no se oirá más (Ap 18:22–23). Todo aquello que simbolizaba vida, prosperidad y continuidad desaparece. La ciudad queda reducida al silencio, signo inequívoco de juicio definitivo. La razón del castigo es explicitada sin ambigüedad: Babilonia engañó a las naciones, se enriqueció mediante su comercio corrupto y fue responsable de la sangre de profetas y santos, y de todos los que fueron muertos en la tierra (Ap 18:24). El juicio no es arbitrario, sino profundamente moral. Dios actúa como juez justo, respondiendo al clamor de los suyos. Así, el capítulo concluye afirmando que la caída de Babilonia no solo implica la destrucción de un sistema impío, sino la vindicación final del pueblo de Dios. Aquellos que perseveraron, que no se contaminaron con su idolatría ni participaron de sus pecados, reciben justicia. La desaparición definitiva de Babilonia confirma que la fidelidad de los santos no fue en vano y que el juicio de Dios es verdadero y justo.

-Interacción teológica y vindicación escatológica

La caída de Babilonia, en el marco del Apocalipsis, debe ser comprendida no como un episodio aislado ni como un evento meramente histórico, sino como la manifestación culminante del juicio divino sobre el sistema anticristiano en su forma más madura y seductora. En continuidad con la tradición patrística y reformada, Agustín de Hipona entendió la historia como el desarrollo paralelo de dos ciudades —la Ciudad de Dios y la ciudad terrenal— cuya tensión alcanza su clímax en el juicio final (La Ciudad de Dios, XX–XXI). En este sentido, Babilonia representa la consumación histórica de la *civitas terrena*, caracterizada por el amor desordenado a sí misma hasta el desprecio de Dios. Esta perspectiva es retomada por Juan Calvino, quien subraya que los poderes terrenales, aunque ordenados por la providencia divina, se corrompen cuando absolutizan su autoridad y reclaman lo que pertenece solo a Dios (Institución de la Religión Cristiana, I.xviii). Así, la caída de Babilonia no responde a un mero colapso sociopolítico, sino a la intervención soberana de Dios que juzga un orden que ha alcanzado su plena expresión de impiedad. En coherencia con esta línea, Louis Berkhof afirma que el juicio final no es arbitrario, sino la consumación de un proceso histórico en el cual el pecado se manifiesta plenamente y es finalmente retribuido conforme a la justicia divina (Teología Sistemática, escatología). De este modo, el Apocalipsis no presenta la caída de Babilonia como un accidente, sino como la resolución necesaria de

la historia redentora, en la que Dios vindica su santidad, su justicia y su gloria frente a un mundo que ha persistido en la rebelión.

-Contraste escatológico: lamento terrenal y gozo celestial

Un elemento central en la estructura del capítulo es el contraste entre la reacción de los habitantes de la tierra y la respuesta del cielo ante la caída de Babilonia. Mientras los reyes, mercaderes y navegantes lamentan su destrucción, su dolor no es producto de arrepentimiento, sino de la pérdida de estabilidad, riqueza y poder. Este lamento revela, como señala Herman Bavinck, que el hombre caído no solo participa del pecado estructural, sino que se integra existencialmente en él, encontrando en el orden mundano su seguridad y sentido (Dogmática Reformada, IV). En contraste, el cielo se regocija, no por un espíritu de venganza, sino por la manifestación pública de la justicia de Dios. Este gozo celestial refleja lo que Geerhardus Vos describe como la dimensión escatológica de la revelación: el momento en que la historia es interpretada definitivamente a la luz del juicio divino (Teología Bíblica). Así, el mismo evento que para el mundo es catástrofe, para el cielo es vindicación. Este contraste no solo subraya la diferencia entre dos perspectivas, sino que revela la existencia de dos órdenes irreconciliables: el del mundo que pasa y el del reino de Dios que permanece.

-Vindicación de los santos y justicia retributiva

La caída de Babilonia está intrínsecamente vinculada con la vindicación de los santos, respondiendo directamente al clamor de las almas bajo el altar (Ap 6:9–11). Este vínculo confirma que el juicio divino no es impersonal, sino relacional y moralmente significativo. Jonathan Edwards sostuvo que la justicia de Dios implica necesariamente la retribución proporcional del mal, no como expresión de arbitrariedad, sino como manifestación de la perfección divina (The Justice of God in the Damnation of Sinners). En esta línea, la sangre de los mártires no es olvidada, sino que se convierte en el fundamento moral del juicio. La tradición reformada ha insistido en que la Iglesia no es llamada a ejecutar venganza, sino a confiar en la justicia divina, como también enfatiza Anthony A. Hoekema al afirmar que la escatología cristiana sitúa la vindicación final exclusivamente en la acción soberana de Dios (The Bible and the Future). De este modo, la caída de Babilonia no solo revela el fin del sistema anticristiano, sino que confirma que la fidelidad de los santos, aun en medio del sufrimiento, no es en vano.

-Dimensión pastoral: perseverancia y desapego del mundo

Finalmente, la interacción teológica de este capítulo posee una dimensión pastoral decisiva. La certeza de la caída de Babilonia produce en la Iglesia un doble efecto: desapego del sistema del mundo y fortalecimiento en la perseverancia. Como advierte John Owen, el creyente debe vivir en el mundo sin conformarse a él, reconociendo que toda estructura terrenal está sujeta al juicio de Dios (The Mortification of Sin). Esta perspectiva libera a la Iglesia de la fascinación por el poder y la riqueza, recordándole que todo orden que se opone a Dios es, en última instancia, transitorio. A su vez, la certeza de la vindicación futura fortalece la paciencia y la fe de los santos, en consonancia con la enseñanza de Richard Baxter, quien subrayó que la esperanza

escatológica es el fundamento de la perseverancia cristiana (The Saints' Everlasting Rest). Así, la caída de Babilonia no solo anuncia el juicio sobre el mundo, sino que edifica a la Iglesia, llamándola a vivir con discernimiento en el presente y con esperanza firme en el futuro

Capítulos 12-El triunfo del Cordero y la derrota del poder anticristiano

-Apocalipsis 19:1–3:El aleluya del cielo y la justicia vindicada

Después de la visión solemne de la caída de Babilonia, Juan oye algo radicalmente distinto al lamento de la tierra: una gran multitud en el cielo que alaba a Dios diciendo: “¡Aleluya! Salvación, honra y gloria y poder son del Señor Dios nuestro” (Ap 19:1). El contraste es intencional. Mientras los reyes y mercaderes lloraban la pérdida de sus riquezas, el cielo interpreta el mismo acontecimiento como motivo de adoración. La razón del cántico es explícita: “porque sus juicios son verdaderos y justos; pues ha juzgado a la gran ramera que corrompía la tierra con su fornicación, y ha vengado la sangre de sus siervos de la mano de ella” (Ap 19:2). El juicio no es presentado como explosión irracional de ira, sino como acto judicial perfecto. Dios ha hecho justicia a sus santos. Aquella sangre que parecía olvidada ha sido reivindicada públicamente. La “gran ramera”, símbolo del poder anticristiano que sedujo a las naciones y persiguió al pueblo de Dios, ha sido condenada. El sistema que se exaltaba a sí mismo es ahora objeto de juicio irreversible. La multitud celestial no celebra la destrucción por sí misma, sino la manifestación de la justicia divina. Por segunda vez proclaman: “¡Aleluya! Y el humo de ella sube por los siglos de los siglos” (Ap 19:3). La imagen del humo perpetuo expresa la permanencia del juicio. No se trata de una disciplina temporal, sino de una sentencia definitiva. Este lenguaje profético encuentra antecedente en Isaías, cuando al describir el día de la venganza de Dios contra Edom declara: “su humo subirá para siempre” (Is 34:9–10). Juan retoma esta tradición para mostrar que el juicio final sobre Babilonia se inscribe en la continuidad del actuar histórico de Dios. Así, lo que la tierra interpretó como tragedia económica, el cielo lo proclama como justicia eterna. El lamento del mundo revela apego a lo pasajero; el aleluya del cielo revela confianza en la rectitud del juicio divino. La perseverancia de los santos encuentra aquí su vindicación pública: Dios no ha sido indiferente a su sufrimiento, ni ha olvidado la sangre derramada. En el momento señalado por su soberanía, Él ha actuado.

-Apocalipsis 19:4–5:La adoración del pueblo redimido

Juan ve entonces cómo los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivientes se postran y adoran a Dios, que está sentado en el trono, diciendo: “¡Amén! ¡Aleluya!” (Ap 19:4). La escena retoma el lenguaje celestial ya revelado en el capítulo 4 y reafirma que el juicio sobre Babilonia no ha interrumpido la adoración del cielo, sino que la ha intensificado. Los veinticuatro ancianos, descritos anteriormente como sentados en tronos alrededor del trono de Dios, vestidos de ropas blancas y con coronas de oro (Ap 4:4), representan al pueblo de Dios glorificado y perseverante. El número veinticuatro no es arbitrario: simboliza la unidad plena del pueblo redimido, compuesto por las doce tribus de Israel y los doce apóstoles del Cordero, es decir, la Iglesia en su totalidad, fundada sobre el testimonio apostólico y el cumplimiento de las promesas hechas a Israel. El hecho de que estén sentados en tronos evoca la promesa hecha por Cristo a sus discípulos de que se sentarían en tronos para juzgar a las doce tribus de Israel (Mt

19:28; Lc 22:28–30). Esta imagen no describe autonomía judicial, sino participación en el reinado de Cristo. Aquellos que perseveraron con Él ahora comparten su victoria. Sus vestiduras blancas, como ya se ha señalado, simbolizan pureza y justificación. Tal como en la visión de Zacarías, donde las vestiduras sucias son quitadas y sustituidas por ropas limpias (Zac 3:3–4), así el pueblo de Dios aparece ahora sin mancha, revestido de justicia que no es propia, sino otorgada por gracia. Las coronas que llevan no son emblemas de autosuficiencia, sino señales de recompensa prometida. Pablo habla de la “corona de justicia” que el Señor, juez justo, dará en aquel día a todos los que aman su venida (2 Tim 4:8). Estas coronas representan la vindicación final de los santos, no como mérito humano, sino como cumplimiento fiel de la promesa divina. Los cuatro seres vivientes, por su parte, corresponden al lenguaje de los querubines descritos en Ezequiel (Ez 10:20). Ellos simbolizan la corte celestial que custodia la santidad divina y participan activamente en la adoración continua ante el trono. Finalmente, una voz que sale del trono llama a todos los siervos de Dios, pequeños y grandes, a alabarle (Ap 19:5). El juicio ha sido ejecutado; la justicia ha sido manifestada; ahora la adoración es universal. La perseverancia de los santos culmina en doxología. El mismo Dios que los sostuvo en medio de Babilonia es ahora el centro de su adoración eterna.

-Apocalipsis 19:6–8: Las bodas del Cordero y la gloria de la Iglesia perseverante

Juan oye entonces una voz que resuena como estruendo de muchas aguas y como el sonido de grandes truenos, proclamando: “¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina!” (Ap 19:6). La intensidad de la descripción subraya la majestad de la escena. El lenguaje recuerda la visión de Ezequiel, donde el sonido de las alas de los seres celestiales era como estruendo de muchas aguas y como voz de ejército poderoso (Ez 1:24). La adoración aquí no es débil ni marginal; es cósmica, solemne y victoriosa. El cielo proclama que Dios reina. No comienza a reinar, sino que su reinado es ahora reconocido públicamente en el contexto del juicio ejecutado. Aquello que parecía dominio de Babilonia ha sido desenmascarado; el único soberano verdadero es el Señor Dios Todopoderoso. A continuación, la multitud celestial declara: “Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado” (Ap 19:7). El juicio sobre la ramera da paso a la celebración de la esposa. El contraste es deliberado: mientras Babilonia es destruida por su infidelidad, la Iglesia es presentada como esposa preparada para su Señor. El texto añade que “a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente” (Ap 19:8). La preparación de la esposa no es fruto de autosuficiencia, sino don de gracia. Se le ha concedido vestirse así. El lino fino representa “las acciones justas de los santos”, es decir, la fidelidad concreta manifestada en medio de la historia. No son obras que compran la salvación, sino evidencia visible de una perseverancia producida por la gracia soberana de Dios. Este lenguaje anticipa la visión de Apocalipsis 21:2, donde la Nueva Jerusalén desciende del cielo “como una esposa ataviada para su marido”. Lo que aquí se anuncia como celebración, más adelante será mostrado en plenitud escatológica. El cielo se regocija porque la salvación ha alcanzado su consumación en

aquellos que perseveraron hasta el fin. El mismo Dios que comenzó en ellos la buena obra la ha perfeccionado hasta el día de Jesucristo (Fil 1:6). La esposa está preparada porque ha sido preservada. La perseverancia de los santos no culmina en desgaste, sino en gloria. Aquellos que resistieron la seducción de Babilonia ahora participan del gozo eterno del Cordero.

-Apocalipsis 19:9–10: Bienaventurados los llamados y el testimonio de Jesús

El ángel ordena a Juan: “Escribe: Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero” (Ap 19:9). La escena introduce una de las bienaventuranzas del Apocalipsis y subraya el carácter solemne de la promesa. No se trata de una invitación general vacía, sino del llamado eficaz que reúne a los redimidos en la comunión eterna con Cristo. La imagen de la cena de bodas retoma la enseñanza de Jesús acerca del gran banquete preparado por el Rey para su Hijo (Mt 22:1–14). Allí se anunciaba la invitación al reino; aquí se contempla su consumación. Aquellos que respondieron al llamado, que permanecieron fieles y no rechazaron la invitación, son ahora declarados bienaventurados. La perseverancia en la fe y en el amor de la verdad encuentra su culminación en la participación del gozo del Cordero. El ángel añade: “Estas son palabras verdaderas de Dios”. La declaración garantiza la certeza de la promesa. En medio de un mundo dominado por engaño y seducción babilónica, el pueblo de Dios descansa en la veracidad de la palabra divina. La perseverancia no se apoya en sentimientos, sino en promesas verdaderas. Ante la magnificencia de la revelación, Juan se postra para adorar al ángel; pero este lo detiene inmediatamente: “Mira, no lo hagas; yo soy consiervo tuyo, y de tus hermanos que retienen el testimonio de Jesús. Adora a Dios” (Ap 19:10). La escena corrige cualquier desviación posible: ni siquiera un mensajero celestial es digno de adoración. Toda gloria pertenece exclusivamente a Dios. El ángel se identifica como consiervo de Juan y de sus hermanos que mantienen el testimonio de Jesús. Esta expresión vuelve a colocar el énfasis en la perseverancia. La identidad de los santos se define por retener el testimonio de Cristo en medio de la oposición. Para eso fue dada esta profecía: no para satisfacer curiosidad escatológica, sino para fortalecer la fidelidad del pueblo de Dios. El versículo concluye con una declaración clave: “porque el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía”. Toda la revelación apunta a Cristo. Él es el centro, el contenido y el propósito de la profecía. La Iglesia persevera no porque domine los tiempos, sino porque conoce al Señor de la historia.

-Apocalipsis 19:11–16:El Jinete fiel y verdadero

Juan contempla entonces el cielo abierto, y ve a uno montado en un caballo blanco, llamado Fiel y Verdadero, que juzga y pelea con justicia (Ap 19:11). La escena no describe un Cristo sufriente, sino al Rey victorioso que ejecuta juicio. El título “Fiel y Verdadero” contrasta con la mentira y la seducción de Babilonia: mientras el sistema anticristiano engañó a las naciones, Cristo se manifiesta como la encarnación perfecta de la verdad y la fidelidad divina. Sus ojos son como llama de fuego y sobre su cabeza hay muchas diademas. La descripción evoca el lenguaje teofánico del Antiguo Testamento, particularmente las visiones de Daniel (Dn 10:6), donde la gloria celestial

es presentada con imágenes de resplandor y fuego. Juan no introduce un Cristo distinto, sino que muestra la misma majestad divina ahora revelada en plenitud. Está vestido de una ropa teñida en sangre (Ap 19:13). El lenguaje recuerda la profecía de Isaías: “He pisado yo solo el lagar” (Is 63:3), donde el Señor aparece con vestiduras manchadas por el juicio contra las naciones. En coherencia con el contexto inmediato del capítulo —que celebra el juicio ejecutado—, la imagen señala al Cristo que ha juzgado a los impíos. El mismo motivo había sido anticipado en Apocalipsis 14:20, donde el lagar de la ira de Dios produce sangre abundante. El Rey que viene no solo salva; también juzga, su nombre es llamado “El Verbo de Dios” (Ap 19:13), retomando el lenguaje del prólogo del Evangelio según Juan (Jn 1:1). Aquel que es la Palabra eterna, por quien todas las cosas fueron hechas, es ahora revelado como el ejecutor final del juicio divino. La revelación no es fragmentaria: el mismo Verbo que se encarnó es el que reina y juzga. Los ejércitos celestiales le siguen, vestidos de lino finísimo, blanco y limpio (Ap 19:14). La escena recuerda la reunión de los escogidos con poder y gloria (Mt 24:31). No se trata de un ejército que combate por iniciativa propia, sino que acompaña al Rey cuya victoria es absoluta. De su boca sale una espada aguda para herir con ella a las naciones (Ap 19:15). La espada no es arma material, sino símbolo del poder eficaz de su palabra judicial. Él juzga con justicia porque ha llegado el día de la ira del Dios Todopoderoso, anunciado por los profetas: Joel habló del lagar preparado (Jl 3:13), Isaías del día ardiente del Señor (Is 13:9–11; 34:1–2), y el salmista afirmó que Dios juzga al mundo con rectitud (Sal 9:8). En Cristo convergen todas estas promesas. Se declara además que “las regiré con vara de hierro”, retomando el Salmo 2:9 y su aplicación mesiánica en Apocalipsis 12:5. El dominio del Hijo no es parcial ni frágil; es absoluto e irrevocable. Por eso lleva escrito en su vestidura y en su muslo este nombre: “Rey de reyes y Señor de señores” (Ap 19:16). Ningún poder terrenal puede competir con su autoridad. El Cristo que la Iglesia confesó en medio de la persecución es ahora manifestado públicamente como soberano universal.

-Apocalipsis 19:17–21:La derrota definitiva de la bestia

Juan ve entonces a un ángel que está en pie sobre el sol y clama a gran voz, llamando a todas las aves que vuelan en medio del cielo a reunirse para “la gran cena de Dios” (Ap 19:17). La escena es solemne y severa. Si en los versículos anteriores se celebraban las bodas del Cordero, aquí se anuncia un banquete muy distinto: no de comunión, sino de juicio. El lenguaje encuentra su antecedente directo en la profecía de Ezequiel, donde Dios convoca a las aves y a las fieras del campo para alimentarse de los caídos en el día del juicio contra Gog (Ez 39:17–20). Juan retoma esa imagen para mostrar que el juicio final sobre el poder anticristiano no es improvisado, sino cumplimiento del patrón profético anunciado desde antiguo. Las aves son llamadas a comer la carne de reyes, capitanes, poderosos, caballos y jinetes (Ap 19:18). La enumeración no distingue jerarquías: todos los que se opusieron al reinado del Cordero quedan bajo el mismo veredicto. El poder político, militar y social que parecía invencible es reducido a derrota total. Juan ve entonces cómo la bestia y los reyes de la tierra, junto con sus ejércitos, se reúnen para hacer guerra contra el que está sentado sobre el caballo y contra su ejército (Ap 19:19). La escena recuerda el intento constante del poder anticristiano de

resistir el dominio de Cristo. Sin embargo, el texto no describe una batalla extensa. No hay tensión dramática prolongada. La victoria del Cordero es inmediata. “La bestia fue apresada, y con ella el falso profeta” (Ap 19:20). Aquellos que engañaron a las naciones y persiguieron a los santos son capturados sin resistencia efectiva. Ambos son arrojados vivos al lago de fuego que arde con azufre. La sentencia es definitiva e irreversible. El sistema político-religioso que se levantó contra Cristo no simplemente cae; es condenado eternamente. Los demás son muertos con la espada que salía de la boca del que montaba el caballo (Ap 19:21). La espada, símbolo de su palabra judicial, basta para ejecutar el juicio. No es una guerra de fuerzas iguales; es la manifestación del dominio absoluto del Rey de reyes. Así concluye el capítulo con la derrota completa del poder anticristiano. Aquello que aterrorizaba a los santos es desmantelado en un instante por el Verbo soberano. La perseverancia de los creyentes encuentra aquí su confirmación histórica y escatológica: el enemigo no tiene la última palabra. El Cordero que fue inmolado es también el Rey que vence.

-Interacción con otras posturas escatológicas

La interpretación del triunfo del Cordero y la derrota del poder anticristiano en Apocalipsis 19 —eje del capítulo 12— ha sido entendida de manera diversa dentro de la tradición cristiana, particularmente en los marcos premilenial, posmilenial y amilenial. Desde la perspectiva adoptada en esta obra (amilenial recapitulativa), el pasaje no describe una secuencia cronológica estricta posterior a Apocalipsis 18, sino una nueva presentación del mismo clímax escatológico desde el ángulo de la victoria visible de Cristo. En este punto, la lectura converge parcialmente con Anthony A. Hoekema, quien sostiene que Apocalipsis 19 representa la segunda venida de Cristo como culminación de la historia redentora (*The Bible and the Future*), pero difiere del premilenialismo en cuanto a la existencia de un reino terrenal posterior de mil años. El premilenialismo clásico, representado por figuras como George Eldon Ladd, interpreta este capítulo como la venida de Cristo previa a un reino milenial histórico y visible, donde Satanás es atado de manera futura y literal. Sin embargo, esta obra sostiene que tal lectura introduce una discontinuidad innecesaria en la estructura del Apocalipsis, al separar eventos que el propio texto presenta como teológicamente unificados. Por otro lado, el posmilenialismo, defendido por teólogos como Loraine Boettner, tiende a interpretar el triunfo del Cordero como el resultado de un proceso histórico de expansión del evangelio que culmina en una era de dominio cristiano antes de la segunda venida. Aunque esta perspectiva coincide en afirmar la victoria final de Cristo en la historia, difiere significativamente en el modo y el momento de dicha victoria. El texto de Apocalipsis 19 no presenta un progreso gradual hacia la transformación del mundo, sino una intervención decisiva y judicial de Cristo que pone fin al sistema anticristiano. En este sentido, la lectura amilenial se alinea más estrechamente con la tradición de Agustín de Hipona, quien entendía el reinado de Cristo como una realidad presente y espiritual, coexistente con la oposición del mal hasta el juicio final (*La Ciudad de Dios*, XX). Asimismo, dentro del propio amilenialismo existen matices interpretativos. Algunos intérpretes tienden a leer Apocalipsis 19 de forma más lineal, mientras que la presente obra insiste en una recapitulación intensificada: el mismo evento —la venida

de Cristo— es contemplado desde distintos ángulos a lo largo del libro. Esta aproximación encuentra apoyo en William Hendriksen, quien desarrolló el concepto de “paralelismo progresivo”, donde cada ciclo del Apocalipsis cubre el mismo período histórico con creciente intensidad (More Than Conquerors). De este modo, el capítulo 12 no introduce un nuevo momento en la línea temporal, sino que ofrece la manifestación culminante del juicio ya anticipado en los sellos, proclamado en las trompetas y ejecutado en las copas. Finalmente, la diferencia entre estas posturas no es meramente cronológica, sino profundamente teológica. Mientras el premilenialismo tiende a enfatizar la manifestación futura y política del reino, y el posmilenialismo subraya su expansión histórica progresiva, la lectura amilenial recapitulativa sostiene que el reino de Cristo ya ha sido inaugurado, que coexiste con la oposición del mundo y que será consumado de manera súbita y definitiva en su venida gloriosa. Así, Apocalipsis 19 no describe una etapa intermedia, sino el punto final de la historia, donde el Cordero triunfa, el poder anticristiano es destruido y la justicia de Dios es plenamente revelada.

-Síntesis crítica de la interacción

La interacción con estas posturas permite afirmar que, aunque existe un consenso amplio en torno a la victoria final de Cristo, las diferencias radican en la estructura del cumplimiento escatológico. El premilenialismo introduce una secuencia adicional posterior a la venida, el posmilenialismo desplaza el énfasis hacia un desarrollo histórico previo, mientras que el amilenialismo —en su forma recapitulativa— interpreta el texto como la consumación directa de la historia presente. En este marco, el capítulo 12 no solo afirma la derrota del poder anticristiano, sino que redefine la expectativa escatológica de la Iglesia: no una transformación progresiva del orden presente ni una etapa intermedia futura, sino la irrupción definitiva del reinado de Cristo que pone fin a toda oposición y establece su dominio eterno.

Capítulo 13-El reinado presente de Cristo y la derrota final de Satanás (Apocalipsis 20:1–10)

-La naturaleza recapitulatoria de la visión

Después de la manifestación gloriosa del Cordero y la derrota de la bestia y del falso profeta en Apocalipsis 19, Juan introduce una nueva escena que, a primera vista, podría interpretarse como una continuación cronológica. Sin embargo, una lectura más atenta dentro del marco literario del Apocalipsis sugiere otra cosa: nos encontramos ante una recapitulación del mismo período comprendido entre la primera y la segunda venida de Cristo. Este patrón no es incidental, sino estructural en la literatura apocalíptica, donde una misma realidad redentora es presentada repetidamente desde distintas perspectivas teológicas. Por tanto, Apocalipsis 20 no describe lo que sucede después del retorno de Cristo, sino que ofrece una interpretación teológica del tiempo presente, revelando simultáneamente el reinado del Mesías y la limitación del poder satánico.

-La atadura de Satanás a la luz de la obra de Cristo

Juan ve a un ángel que desciende del cielo con la llave del abismo y una gran cadena en su mano (Ap 20:1), el cual prende a Satanás, lo ata y lo arroja al abismo para que no engañe más a las naciones hasta que se cumplan los mil años. La imagen es simbólica, pero su significado es preciso: el poder de Satanás ha sido restringido. La cuestión crucial, entonces, no es si esta atadura es real, sino cuándo ocurre. A primera vista, algunos podrían proyectarla hacia el futuro; sin embargo, el testimonio del Nuevo Testamento la sitúa en la obra redentora de Cristo. Jesús mismo declara: “Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera” (Jn 12:31), y al explicar su autoridad sobre los demonios afirma que nadie puede saquear la casa del hombre fuerte sin antes atarlo (Mt 12:29; cf. Mc 3:27; Lc 11:21–22). Estas palabras no apuntan a un evento distante, sino a una victoria inaugurada en su ministerio, consumada en la cruz y confirmada en la resurrección. El testimonio apostólico converge en esta misma dirección: Cristo despojó a los principados y potestades, exhibiéndolos públicamente y triunfando sobre ellos en la cruz (Col 2:15); nos libró de la potestad de las tinieblas y nos trasladó a su reino (Col 1:13); y, mediante su muerte, destruyó al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo (Heb 2:14). Por ello, el Señor resucitado afirma poseer las llaves de la muerte y del Hades (Ap 1:18). La atadura de Satanás, entonces, no es un acto futuro aislado, sino una realidad ya inaugurada en la historia redentora.

-La restricción real y la actividad continua del maligno

Sin embargo, esta atadura no implica la eliminación total de la actividad satánica. Aquí surge una tensión que el propio texto obliga a mantener: Satanás está atado y, sin embargo, sigue activo. Las Escrituras enseñan que continúa operando en el mundo caído (Ef 6:12; 1 P 5:8), actuando en los hijos de desobediencia (Ef 2:2) y cegando el entendimiento de los incrédulos (2 Co 4:3–4), de modo que el mundo entero yace bajo el maligno (1 Jn 5:19). ¿Cómo conciliar ambas realidades? La clave está en la

naturaleza de la atadura: no es absoluta, sino específica. Satanás ha sido restringido en su capacidad de engañar a las naciones como lo hacía antes de la venida de Cristo. Ya no puede impedir el avance global del evangelio. Los creyentes, por su parte, no están bajo su dominio (1 Jn 5:18), sino que pertenecen al reino de Cristo y poseen una ciudadanía celestial (Fil 3:20). La expansión histórica del evangelio constituye, por tanto, evidencia concreta de que el “hombre fuerte” ha sido atado.

-El reinado presente y exaltado de Cristo

Esta restricción del poder satánico se corresponde con una realidad positiva: el reinado presente de Cristo. El Nuevo Testamento no presenta este reinado como una expectativa futura, sino como una realidad ya inaugurada. Cristo ha recibido toda autoridad en el cielo y en la tierra (Mt 28:18), está sentado a la diestra del Padre (Sal 110:1; Heb 1:3), y su señorío es universal (Fil 2:9–11). Como enseña el apóstol Pablo, es necesario que Él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos bajo sus pies, siendo la muerte el último enemigo en ser destruido (1 Co 15:24–26). Este reinado no es estático, sino dinámico: avanza en la historia hasta su consumación final.

-Los santos que reinan con Cristo

En este contexto, Juan ve tronos y a quienes se les concede autoridad para juzgar (Ap 20:4; cf. Mt 19:28), junto con las almas de los mártires que no adoraron a la bestia. El detalle es decisivo: Juan no describe cuerpos resucitados, sino “almas”. Esto sugiere que la escena pertenece al ámbito celestial. A primera vista, el lenguaje de “reinar” podría sugerir un dominio político terrenal; sin embargo, el contexto redefine ese reinado como participación en la autoridad de Cristo desde el cielo. Los creyentes que han muerto están con Cristo (Fil 1:23) y participan de su exaltación (Ef 2:6). Su fidelidad no culmina en derrota, sino en entronización.

-Interacción con las posturas mileniales

Este pasaje ha sido interpretado de diversas maneras dentro de la tradición cristiana. El premilenialismo sostiene que Apocalipsis 20 describe un reino literal futuro en la tierra posterior a la segunda venida. Esta lectura resulta atractiva por su aparente fidelidad a la secuencia narrativa; sin embargo, enfrenta dificultades: el texto enfatiza “almas”, no cuerpos resucitados, y además introduce una separación entre resurrecciones que no aparece en pasajes claros como Juan 5:28–29. El posmilenialismo, por su parte, interpreta el milenio como una era futura de triunfo del evangelio en la historia. Aunque reconoce correctamente la dimensión expansiva del reino, tiende a proyectar hacia el futuro lo que el Nuevo Testamento presenta como una realidad ya inaugurada (Mt 28:18; Fil 2:9–11). El enfoque amilenial entiende los “mil años” como una descripción simbólica del tiempo presente, en continuidad con la estructura del Apocalipsis y el testimonio global de las Escrituras. Como señaló Agustín de Hipona, el milenio describe el reinado actual de Cristo con sus santos.¹

-Los mil años como símbolo del tiempo presente

El número “mil” no debe leerse como una cifra cronológica estricta, sino como un

símbolo de plenitud. En el Apocalipsis, los números comunican realidades teológicas más que duraciones exactas. Esta lectura se ve confirmada por el testimonio del Nuevo Testamento, que afirma que ya estamos en los últimos tiempos (1 Co 10:11; 1 P 1:20; 1 Jn 2:18). Como observa Anthony A. Hoekema, el milenio describe el reinado presente de Cristo con sus santos, no una era futura separada.² De este modo, la segunda venida no inaugura un reino intermedio, sino que constituye el clímax en el que ocurren simultáneamente la resurrección, el juicio y la consumación (Mt 25:31–46; 2 Ts 1:6–10; 2 Ti 4:1; 2 P 3:10–13).

-La liberación final de Satanás

Si el milenio corresponde al período presente, la liberación de Satanás (Ap 20:7) debe entenderse como un evento breve inmediatamente anterior al fin. Esta liberación no contradice su derrota, sino que la presupone: es la última manifestación de una oposición ya condenada. Juan emplea el lenguaje de Gog y Magog (Ez 38–39) para describir una rebelión global contra el pueblo de Dios. Sin embargo, la confrontación no se prolonga; la intervención divina es inmediata. Como señala Louis Berkhof, no se trata de una batalla equilibrada, sino de la consumación del juicio divino sobre el mal.³ El diablo es finalmente arrojado al lago de fuego (Ap 20:10), y su derrota es definitiva.

-La primera resurrección y la esperanza del creyente

La expresión “primera resurrección” (Ap 20:5–6) ha sido objeto de múltiples interpretaciones. A primera vista, podría sugerir una resurrección corporal previa al fin; sin embargo, el contexto inmediato apunta en otra dirección. Juan ve “almas”, no cuerpos, lo que indica una realidad espiritual. Jesús enseñó que el creyente ha pasado de muerte a vida (Jn 5:24), y Pablo afirma que Dios nos ha resucitado y sentado con Cristo en los lugares celestiales (Ef 2:5–6). Para quienes mueren en el Señor, esta vida se expresa plenamente en su comunión con Cristo (Fil 1:23). Como explica Hoekema, se trata de la participación presente del creyente en la vida victoriosa de Cristo.⁴ Por ello, la segunda muerte —el juicio eterno (Ap 20:14)— no tiene poder sobre ellos. Esta interpretación mantiene la coherencia con la enseñanza de una resurrección general al final de la historia (Jn 5:28–29; Hch 24:15).

-La resurrección final y el juicio universal

La esperanza de la resurrección no es exclusiva del Nuevo Testamento. Daniel 12:2 ya presenta un despertar universal con dos destinos eternos. Jesús retoma esta enseñanza (Jn 5:28–29) y la desarrolla en sus parábolas escatológicas (Mt 13:39–43; 25:31–46). Los apóstoles confirman la misma expectativa (Hch 24:15). La Escritura presenta consistentemente un único evento final en el que todos los muertos serán levantados y juzgados.

-El gran trono blanco y la consumación final

Después de la derrota definitiva de Satanás, Juan contempla el gran trono blanco (Ap 20:11), en continuidad con la visión de Daniel (Dn 7:9–10). La huida del cielo y la tierra (Is 34:4; Sal 102:25–26; 2 P 3:10–12) indica la disolución del orden presente. Todos los

mueritos comparecen ante Dios (Jn 5:28–29; Hch 17:31; Ro 14:10–12; 2 Co 5:10), y los libros son abiertos (Dn 7:10; Ec 12:14; Mt 12:36), revelando la realidad de cada vida. El libro de la vida confirma la identidad de los redimidos (Ap 13:8; Fil 4:3), de modo que no hay condenación para los que están en Cristo (Ro 8:1). Finalmente, la muerte y el Hades son destruidos (Ap 20:14), cumpliéndose la promesa de Isaías 25:8 y 1 Corintios 15:26, 54.

-Conclusión: una victoria presente con consumación futura

Apocalipsis 20 no introduce un reino terrenal futuro, sino que revela la naturaleza del tiempo presente: Cristo reina, Satanás está restringido, el evangelio avanza y los santos participan de la victoria. La historia no avanza hacia un experimento milenario, sino hacia un veredicto final. Esto implica que la iglesia no vive hacia una victoria incierta, sino desde una victoria ya asegurada. La primera resurrección ya ha comenzado, el Rey ya está entronizado, y la segunda muerte jamás tendrá poder sobre los que pertenecen al Cordero.

Notas al pie

Agustín de Hipona, La ciudad de Dios, XX.9.

Anthony A. Hoekema, The Bible and the Future (Grand Rapids: Eerdmans, 1979), 226.

Louis Berkhof, Systematic Theology (Grand Rapids: Eerdmans, 1938), 573.

Hoekema, The Bible and the Future, 232.

Capítulo 14-La nueva creación y la herencia de los vencedores

-Apocalipsis 21:1–4 Cielo nuevo y tierra nueva

Juan ve un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían pasado. Este lenguaje retoma la promesa profética de Isaías (Is 65:17; 66:22). No se trata de una creación totalmente distinta en esencia, sino de un nuevo comienzo, una renovación gloriosa después del juicio final purificador anunciado también por Pedro, quien declara que nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva en los cuales mora la justicia (2 Pe 3:13). La historia no termina en destrucción absoluta, sino en restauración consumada; el propósito original de Dios para la creación no fracasa, sino que es plenamente redimido. La mención de que el mar no existirá más debe leerse a la luz del lenguaje simbólico bíblico. El mar ha sido constantemente símbolo de caos, inestabilidad y amenaza contra el orden divino (Is 17:12–13; Ap 13:1). Desde el mar surgió la bestia, y el mar representó el tumulto de las naciones en rebelión. Que ya no exista más significa que el caos ha terminado definitivamente; no hay más fuente de oposición, ni amenaza contra el pueblo redimido. Luego Juan ve la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descendiendo del cielo, dispuesta como una esposa ataviada para su marido. Esta imagen conecta directamente con lo ya anunciado en Apocalipsis 19:7–8. La ciudad no es meramente un lugar físico, sino los creyentes redimidos en su estado glorificado. Hebreos 12:22 ya hablaba de la Jerusalén celestial, y Gálatas 4:26 la llama la Jerusalén de arriba. Aquí esa realidad desciende, indicando que la salvación es obra de Dios y no construcción humana. Lo que Babel intentó levantar por orgullo, Dios lo establece por gracia soberana. Entonces Juan oye una gran voz del cielo que declara: “He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y Él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos.” Esta declaración es la culminación perfecta del pacto anunciado en el Antiguo Testamento (Lev 26:11–12; Jer 31:33; Ez 37:27). La fórmula del pacto alcanza aquí su cumplimiento eterno. Lo que en el Edén se perdió por el pecado, lo que en el tabernáculo y en el templo se anticipó simbólicamente, ahora se realiza sin mediaciones ni velos. Dios habita con su pueblo de manera plena y definitiva. Y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos, y no habrá más muerte, ni llanto, ni clamor, ni dolor. Esta promesa, anunciada por Isaías (Is 25:8), encuentra aquí su cumplimiento absoluto. La muerte, que fue lanzada al lago de fuego en Apocalipsis 20:14, ya no tiene dominio alguno. Todo sufrimiento que marcó la peregrinación terrenal desaparece. La perseverancia de los santos encuentra aquí su recompensa final: los que vencieron, los que retuvieron el testimonio de Jesús, los que no se rindieron ante la bestia, ahora habitan en una realidad donde el pecado no puede entrar y la caída ya no es posible. Así, la nueva creación no es simplemente un escenario renovado, sino la manifestación eterna del triunfo del Cordero. El juicio fue el umbral; la comunión perfecta con Dios es la meta consumada.

-Apocalipsis 21:5–8:Dios decreta la renovación

Dios le dice a Juan: “He aquí, yo hago nuevas todas las cosas”, y le manda que escriba, porque estas palabras son fieles y verdaderas. No se trata de una posibilidad futura

incierto, sino de un decreto ya establecido en el consejo eterno de Dios. Lo que Él promete, Él lo cumple. Esta declaración es fundamento de esperanza para los santos que esperan en Él. El mismo que se reveló como el Alfa y la Omega, el principio y el fin, afirma: “Hecho está”. Así como en la cruz Cristo declaró consumada la obra redentora, aquí se declara consumado el propósito eterno de la restauración. El Dios que inició la historia es el mismo que la conduce a su cumplimiento perfecto. Luego añade que al que tuviere sed le dará gratuitamente de la fuente del agua de la vida. Esta sed es espiritual; es el anhelo que el mismo Espíritu Santo produce en el corazón regenerado. Jesús enseñó que el Padre da el Espíritu Santo a los que se lo piden (Lc 11:13), y el mismo libro concluye diciendo: “El que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente” (Ap 22:17). La salvación es gracia soberana, no mérito humano. Es ese Espíritu quien sostiene y preserva al creyente hasta el fin, cumpliendo la promesa de que el que comenzó la buena obra la perfeccionará hasta el día de Jesucristo (Fil 1:6).

“El que venciere heredaré todas las cosas.” Esta declaración retoma las promesas dadas a los vencedores en los capítulos 2 y 3, y se conecta directamente con lo expuesto en Apocalipsis 20: los que participan de la primera resurrección y perseveran en el testimonio de Jesús son los que reinan con Él. La victoria no es esfuerzo autónomo, sino evidencia de unión con el Cordero vencedor. Perseverar no es ganar la salvación, sino manifestar que se pertenece al pacto eterno. Y Dios declara: “Yo seré su Dios, y él será mi hijo.” Aquí la filiación alcanza su plenitud; la relación pactual anunciada desde Levítico 26:11–12, Jeremías 31:33 y Ezequiel 37:27 encuentra su expresión eterna e irrevocable. Pero el contraste es igualmente claro. Los cobardes e incrédulos, los abominables, homicidas, fornicarios, hechiceros, idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la segunda muerte. Esta advertencia no contradice la misericordia divina, sino que revela su justicia. Dios es tardo para la ira y grande en misericordia (Nm 14:18), pero de ninguna manera tendrá por inocente al culpable (Ex 34:6–7; Nah 1:3). La gracia no anula la santidad; la confirma. El mismo Dios que salva soberanamente juzga con justicia perfecta. Así, Apocalipsis 21:5–8 presenta dos destinos eternos: herencia o segunda muerte. Vida o condenación. Perseverancia vindicada o incredulidad juzgada. La esperanza de los santos descansa en que el Alfa y la Omega ha hablado, ha decretado y ha cumplido. La nueva creación no es un anhelo incierto, sino una realidad asegurada por el carácter inmutable de Dios.

-Apocalipsis 21:9–27:La Ciudad Celestial

Vino uno de los ángeles que tenían las siete copas llenas de las siete plagas postreras y habló con Juan para mostrarle la desposada, la esposa del Cordero (Ap 19:7–8), es decir, los creyentes santificados y glorificados. Lo llevó en el Espíritu a un monte grande y alto, y le mostró la gran ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo, teniendo la gloria de Dios. La Iglesia aparece ahora no en estado militante, sino consumado; los redimidos participan de la gloria que proviene de Dios. Su resplandor es comparado con piedras preciosas, indicando pureza, valor y belleza reflejada. La ciudad tiene un muro grande y alto con doce puertas, y en las puertas doce ángeles, y nombres inscritos que

son los de las doce tribus de Israel. Esta descripción muestra de manera explícita la continuidad del pueblo de Dios: las promesas dadas a Israel no fueron anuladas, sino cumplidas en la redención final. La distribución de las puertas —tres al oriente, tres al norte, tres al sur y tres al occidente— concuerda con la visión de Ezequiel acerca de la ciudad restaurada (Ez 48:30–34). Allí también las puertas llevaban los nombres de las tribus, indicando acceso ordenado a la presencia divina. La ciudad misma es el cumplimiento de aquella esperanza profética. El muro de la ciudad tiene doce cimientos, y sobre ellos los doce nombres de los apóstoles del Cordero. Aquí se revela la unidad del pueblo redimido: Israel y la Iglesia no son dos pueblos distintos con destinos separados, sino una sola ciudad edificada sobre el fundamento apostólico (cf. Ef 2:20). Las doce tribus y los doce apóstoles aparecen juntos en la misma estructura, mostrando la continuidad pactual y la plenitud del propósito redentor. El ángel que hablaba con Juan tenía una caña de medir para medir la ciudad, sus puertas y sus muros. Esto conecta con Ezequiel 40:3 y con Apocalipsis 11:1, donde medir implicaba distinguir y preservar lo que pertenece a Dios. Aquí no se mide para juicio, sino para manifestar perfección y totalidad. Cuando el texto habla de “medida de hombre, la cual es de ángel”, indica que la realidad celestial es comprensible en términos humanos, pero supera toda limitación terrenal. Los materiales de los cimientos —adornados con piedras preciosas— evocan las vestiduras del sumo sacerdote descritas en Éxodo 28:17–21, donde el pectoral contenía doce piedras con los nombres de las tribus. Esto concuerda con lo declarado en Apocalipsis 1:6 y 1 Pedro 2:9: el pueblo redimido es un reino de sacerdotes. La ciudad entera posee carácter sacerdotal; ya no hay mediadores temporales, porque todo el pueblo participa de la santidad plena. Asimismo, Isaías 54:11–12 había prometido una ciudad adornada con piedras preciosas, mostrando que esta visión es el cumplimiento de las promesas proféticas. La nueva Jerusalén no es una innovación desconectada del Antiguo Testamento, sino su culminación gloriosa. Juan afirma que no vio en ella templo, porque el Señor Dios Todopoderoso y el Cordero son el templo de ella. Esto indica que la presencia de Dios ya no está localizada en una estructura, sino que llena toda la realidad. Lo que el tabernáculo y el templo anticiparon, aquí se cumple plenamente. Tampoco la ciudad necesita sol ni luna, porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera, en cumplimiento de Isaías 60:19. La luz no es creada, sino que procede directamente de la presencia divina. Las naciones que hayan sido salvas andarán a la luz de ella, y los reyes de la tierra traerán su gloria y honor. Esto indica que la redención alcanza a personas de todas las naciones; el pueblo de Dios es universal. Las puertas nunca serán cerradas, porque no habrá noche. La ausencia de noche simboliza la inexistencia de tinieblas, pecado o amenaza. No hay peligro, no hay oposición, no hay caída posible. Y no entrará en ella ninguna cosa inmunda ni quien practica abominación y mentira; solo aquellos que están inscritos en el libro de la vida del Cordero. Isaías 52:1 ya anunciaba que nada inmundo entraría en la ciudad santa. La santidad es absoluta y definitiva. La perseverancia de los santos encuentra aquí su culminación eterna: los que vencieron, cuyos nombres están escritos en el libro de la vida, habitan para siempre en la presencia gloriosa de Dios. Así, la nueva Jerusalén no es meramente arquitectura simbólica; es la manifestación eterna del pueblo redimido en comunión perfecta con su Dios. La historia que comenzó con la

expulsión del Edén culmina con acceso pleno e irreversible a la presencia divina. No hay más caída, no hay más separación, no hay más amenaza. El propósito eterno de Dios se ha cumplido.

-Interacción con otras posturas escatológicas en torno a la nueva creación

La interpretación de la nueva creación —eje del capítulo 14— ha sido objeto de diversas lecturas dentro de la teología cristiana, particularmente en los marcos amilenial, premilenial y posmilenial. Desde la perspectiva adoptada en esta obra (amilenial recapitulativa), Apocalipsis 21–22 no describe una etapa posterior a un reino milenial terrenal, sino la consumación definitiva de la historia redentora tras la segunda venida de Cristo. Esta lectura coincide en gran medida con la tradición de Agustín de Hipona, quien entendía la “ciudad santa” como la realización escatológica de la Ciudad de Dios, en contraste definitivo con la ciudad terrenal (La Ciudad de Dios, XXII). En este marco, la nueva Jerusalén no es un orden histórico progresivo ni una restauración política de Israel, sino la realidad final en la que Dios habita con su pueblo de manera plena y eterna. El premilenialismo, particularmente en su forma dispensacional, representado por figuras como John Nelson Darby, sostiene que Apocalipsis 21–22 sigue cronológicamente a un reino milenial literal en la tierra. Según esta perspectiva, la nueva creación sería un estado posterior al milenio, precedido por una restauración nacional de Israel y un gobierno visible de Cristo desde Jerusalén. Aunque esta postura reconoce la realidad futura y gloriosa de la nueva creación, tiende a fragmentar la unidad del clímax escatológico al introducir una etapa intermedia con características distintas. Desde la lectura recapitulativa, esta segmentación no refleja adecuadamente la estructura del Apocalipsis, donde múltiples visiones convergen en un mismo final desde diferentes ángulos, sin necesidad de multiplicar etapas históricas. Por otro lado, el posmilenialismo, defendido por teólogos como Loraine Boettner, interpreta la nueva creación en continuidad con una era de triunfo del evangelio en la historia. En este esquema, el mundo es progresivamente transformado por la influencia cristiana hasta alcanzar una condición cercana a la justicia antes del retorno de Cristo. Si bien esta perspectiva resalta correctamente el poder transformador del evangelio, tiende a diluir la dimensión cataclísmica y judicial del lenguaje apocalíptico. Apocalipsis 21 no describe simplemente la culminación de un proceso histórico, sino una irrupción radical: “cielos nuevos y tierra nueva”, donde el orden anterior ha pasado definitivamente. En este sentido, la lectura amilenial subraya que la nueva creación no es el resultado del progreso humano redimido, sino el acto soberano y creador de Dios. Dentro del propio amilenialismo, intérpretes como Anthony A. Hoekema y Herman Bavinck han enfatizado que la nueva creación implica tanto continuidad como discontinuidad con el orden presente (The Bible and the Future; Dogmática Reformada, IV). No se trata de una aniquilación absoluta del cosmos, sino de su renovación y glorificación. Esta visión evita tanto el dualismo que desprecia la creación material como el evolucionismo escatológico que reduce la consumación a un desarrollo histórico. La nueva Jerusalén descende “del cielo, de Dios”, indicando que su origen es divino, no humano. Asimismo, la lectura recapitulativa encuentra apoyo en William Hendriksen, quien argumenta que Apocalipsis 21–22 recapitula el mismo clímax escatológico ya presentado en

secciones anteriores del libro (More Than Conquerors). Esto implica que la visión de la nueva creación no introduce una fase posterior adicional, sino que amplía y detalla la realidad final desde la perspectiva de la comunión restaurada entre Dios y su pueblo.

-Síntesis crítica de la interacción

La interacción con estas posturas permite identificar tres enfoques principales: el premilenialismo, que introduce una etapa histórica intermedia antes de la nueva creación; el posmilenialismo, que enfatiza una transformación progresiva del mundo previo a la consumación; y el amilenialismo recapitulativo, que interpreta la nueva creación como la consumación directa, definitiva y no mediada del propósito redentor de Dios. La diferencia no es meramente cronológica, sino teológica: ¿es la nueva creación el resultado de un proceso histórico o el acto soberano de Dios que pone fin a la historia?. Desde la perspectiva aquí defendida, Apocalipsis 21–22 afirma que la esperanza cristiana no descansa en la evolución del mundo presente ni en una etapa intermedia futura, sino en la intervención final de Dios, quien hace “nuevas todas las cosas”. Así, el capítulo 14 no solo describe el destino final de los redimidos, sino que redefine la orientación de la vida cristiana: vivir en el presente a la luz de una realidad futura que no será construida por el hombre, sino recibida como don soberano de Dios.

Capítulo 15-El paraíso restaurado y la comunión eterna (Apocalipsis 22:1–5)

Juan ve un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero. Esta imagen conecta inmediatamente con la visión profética de Ezequiel, donde un río fluye desde el templo trayendo vida a todo lo que toca (Ez 47:1–12). También recuerda el río que regaba el huerto del Edén (Gn 2:10). Lo que se perdió por el pecado en Génesis es ahora restaurado y superado en gloria. El río procede del trono de Dios y del Cordero, indicando que la vida eterna fluye del gobierno soberano y redentor de Cristo. No es simplemente provisión natural; es gracia que emana del señorío divino. La fuente de la vida no es la creación en sí, sino Dios mismo. En medio de la calle de la ciudad, y a uno y otro lado del río, está el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando su fruto cada mes. Esta imagen remite directamente a Génesis 2:9, donde el árbol de la vida estaba en medio del huerto. Después de la caída, el acceso fue cerrado (Gn 3:22–24). Ahora el acceso es permanente y pleno. La redención no solo restaura lo perdido; lo asegura eternamente. Las hojas del árbol son para la sanidad de las naciones. Esto no implica enfermedad futura, sino plenitud y bienestar perpetuo. Las naciones redimidas participan de una vida incorruptible, sin división ni hostilidad. Y no habrá más maldición. Aquí se revierte definitivamente lo pronunciado en Génesis 3. La maldición que afectó la tierra, el trabajo y la existencia humana ha sido abolida. El trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán. El servicio ya no será fatigoso ni conflictivo; será adoración perfecta. “Y verán su rostro.” Esta es la culminación suprema. En el Antiguo Testamento nadie podía ver el rostro de Dios y vivir (Ex 33:20). Aquí la comunión es directa, sin velo, sin mediación. La redención alcanza su punto más alto en la visión beatífica: contemplar la gloria de Dios sin temor ni distancia. Su nombre estará en sus frentes. Esto contrasta con la marca de la bestia (Ap 13). Los que perseveraron hasta el final llevan la marca de pertenencia eterna. No hay posibilidad de apostasía; la identidad está sellada irrevocablemente. No habrá más noche; no necesitarán luz de lámpara ni luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará. Esta promesa retoma Isaías 60:19–20. La presencia divina sustituye toda fuente creada de luz. Y reinarán por los siglos de los siglos. Lo que en Apocalipsis 20 se mostró como reinado presente ahora se manifiesta en plenitud eterna. La perseverancia de los santos alcanza aquí su culminación gloriosa: los que fueron fieles en medio de la tribulación ahora reinan eternamente en una creación sin pecado, sin muerte, sin maldición y sin posibilidad de caída.

-Apocalipsis 22:6–21:La certeza de la venida y el llamado final a perseverar

El ángel declara a Juan: “Estas palabras son fieles y verdaderas”, afirmando nuevamente que lo revelado no es especulación simbólica sin cumplimiento, sino realidad decretada por Dios. El Señor, el Dios de los espíritus de los profetas, ha enviado su ángel para mostrar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto. La profecía no es curiosidad escatológica, sino revelación para fortalecer la fidelidad de la Iglesia. Cristo mismo declara: “He aquí, vengo pronto. Bienaventurado el que guarda las palabras de la profecía de este libro.” La bendición no es para el que calcula fechas,

sino para el que guarda, es decir, para el que persevera en obediencia y fe. Desde el inicio del libro hasta su conclusión, la exhortación ha sido constante: vencer, permanecer, no negar el testimonio de Jesús. Juan intenta postrarse ante el ángel, pero este lo corrige: “Adora a Dios.” La revelación no debe convertirse en idolatría del mensajero. Toda escatología verdadera conduce a adoración exclusiva del Señor. Luego se declara que el tiempo está cerca. El que es injusto, sea injusto todavía; el que es justo, practique la justicia todavía; y el santo, santifíquese todavía. Esta afirmación no promueve pasividad, sino que subraya la seriedad del momento. La venida de Cristo fijará eternamente lo que cada uno es. La perseverancia confirma identidad; la persistencia en el pecado confirma condenación. Cristo afirma: “Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último, el principio y el fin.” La misma declaración soberana de Apocalipsis 21 se repite aquí para sellar el mensaje. Él gobierna el inicio y el final de la historia. Su recompensa está con Él para dar a cada uno según su obra, en armonía con lo ya revelado en el juicio del gran trono blanco. “Bienaventurados los que lavan sus ropas, para tener derecho al árbol de la vida.” La imagen retoma Apocalipsis 7:14 y conecta con el árbol restaurado en 22:2. El acceso al paraíso eterno no es por mérito propio, sino por haber sido lavados en la sangre del Cordero. La perseverancia no es autojustificación, sino evidencia de redención. Fuera quedan los perros, los hechiceros, los fornicarios, los homicidas, los idólatras y todo aquel que ama y practica la mentira. El contraste final es absoluto: dentro, comunión eterna; fuera, exclusión definitiva. Jesús declara: “Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana.” Él es el cumplimiento de las promesas mesiánicas y la luz que anuncia el amanecer eterno. Y entonces surge la invitación final: “El Espíritu y la Esposa dicen: Ven.” La Iglesia, unida al Espíritu, clama por la consumación. Y al mismo tiempo, la invitación se extiende: “El que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente.” La gracia permanece abierta hasta el cierre definitivo de la historia. Finalmente, Cristo afirma: “Ciertamente vengo en breve.” Y la respuesta de la Iglesia es: “Amén; sí, ven, Señor Jesús.” Esta es la postura permanente del creyente perseverante: expectativa activa, fidelidad constante, esperanza segura. El libro termina con gracia: “La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros.” La escatología bíblica no concluye en temor, sino en gracia sustentadora. La perseverancia de los santos no descansa en su fuerza, sino en la gracia que los llamó, los sostuvo y los glorificará.

-Interacción con otras posturas escatológicas en torno al paraíso restaurado

La visión del paraíso restaurado en Apocalipsis 22 —núcleo del capítulo 15— ha sido interpretada de manera diversa en las principales corrientes escatológicas. Desde la perspectiva amilenial recapitulativa adoptada en esta obra, este pasaje no describe una fase posterior a una economía histórica distinta, sino la consumación final de la comunión entre Dios y su pueblo, presentada bajo imágenes que retoman y transfiguran el Edén original. En continuidad con la tradición de Agustín de Hipona, el paraíso restaurado no debe entenderse como un retorno meramente geográfico o natural, sino como la perfección escatológica de la Ciudad de Dios, donde la visión beatífica constituye el fin último del hombre (La Ciudad de Dios, XXII). Así, el río de agua de vida y el árbol de la vida no son elementos aislados, sino símbolos de una realidad total: la

vida plena en la presencia inmediata de Dios. El premilenialismo, particularmente en su vertiente dispensacional, representado por John Nelson Darby, tiende a situar esta escena después de un reino milenial literal, interpretando algunos elementos del paraíso en conexión con promesas terrenales previas, especialmente en relación con Israel. Desde esta perspectiva, el estado eterno es precedido por una fase histórica donde ciertas bendiciones son anticipadas parcialmente. Sin embargo, la lectura recapitulativa sostiene que Apocalipsis 22 no continúa una secuencia cronológica lineal, sino que amplifica la misma realidad final ya presentada en Apocalipsis 21, enfatizando ahora su dimensión de vida, sanidad y comunión. Introducir una etapa intermedia distinta corre el riesgo de fragmentar la unidad del clímax escatológico que el texto presenta como definitivo y absoluto. Por su parte, el posmilenialismo, defendido por teólogos como Loraine Boettner, suele leer las imágenes del paraíso restaurado en cierta continuidad con el progreso histórico del reino de Dios en el mundo. En este esquema, la sanidad de las naciones y la abundancia de vida pueden ser entendidas como el resultado de la expansión del evangelio en la historia antes de la consumación final. No obstante, aunque esta perspectiva capta correctamente la dimensión transformadora del evangelio, tiende a atenuar el carácter radicalmente escatológico del texto. Apocalipsis 22 no describe un proceso gradual de restauración dentro de la historia, sino la irrupción de una realidad que trasciende completamente el orden presente: “no habrá más maldición” (Ap 22:3), afirmación que señala una ruptura definitiva con la condición caída del mundo. Dentro del propio marco amilenial, teólogos como Herman Bavinck y Anthony A. Hoekema han destacado que la restauración final implica tanto continuidad como transformación. El paraíso no es una creación totalmente distinta, sino la renovación glorificada de la creación original (Dogmática Reformada, IV; *The Bible and the Future*). Esta visión evita dos extremos: por un lado, el espiritualismo que disuelve la realidad material, y por otro, el literalismo que reduce el simbolismo apocalíptico a una geografía física estricta. El árbol de la vida, por ejemplo, no debe entenderse simplemente como un objeto botánico, sino como la expresión simbólica de la vida eterna sostenida directamente por Dios. Asimismo, la estructura recapitulativa del Apocalipsis, defendida por William Hendriksen, permite comprender que Apocalipsis 22 no introduce una nueva fase histórica, sino que presenta el mismo estado eterno desde una perspectiva complementaria: si Apocalipsis 21 enfatiza la morada de Dios con los hombres, Apocalipsis 22 subraya la dinámica interna de esa comunión —vida, luz, servicio y reinado eterno (*More Than Conquerors*). Esta lectura preserva la unidad del desenlace escatológico y evita la multiplicación innecesaria de etapas.

-Síntesis crítica de la interacción

La comparación entre estas posturas revela tres aproximaciones distintas al paraíso restaurado: el premilenialismo lo sitúa como estado final posterior a un reino milenial histórico; el posmilenialismo tiende a verlo en continuidad con una transformación progresiva del mundo; y el amilenialismo recapitulativo lo interpreta como la consumación directa, definitiva y total de la historia redentora. La diferencia fundamental no radica únicamente en la cronología, sino en la naturaleza misma de la

esperanza cristiana: si esta depende de procesos históricos previos o si descansa enteramente en la acción soberana de Dios. Desde la perspectiva aquí defendida, Apocalipsis 22 presenta el cumplimiento pleno del propósito divino sin mediaciones históricas adicionales. El paraíso restaurado no es el resultado de la evolución del mundo presente, sino el don escatológico de Dios, en el cual la creación es liberada de toda maldición y llevada a su perfección final. Así, el capítulo 15 no solo describe el destino eterno de los redimidos, sino que orienta la vida de la Iglesia hacia una esperanza que no se construye en la historia, sino que se recibe en la consumación, donde Dios mismo es la fuente inmediata de vida, luz

Conclusión General

La perseverancia de los santos bajo el reinado del Cordero

El recorrido a través del Apocalipsis nos ha conducido no por una línea cronológica de eventos dispersos, sino por una arquitectura teológica cuidadosamente revelada. Sellos, trompetas y copas no describen historias distintas, sino una misma realidad contemplada desde ángulos progresivamente intensificados: el gobierno soberano de Dios sobre la historia y la certeza inquebrantable del triunfo del Cordero. La recapitulación no diluye el juicio; lo magnifica. Cada ciclo retorna al mismo clímax porque la historia misma está orientada hacia un solo desenlace: la manifestación pública de la justicia de Dios y la vindicación definitiva de su pueblo. El conflicto descrito en el libro no es meramente político ni cultural. Es teológico. La bestia representa el poder humano cuando absolutiza su autoridad; Babilonia encarna el sistema que seduce, intoxica y persigue; la marca simboliza la lealtad integral exigida por un orden que reclama lo que solo pertenece a Dios. En el primer siglo, el Imperio Romano constituyó una manifestación histórica real y paradigmática de esta realidad. Sin embargo, el patrón revelado trasciende a Roma. Allí donde el poder exige adoración, donde la economía se convierte en instrumento de coerción espiritual y donde la sangre de los santos es derramada, el espíritu de la bestia vuelve a manifestarse. Pero el Apocalipsis no fue escrito para exaltar el poder de la bestia, sino para revelar sus límites: a la bestia le es dada autoridad, le es concedido actuar y le es permitido perseguir. Nada ocurre fuera del decreto soberano de Aquel que está sentado en el trono. El Cordero no reacciona ante la historia; la gobierna. El libro sellado no es arrebatado de su mano, sino abierto por Él mismo. El juicio no es improvisado, sino ejecutado conforme al propósito eterno de Dios. Esta verdad constituye el fundamento de la perseverancia de los santos. La Iglesia no persevera porque el mundo sea estable, sino porque el trono es inmovible. No persevera porque la persecución sea leve, sino porque el Cordero permanece en pie sobre el monte Sion. No persevera porque comprenda todos los detalles históricos, sino porque ha sido sellada con un nombre que ninguna bestia puede borrar. El clamor de los mártires bajo el altar no queda sin respuesta. Las copas de la ira no son desproporcionadas; son justas. La sangre derramada no es olvidada; es vindicada. El juicio final no contradice la misericordia divina, sino que la consuma, revelando que la paciencia de Dios nunca fue debilidad, sino gracia prolongada. Así, la perseverancia de los santos no es mera resistencia pasiva. Es fidelidad activa en medio de la presión. Es negarse a rendir adoración indebida. Es permanecer en la confesión de que Jesucristo es Señor cuando el mundo exige otra lealtad. Es soportar la exclusión económica, la marginación cultural o incluso la muerte, sabiendo que ninguna pérdida temporal puede anular la herencia eterna. El Apocalipsis no promete a la Iglesia dominio político antes del fin, pero sí le garantiza victoria escatológica. No le asegura ausencia de sufrimiento, pero sí preservación espiritual. No le ofrece inmunidad histórica, pero sí vindicación eterna. El sistema anticristiano parece triunfar por un tiempo. Su trono se levanta, su marca se extiende, su culto se impone. Sin embargo, su herida es mortal aunque parezca sanada. Su reino se cubre de tinieblas. Sus aliados son reunidos no para victoria, sino para juicio. Y su

caída es proclamada desde el cielo antes de consumarse en la tierra “Ha caído Babilonia.” Esa declaración resume la certeza del libro. Lo que se levanta contra Dios ya está sentenciado. Lo que persigue a la Iglesia ya está contado. Lo que exige adoración ya está desenmascarado. Por eso, la perseverancia no es incertidumbre; es confianza informada por la revelación. El Cordero que fue inmolado es el mismo que reina. El que abrió los sellos es el que juzga con justicia. El que fue rechazado por los reinos de este mundo es el que heredará todas las naciones. Y los que le pertenecen, aunque vencidos externamente, jamás son derrotados. La historia no se dirige hacia el triunfo de la bestia, sino hacia la manifestación gloriosa de Cristo. Los ciclos de juicio no terminan en caos, sino en consumación. El libro no concluye con persecución, sino con reino. El trono no es ocupado por César, ni por ningún poder humano, sino por Dios y por el Cordero. Así, la Iglesia camina en la historia como peregrina, pero no como derrotada. Vive entre trompetas de advertencia y copas de juicio, pero con el sello del Dios vivo en su frente. Puede ser marginada por Babilonia, pero está inscrita en el libro de la vida desde la fundación del mundo. La perseverancia de los santos es, en última instancia, la perseverancia de Dios con sus santos. Aquel que los llamó es fiel, Aquel que los selló los guardará, Aquel que permitió la prueba traerá la vindicación. Y cuando el último ciclo se cierre, cuando la última copa sea derramada y cuando la última rebelión sea silenciada, no quedará en pie la bestia, ni Babilonia, ni el dragón, sino el Cordero. Entonces se cumplirá plenamente lo que el Apocalipsis ha proclamado desde el principio:

Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo,
y Él reinará por los siglos de los siglos.

A Dios solo sea la gloria.

Apéndices

Apéndice I-Roma como paradigma histórico del poder anticristiano

La identificación de Roma como manifestación histórica de la bestia descrita en el libro de Apocalipsis no responde a una construcción alegórica arbitraria, sino a una lectura contextual responsable del mundo en el cual Juan escribe. El Imperio Romano no representaba simplemente una estructura administrativa eficiente, sino un sistema que fusionaba poder político con pretensión religiosa. La autoridad imperial no solo gobernaba territorios; reclamaba veneración. El culto al emperador operaba como mecanismo de cohesión ideológica y prueba pública de lealtad. Negarse a participar en tal culto no era una mera diferencia teológica, sino un acto interpretado como subversión al orden estatal. En ese contexto, la descripción de una bestia que exige adoración, impone marca para participar en la economía y persigue a los santos encuentra correspondencia histórica concreta. Roma se erige así como cumplimiento paradigmático del principio bestial: el poder humano absolutizado que reclama lo que solo pertenece a Dios. Sin embargo, afirmar esto no significa agotar el simbolismo en el siglo I. Roma fue cumplimiento real, pero también modelo recurrente. Allí donde el poder político se reviste de sacralidad, donde la lealtad civil se transforma en devoción obligatoria, y donde la fidelidad a Cristo implica marginación o muerte, el espíritu de la bestia vuelve a manifestarse. De esta manera, la interpretación histórica no reduce la profecía, sino que la enraíza, permitiendo reconocer su proyección permanente sin desligarla de su cumplimiento original.

Apéndice II-El simbolismo numérico en el Apocalipsis

El lenguaje numérico del libro de Apocalipsis no debe ser abordado con criterios aritméticos modernos, sino dentro del marco simbólico propio del género apocalíptico. Los números no cumplen una función estadística, sino teológica. El siete expresa plenitud divina; el doce identifica al pueblo de Dios en su totalidad; el diez comunica completitud en el ámbito humano; y el mil señala magnitud o plenitud designada por el decreto divino. El llamado “milenio” debe leerse dentro de esta lógica simbólica. Del mismo modo que las siete cabezas o los diez cuernos no se interpretan como descripciones zoológicas literales, tampoco el número mil exige comprensión cronológica estricta. En la tradición bíblica, el mil indica abundancia y totalidad más que exactitud matemática. Insistir en literalidad aritmética en un libro saturado de simbolismo introduce una inconsistencia hermenéutica que fragmenta la unidad literaria. El simbolismo no relativiza la verdad histórica; la comunica mediante imágenes intensificadas. El Apocalipsis habla en cifras teológicas para expresar realidades espirituales profundas. Así, el milenio no disminuye la certeza del reinado de Cristo, sino que lo presenta en términos de plenitud soberana decretada por Dios.

Apéndice III-La perseverancia de los santos en la teología reformada

La doctrina de la perseverancia enseña que aquellos a quienes Dios ha regenerado y justificado serán preservados por su poder hasta la consumación final. Esta verdad encuentra fundamento en la enseñanza apostólica, particularmente en textos como Romanos 8, donde se afirma que nada puede separar al creyente del amor de Dios en Cristo; en Juan 10, donde el Buen Pastor declara que nadie puede arrebatar sus ovejas de su mano; y en Filipenses 1, donde se asegura que Aquel que comenzó la buena obra la perfeccionará. El Apocalipsis no contradice esta doctrina; la dramatiza bajo imágenes de conflicto cósmico. Las advertencias severas no niegan la seguridad eterna, sino que constituyen medios mediante los cuales Dios preserva a su pueblo. La perseverancia no es autosuficiencia moral ni fortaleza psicológica, sino gracia sostenida en medio de la presión histórica. La fidelidad hasta la muerte no es heroísmo autónomo, sino fruto del sello divino. Así, la victoria de los santos no consiste en evitar la tribulación, sino en permanecer fieles bajo ella. El libro revela que aquellos que vencen lo hacen porque han sido guardados. La perseverancia no es incertidumbre angustiosa, sino participación real en la victoria del Cordero.

Apéndice IV-La recapitulación como estructura literaria del Apocalipsis

La comprensión recapitulativa del libro de Apocalipsis no surge de una preferencia sistemática impuesta al texto, sino de la observación de su arquitectura interna. Los ciclos de sellos, trompetas y copas culminan repetidamente en escenas que describen conmoción cósmica, intervención divina y juicio final. Si se asumiera una progresión estrictamente lineal, el lector se encontraría con múltiples consumaciones definitivas. La repetición del clímax revela, más bien, una estructura paralela que contempla el mismo período histórico desde perspectivas complementarias. Cada ciclo intensifica el anterior: los sellos presentan el conflicto; las trompetas anuncian advertencia parcial; las copas ejecutan juicio pleno. No se trata de duplicación innecesaria, sino de profundización teológica. El mismo patrón se observa en otras porciones de la Escritura apocalíptica, como en el libro de Daniel, donde distintas visiones describen el mismo desarrollo imperial mediante imágenes diversas. Dentro de este marco, el capítulo 20 no introduce una etapa cronológica posterior al retorno glorioso de Cristo descrito en el capítulo 19, sino que vuelve a contemplar el período interadventual desde otra perspectiva simbólica. La liberación final de Satanás y el juicio del gran trono blanco corresponden al mismo clímax escatológico ya anticipado en secciones anteriores. La recapitulación no fragmenta la historia; la ordena teológicamente. Este reconocimiento hermenéutico preserva la coherencia del libro y evita forzar los símbolos dentro de una cronología rígida ajena al género. El Apocalipsis no pretende ofrecer un calendario detallado de eventos futuros, sino revelar el reinado soberano de Cristo a lo largo de toda la era de la Iglesia hasta su consumación definitiva. Y esta comprensión no solo esclarece la estructura literaria; fortalece la perseverancia de los santos, pues demuestra que el fin ha sido decretado desde el principio y que cada ciclo histórico avanza bajo el dominio del Cordero.

Apéndice V-Breve evaluación de las principales corrientes interpretativas del Apocalipsis

A lo largo de la historia de la Iglesia, el libro de Apocalipsis ha sido interpretado desde diversos enfoques hermenéuticos. Estas aproximaciones no deben ser descartadas sin consideración, pues cada una ha intentado, en mayor o menor medida, hacer justicia al texto sagrado y a su contexto histórico. Sin embargo, no todas logran preservar de manera equilibrada la coherencia literaria, la unidad teológica y el propósito pastoral del libro. El preterismo sostiene que la mayoría de las profecías del Apocalipsis se cumplieron en el siglo I, particularmente en la caída de Jerusalén o en el conflicto con el Imperio Romano. Esta perspectiva posee la virtud de tomar en serio el contexto histórico original y de evitar especulaciones futuristas desligadas de los primeros destinatarios. No obstante, en su forma más radical, tiende a agotar el alcance profético del libro en el pasado, debilitando su proyección escatológica universal y reduciendo su dimensión paradigmática para la Iglesia de todas las épocas. El futurismo, por su parte, sitúa la mayor parte del contenido del libro en un período aún venidero inmediatamente anterior al retorno de Cristo. Este enfoque preserva con claridad la expectativa futura y la consumación final, pero frecuentemente introduce una cronología rígida que fragmenta el texto y lo desconecta de la experiencia histórica continua de la Iglesia. Al proyectar casi todo el conflicto hacia un futuro distante, puede diluir la relevancia inmediata del mensaje para los creyentes del primer siglo y para la Iglesia a lo largo de la era presente. El historicismo interpreta el Apocalipsis como un desarrollo lineal de la historia de la Iglesia desde el siglo I hasta el fin, identificando símbolos con eventos específicos a lo largo de los siglos. Aunque esta postura intenta mantener una continuidad histórica amplia, suele depender de correlaciones altamente variables que cambian con el paso del tiempo, generando lecturas inestables y a menudo condicionadas por el contexto del intérprete. El idealismo, en cambio, enfatiza la dimensión simbólica y atemporal del libro, entendiendo sus visiones como representaciones del conflicto permanente entre el bien y el mal. Esta perspectiva acierta al subrayar la naturaleza teológica del mensaje y su aplicación constante. Sin embargo, si se desvincula completamente de anclajes históricos concretos, corre el riesgo de diluir el cumplimiento real de las profecías en la historia redentora. La interpretación amilenial recapitulativa, que ha sido adoptada en esta obra, procura integrar los elementos más sólidos de estas aproximaciones sin incurrir en sus excesos. Reconoce el cumplimiento histórico real en el contexto del siglo I, particularmente en la confrontación con Roma, pero entiende ese cumplimiento como paradigmático y no exhaustivo. Afirma una consumación futura literal en el retorno visible de Cristo, sin introducir un milenio terrenal intermedio posterior a su venida. Y sostiene que el libro está estructurado mediante ciclos paralelos que describen el mismo período interadventual desde perspectivas progresivamente intensificadas. Este enfoque permite mantener la unidad literaria del libro, su coherencia teológica y su poder pastoral. El Apocalipsis no queda reducido al pasado ni desplazado completamente al futuro, sino que se revela como palabra viva para toda la era de la Iglesia. La bestia tuvo manifestación histórica concreta, pero su principio opera

recurrentemente. El juicio final es futuro y definitivo, pero sus anticipaciones se despliegan a lo largo de la historia. El reinado de Cristo no es meramente esperado; es presente, aunque aún no consumado en plenitud visible. La finalidad del libro no es proporcionar un calendario exhaustivo de eventos futuros, sino fortalecer la fidelidad de los santos bajo el reinado soberano del Cordero. Una interpretación que preserve esa intención pastoral, que respete el género apocalíptico y que armonice con el testimonio global del Nuevo Testamento resulta, por tanto, hermenéuticamente más consistente. En este sentido, la lectura amilenial recapitulativa no pretende presentarse como novedad, sino como continuidad dentro de la tradición reformada clásica, buscando hacer justicia tanto al contexto histórico original como a la esperanza escatológica definitiva de la Iglesia.

Apéndice VI: Evaluación comparativa de los sistemas escatológicos

A lo largo de la historia de la Iglesia, el libro de Apocalipsis ha sido interpretado desde distintos enfoques escatológicos que, aunque comparten la autoridad de la Escritura, difieren en su aproximación hermenéutica, especialmente en la relación entre simbolismo y literalidad, la estructura del libro y la naturaleza del reino de Dios. Dentro de este panorama, el premilenialismo histórico sostiene que Cristo regresará antes de un reino milenial literal en la tierra, entendido como una etapa intermedia entre la era presente y el estado eterno, en la cual Cristo reinará visiblemente sobre las naciones. A diferencia del dispensacionalismo, esta postura no establece una separación radical entre Israel y la Iglesia, sino que concibe al pueblo de Dios como una unidad en desarrollo histórico. Sin embargo, esta interpretación suele entender Apocalipsis 20 como un evento futuro cronológicamente posterior a Apocalipsis 19, y tiende a leer los sellos, las trompetas y las copas como eventos que progresan hacia la segunda venida. Aunque esta postura tiene fortalezas importantes —como tomar en serio el retorno visible de Cristo y reconocer la dimensión histórica del conflicto entre la Iglesia y los poderes del mundo— presenta dificultades al intentar armonizar las múltiples escenas del juicio final dentro del Apocalipsis si se asume una estructura estrictamente lineal. Además, la idea de dos resurrecciones separadas entra en tensión con textos como Daniel 12:2 y Juan 5:28–29, donde se presenta una resurrección general de justos e injustos. En este sentido, pasajes como 1 Corintios 15:24–26 muestran a Cristo reinando actualmente hasta poner a todos sus enemigos bajo sus pies, siendo la muerte el último enemigo destruido, lo cual apunta más naturalmente a una consumación directa en su segunda venida que a un reinado intermedio posterior. Por su parte, el dispensacionalismo, como forma particular de premilenialismo, enfatiza una distinción marcada entre Israel y la Iglesia, entendiendo que Dios desarrolla planes paralelos para ambos, e incorporando generalmente la idea de un arrebatamiento previo a la gran tribulación. En esta perspectiva, Apocalipsis 4–19 describe un período futuro en el cual la Iglesia no estaría presente en la tierra, mientras que la bestia, el falso profeta y la marca son interpretados principalmente de manera literal y futura. Aunque esta postura ofrece una estructura clara y sistemática del futuro escatológico y busca tomar en serio el carácter profético del texto, presenta dificultades significativas a la luz del testimonio del Nuevo Testamento. En particular, pasajes como Efesios 2:11–16 muestran que Cristo, mediante su sangre, ha derribado la pared intermedia de separación, haciendo de judíos y gentiles un solo pueblo reconciliado con Dios en un solo cuerpo. Esta unidad es reafirmada en textos como Gálatas 3:28–29 y Tito 2:14, lo que dificulta sostener una distinción escatológica radical entre Israel y la Iglesia. Asimismo, la idea de un arrebatamiento previo a la tribulación encuentra tensión con pasajes como 1 Tesalonicenses 4:14–17, donde el encuentro con el Señor ocurre en el contexto de su venida visible, no como un evento separado. Además, textos como Filipenses 1:29, Romanos 8:35–39 y 2 Tesalonicenses 1:4–10 presentan el sufrimiento y la tribulación como parte integral de la experiencia de la Iglesia en esta era, lo cual hace difícil sostener la expectativa de una retirada previa de los creyentes antes del conflicto final. En cuanto al postmilenialismo, esta postura sostiene que Cristo

regresará después de un período prolongado de expansión y triunfo del evangelio en la historia, durante el cual el mundo sería progresivamente transformado. Aunque esta visión destaca correctamente el poder del evangelio y el reinado presente de Cristo, y ofrece una perspectiva esperanzadora del avance del reino, encuentra dificultades al ser contrastada con el conjunto del testimonio bíblico. Jesús mismo enseñó que el trigo y la cizaña crecerían juntos hasta la siega (Mateo 13:30), lo que indica una coexistencia continua del bien y el mal hasta el juicio final, no una erradicación progresiva del mal en la historia. De igual manera, pasajes como 2 Timoteo 3:1–13 describen un aumento de la maldad en los últimos tiempos, mientras que Mateo 24:37–39 y Lucas 17:28–30 presentan la venida del Hijo del Hombre en un contexto de indiferencia y corrupción generalizada, similar a los días de Noé y Lot. Pedro refuerza esta idea al anunciar la aparición de burladores en los últimos días, quienes se mofan de la promesa de la segunda venida de Cristo, diciendo: “¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación” (2 Pedro 3:3-4). Este pasaje es clave, pues los burladores no solo desafían la idea de la venida de Cristo, sino que lo hacen bajo el argumento de que el mundo no ha cambiado desde sus inicios. Para ellos, el curso de la historia parece inmutable, lo que se convierte en una burla de la esperanza cristiana en el regreso de Cristo. A esto se añade la enseñanza consistente del Nuevo Testamento sobre la persecución como una realidad constante para los creyentes (2 Timoteo 3:12; Filipenses 1:29; 2 Tesalonicenses 1:4–5), lo cual sugiere que la Iglesia no avanza hacia una aceptación universal, sino que persevera en medio de oposición. Así, la evidencia bíblica parece apuntar más hacia una tensión continua entre el reino de Dios y el mundo caído que hacia una era de dominio cristiano previo a la segunda venida. Frente a estas posturas, el amilenialismo sostiene que el “milenio” de Apocalipsis 20 describe simbólicamente el reinado presente de Cristo desde su exaltación hasta su retorno, y que el libro de Apocalipsis está estructurado en ciclos recapitulativos que presentan la misma realidad desde diferentes perspectivas. En este enfoque, los sellos, las trompetas y las copas no deben entenderse como una secuencia cronológica estricta, sino como descripciones paralelas del mismo período, culminando repetidamente en el juicio final. Esta lectura permite integrar de manera coherente el simbolismo del texto con su cumplimiento histórico, mantener su relevancia pastoral para la Iglesia en todas las épocas, y armonizar con la enseñanza bíblica de una sola resurrección general y un único juicio final. Aunque esta perspectiva puede ser percibida como menos concreta en la identificación de eventos específicos y requiere una sensibilidad al lenguaje simbólico, ofrece una solución consistente a las tensiones estructurales del libro y preserva su unidad teológica. En síntesis, las diferencias entre los sistemas escatológicos no radican en la autoridad de la Escritura, sino en la manera de interpretar su lenguaje y estructura. El enfoque recapitulativo adoptado en esta obra propone que el Apocalipsis no debe leerse como una cronología fragmentada de eventos futuros, sino como una revelación teológica unificada que, mediante imágenes simbólicas, describe el gobierno soberano de Dios sobre la historia, la perseverancia de su pueblo en medio del conflicto y la consumación final en la segunda venida de Cristo. De este modo, el libro deja de ser un enigma cronológico y se

presenta como una proclamación del triunfo del Cordero, un llamado a la fidelidad perseverante y una afirmación firme de que el juicio de Dios será justo, definitivo y universal.

Apéndice VII: Objeciones al amilenialismo recapitulativo y sus respuestas

A lo largo de la historia, el amilenialismo, y en particular su forma recapitulativa, ha enfrentado diversas objeciones que buscan cuestionar tanto su fidelidad al texto bíblico como su coherencia teológica. Una de las críticas más frecuentes sostiene que esta postura “espiritualiza” en exceso el contenido del Apocalipsis, alejándolo de una interpretación literal. Sin embargo, esta objeción parte de un supuesto discutible: que el lenguaje simbólico es menos real o menos verdadero que el literal. El propio Apocalipsis, desde su inicio, se presenta como una revelación comunicada mediante señales y símbolos, lo que indica que su naturaleza literaria exige una lectura acorde a este género. Así, interpretar simbólicamente no es negar la realidad del texto, sino reconocer el modo en que Dios ha decidido revelarla. De hecho, muchos de los elementos que incluso las posturas más literales aceptan como simbólicos —como el Cordero, las bestias o los cuernos— muestran que el problema no es si hay simbolismo, sino cómo se interpreta de manera coherente dentro del conjunto de la Escritura. Otra objeción importante gira en torno a Apocalipsis 20, considerado por muchos como el principal obstáculo para la posición amilenial. Se argumenta que el texto describe claramente una secuencia cronológica posterior al capítulo 19, incluyendo un reino de mil años, una primera resurrección y una liberación final de Satanás. No obstante, esta lectura asume una continuidad lineal que no necesariamente se desprende del propio libro. A lo largo del Apocalipsis, múltiples secciones culminan en escenas de juicio final, lo que sugiere un patrón recapitulativo más que progresivo. En este sentido, Apocalipsis 20 puede entenderse como una nueva visión que describe la misma realidad desde otra perspectiva, enfocándose en la limitación de Satanás durante la era presente y el reinado de Cristo con sus santos. La “primera resurrección”, lejos de requerir una resurrección física separada, puede entenderse en relación con la vida espiritual de los creyentes en Cristo, mientras que la resurrección corporal final, tanto de justos como de injustos, ocurre en un solo evento al final de la historia, como lo enseñan pasajes como Juan 5:28–29 y Daniel 12:2. También se objeta que el amilenialismo no hace justicia a las promesas dadas a Israel en el Antiguo Testamento, argumentando que estas requieren un cumplimiento literal y nacional en el futuro. Sin embargo, el Nuevo Testamento presenta consistentemente el cumplimiento de estas promesas en Cristo y en el pueblo de Dios unido en Él. Pasajes como Gálatas 3:28–29 y Efesios 2:11–22 muestran que la distinción entre judíos y gentiles ha sido superada en Cristo, formando un solo pueblo heredero de las promesas. Esto no implica negar la fidelidad de Dios a sus promesas, sino afirmar que estas alcanzan su plenitud en una realidad mayor y más profunda que las categorías nacionales del Antiguo Pacto. Otra crítica frecuente señala que esta perspectiva debilita la expectativa escatológica al no ofrecer un reino visible futuro antes del estado eterno. Sin embargo, el amilenialismo no niega la consumación gloriosa del reino, sino que afirma que esta ocurre directamente en la segunda venida de Cristo, sin necesidad de una etapa intermedia. Textos como Mateo 25:31–46, 2 Tesalonicenses 1:6–10 y 2 Timoteo 4:1 presentan la venida de Cristo como el momento en que ocurre simultáneamente el juicio, la recompensa de los justos y la condenación de los impíos. Esto refuerza la esperanza cristiana, no en una fase

intermedia de la historia, sino en la consumación definitiva del propósito redentor de Dios. Finalmente, algunos argumentan que el enfoque recapitulativo introduce complejidad innecesaria al leer el Apocalipsis como ciclos repetitivos en lugar de una secuencia clara. Sin embargo, esta objeción pierde de vista que el propio libro presenta patrones repetitivos, paralelismos y múltiples perspectivas del mismo conflicto entre el Cordero y los poderes del mundo. Lejos de complicar el texto, la recapitulación permite armonizar sus distintas secciones sin forzar una cronología rígida que genere tensiones internas. Así, esta perspectiva no busca simplificar artificialmente el Apocalipsis, sino respetar su estructura literaria y su profundidad teológica. En conclusión, aunque el amilenialismo recapitulativo enfrenta objeciones significativas, estas pueden ser respondidas de manera coherente a la luz del conjunto de la Escritura. Esta postura no niega la realidad del juicio, ni la esperanza futura, ni el cumplimiento de las promesas divinas, sino que las integra en una visión unificada donde Cristo reina ahora, su Iglesia persevera en medio del conflicto, y la historia culmina en un único evento final donde Dios juzga con justicia, vindica a su pueblo y establece definitivamente su reino eterno. De este modo, el Apocalipsis se comprende no como un esquema fragmentado de eventos futuros, sino como una revelación continua del triunfo del Cordero y la certeza inquebrantable de que su victoria será plena, final y universal.

Nota Final

Este libro no nació del deseo de proponer una novedad interpretativa, ni de introducir una teoría distinta dentro del vasto panorama escatológico, sino del anhelo sincero de escudriñar las Escrituras y de contemplar con reverencia la revelación contenida en el libro de Apocalipsis. Las reflexiones aquí expuestas surgieron principalmente del estudio directo del texto bíblico, comparando pasaje con pasaje, permitiendo que la Escritura interpretara la Escritura, y procurando mantener la coherencia interna del mensaje inspirado. Si en algo este trabajo coincide con la tradición reformada y con intérpretes fieles de generaciones anteriores, ello no es resultado de dependencia literaria directa, sino evidencia de que la verdad bíblica, cuando es examinada con reverencia, conduce a conclusiones armónicas dentro del testimonio histórico de la Iglesia. No obstante, este escrito no pretende presentarse como definitivo ni infalible. Solo la Palabra de Dios posee autoridad absoluta. Toda exposición humana está sujeta a evaluación, corrección y perfeccionamiento a la luz de la Escritura. Si en alguna parte se encontrara error, que sea la Palabra misma la que lo corrija; y si en algo este libro contribuye a una comprensión más clara del reinado soberano de Cristo, toda la gloria pertenece únicamente a Dios. El propósito que ha guiado cada capítulo ha sido pastoral antes que polémico: fortalecer la fe de los santos, afirmar la soberanía del Cordero, disipar el temor escatológico infundado y recordar que la historia no se encuentra fuera del control divino. El Apocalipsis no fue dado para alimentar especulación, sino para sostener perseverancia. No fue revelado para inquietar a la Iglesia, sino para consolarla bajo tribulación. Si este trabajo ayuda a un creyente a mirar el presente con esperanza firme, a resistir con fidelidad las presiones del sistema anticristiano y a descansar con mayor confianza en el reinado actual de Cristo, entonces su propósito habrá sido cumplido.

A Dios sea toda la gloria.

Bibliografía

Comentarios bíblicos y estudios sobre Apocalipsis

G. K. Beale. The Book of Revelation: A Commentary on the Greek Text. Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, 1999.

Robert H. Mounce. The Book of Revelation. Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, 1997.

George Eldon Ladd. A Commentary on the Revelation of John. Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, 1972.

Richard Bauckham. The Theology of the Book of Revelation. Cambridge: Cambridge University Press, 1993.

Craig S. Keener. Revelation. Grand Rapids: Zondervan, 2000.

William Hendriksen. More Than Conquerors: An Interpretation of the Book of Revelation. Grand Rapids: Baker Publishing Group, 1967.

Teología sistemática

Wayne Grudem. Systematic Theology: An Introduction to Biblical Doctrine. Grand Rapids: Zondervan, 1994.

Louis Berkhof. Systematic Theology. Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, 1938.

Herman Bavinck. Reformed Dogmatics. Grand Rapids: Baker Academic, 2003.

John Calvin. Institutes of the Christian Religion. Peabody: Hendrickson Publishers, 2008.

Escatología

Anthony A. Hoekema. The Bible and the Future. Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, 1979.

Sam Storms. Kingdom Come: The Amillennial Alternative. Fearn: Christian Focus Publications, 2013.

Historia de la iglesia

Eusebius of Caesarea. Ecclesiastical History. Peabody: Hendrickson Publishers, 1998.

Philip Schaff. History of the Christian Church. Peabody: Hendrickson Publishers, 2002.

Justo L. González. The Story of Christianity. New York: HarperOne, 2010.

John Foxe. Foxe's Book of Martyrs. Peabody: Hendrickson Publishers, 2004.

Contexto histórico del Imperio Romano

Tacitus. The Annals of Imperial Rome. London: Penguin Books, 2003.

Suetonius. *The Twelve Caesars*. London: Penguin Books, 2007.

Edward Gibbon. *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*. New York: Modern Library, 2003.

Sobre el autor

El autor de esta obra es un estudiante serio de las Escrituras que ha dedicado tiempo al estudio de la teología bíblica, con especial interés en los temas relacionados con la escatología y la perseverancia de los creyentes. Su principal deseo al escribir este libro no es presentar especulaciones humanas, sino dirigir la atención del lector nuevamente a la autoridad suprema de la Palabra de Dios. A lo largo de los siglos, la iglesia ha enfrentado muchas interpretaciones diferentes acerca del mensaje del libro de Apocalipsis y del destino final del pueblo de Dios. En medio de esas discusiones, el propósito de este libro es examinar cuidadosamente el testimonio bíblico y mostrar cómo las Escrituras presentan la perseverancia de los santos como una realidad profundamente conectada con la fidelidad de Dios, la obra redentora de Cristo y el llamado constante a la obediencia del evangelio. El autor cree firmemente que la Biblia debe interpretarse principalmente a la luz de la misma Biblia, permitiendo que el conjunto del testimonio bíblico ilumine cada pasaje. Por esta razón, el lector encontrará a lo largo de esta obra un esfuerzo constante por relacionar diferentes textos de las Escrituras y comprender su mensaje dentro del desarrollo completo de la revelación bíblica. Más que ofrecer simplemente un tratado doctrinal, el propósito final de este libro es pastoral: animar a los creyentes a permanecer firmes en la fe, a discernir los tiempos a la luz de la Palabra de Dios y a recordar que, en medio de todas las pruebas de la historia, Cristo preserva a su pueblo hasta el fin.